



EL LOS MONSTRUOS YA NO ESTÁN
SOLO DEBAJO DE LA CAMA
COLECCIONISTA DE

MUNECAS

LOLI SÁNCHEZ
LS

EL

LOS MONSTRUOS YA NO ESTÁN
SOLO DEBAJO DE LA CAMA

COLECCIONISTA DE

MUÑECAS

LOLI SÁNCHEZ

ÍNDICE

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

DEDICADO A...

CAPITULO 1. “AHORA”

CAPITULO 2. “Boston, 2017”

CAPITULO 3. “Dallas, Texas, febrero 1981”

CAPITULO 4. “Boston, 2017”

CAPITULO 5. “Dallas, Texas, mayo 1980”

CAPITULO 6. “Boston, 2017”

CAPITULO 7. “Boston, 2017”

CAPITULO 8. “Dallas, Texas, junio 1980”

CAPITULO 9. “Boston, 2017”

CAPITULO 10. “Boston, 2017”

CAPITULO 11. “Dallas, Texas, Octubre 1980”

CAPITULO 12. “Boston, 2017”

CAPITULO 13. “Boston, 2017”

CAPITULO 14. “Dallas, Texas, enero 1981”

CAPITULO 15. “Boston, 2017”

CAPITULO 16. “Boston, 2017”

CAPITULO 17. “Dallas, Texas, febrero 1981”

CAPITULO 18. “Dallas, Texas, primera semana de enero 2018”

CAPITULO 19. “Dallas, Texas, febrero 1981”

CAPITULO 20. “Boston, enero 2018”

CAPITULO 21. “Boston, enero 2018”

CAPITULO 22. “Ahora”

EPILOGO

[SOBRE LA AUTORA](#)

AGRADECIMIENTOS

Agradecer antes que, a nadie a mis hijos, mi vida. Por su paciencia, apoyo, amor; por consolarme y levantarme con su cariño todas las veces que he caído. Tantas y tantas cosas que no podría describir. ¡OS AMO!

A mi familia, por haber sabido entenderme y haber estado cuando más los necesite. ¡OS QUIERO!

A María Vega, mi hermana, mi amiga, confidente, paño de lágrimas, maquetadora e ilustradora; por entrar en mi vida y quedarse en ella, dándome todo lo que, sin pedírselo ni decírselo y sin jamás tener un reproche si algo se me pasaba por alto, le salía del corazón, que por cierto lo tiene que no le cabe en el pecho. Y no dejar que me viniera abajo jamás ¡TE QUIERO CON LOCURA MI NIÑA!

A Pilar Colom Escandell, mi amiga del corazón, lectora cero, apoyo junto con María y mis hijos y consejera editorial por saber que necesitaba en cada momento, darme palabras de apoyo cuando me sumía en la tristeza y por su enorme paciencia. ¡TE QUIERO FLOR!

Y a vosotros, amigos y lectores. Por darme la oportunidad de cumplir mi sueño y darle esta oportunidad a mi nuevo trabajo. ¡SOIS MARAVILLOSOS!

Loli Sánchez

DEDICADO A...

*“Para mi motor y mi luz que son
mis 5 hijos.
Lo más grande
que jamás tendré.
Os amo con toda mi alma.”*

*“Cuando quieras ponerte frente al mundo para verlo mejor,
la oscuridad y el horror siempre estarán presentes”*

—A—

CAPITULO 1

“AHORA”

El ruido de los pasos al correr era amortiguado por la nieve. Sabía que disponían de muy poco tiempo antes de que él regresara y se diera cuenta de que habían conseguido deshacerse de las ligaduras y huir. Necesitaba algún lugar en el que protegerse, ponerse a cubierto y poder pasar desapercibidas.

¿Pero dónde?! Aquel enorme lugar estaba abarrotado de arbustos, árboles y era su hogar... Había sido su escondite ves a saber desde cuándo y Lea estaba segura de que lo conocía como la palma de su mano incluso a oscuras, como en aquel momento.

Cogiendo a la cría por debajo de los hombros, casi a la altura de la cintura intentó acelerar aún más y poner toda la distancia posible entre ellas y aquel macabro y aterrador lugar en el que ambas habían estado encerradas, presas de un loco que se guiaba por la sed de sangre y de venganza, pero una rama cubierta de el gran polvo blanco y frio hizo que tropezaran.

—Mierda...—Susurró la detective Mayo a pesar de que lo que quería era aullar de dolor por haberse torcido el tobillo. Se mordía la lengua para aguantar el intenso dolor que cruzaba toda su extremidad e hizo nimio caso a este para seguir corriendo y alejar a Ann de allí.

Involuntariamente no cesaba de mirar hacia atrás, aunque se había propuesto no hacerlo ni una sola vez. Debía mirar hacia adelante, solo hacía adelante; y encontrar un lugar donde poder refugiarse. Un lugar donde conseguir pasar la noche o por lo menos el tiempo necesario para que él se alejara de ellas lo suficiente; que esto les permitiera coger algún otro camino que las llevara lejos de allí.

En la profunda oscuridad de la noche en aquellas montañas, arrecidas de frio y cerca de que la pequeña llegara al punto de no poder continuar huyendo, Lea vio algo...

Un ápice de esperanza se comenzó a abrir en su corazón y una especie de sonrisa muy leve, algo que no se podía considerar siquiera como gesto, se pareció dibujar en su pálido y congelado rostro.

—No hables... —su voz apenas era audible inclusive en el silencio

que allí reinaba —Creo que encontré donde escondernos hasta que hayamos podido descansar...

Anna Wyse, débilmente, movía la cabeza en lo que intento fuera un gesto afirmativo que diera a entender a Lea que la había escuchado y entendido, pero fue tan imperceptible que a la detective le pasó inadvertido.

La detective necesitaba parar un momento. Lo necesitaba realmente...

El dolor de su tobillo, junto con el frío de sus pies solo cubiertos por unos calcetines, al haberle entregado sus botas a la niña que estaba completamente descalza, era ya tan insoportable como si una bala hubiera atravesado su abdomen. Ella conocía esa sensación y el dolor que sentía, lo había vivido en sus propias carnes, y estaba segura de que, ahora a pesar de que entonces estuvo entre la vida y la muerte, prefería mil veces aquel momento al que ahora estaba viviendo.

Jamás había estado tan asustada...

Ya no solo por ella sino también porque si no podía salvar a Anna todo aquello, todo su pasado, su vida y su futuro ya no tendrían un sentido, un porque...

Debía conseguir vencer y no ser vencida.

En medio de la penumbra y de la nieve guio a la niña al lugar que había divisado.

Para nada estaba resguardado y sabía que no podrían mantenerse allí por mucho tiempo, el frío las vencería, las dormiría y les bajaría la temperatura hasta el punto de matarlas, pero sería solo un rato...

—Por favor solo será un rato...—se dijo interiormente. Necesitaba parar, el dolor de su pierna...Si no descansaba, si no lo calmaba se retrasarían, las atraparía... —Por favor solo un rato —se volvió a decir mientras levantaba la vista al cielo, rezándole a algo en lo que ella jamás había creído pero que esperaba que a pesar de todo fuera verdad que estaba ahí. Algo que no podía permitir que aquella pobre niña terminara como las otras o incluso peor, solo por ser quien era...

Agazapadas miró en la dirección por la que habían venido y logró distinguir las marcas de las pisadas de ambas en la nieve.

Un arrebato de cabreo se apoderó del lugar que había ocupado el miedo hasta aquel momento y sintió el brazo de Ann que ahora se aferraba al suyo

—Tengo que intentar borrarlas... —le susurró cuando ella se aferró

con más fuerza al ver que Lea tenía intenciones de salir de donde se habían escondido

—No puedes volver —gimió la pequeña.

—Shhh —puso un dedo en sus labio y le sonrió—, te va a oír —con ambas manos y olvidándose de su propio dolor y terror, cubrió el rostro de la niña y le beso la frente —solo un trozo, —dirigió la mirada hacia donde sus huellas descubrían el lugar en el que estaban y con un gesto de la cabeza se lo indico a ella también —nos encontrara si no lo hago.— volvió a besarla y con los pulgares limpio las lágrimas que comenzaban a rozar sus azuladas mejillas —Te juro que volveré enseguida...

Anna no dijo nada más, y Lea agazapada salió de entre los matorrales y de rodillas, intentando que estas dejaran el mínimo resto visible de su paso volvió por donde habían venido; para después recorrer de nuevo el mismo camino, esta vez utilizando sus pequeñas manos desnudas para borrar las huellas de sus pies y los de Anna.

No supo cuánto tiempo tardó, pero se le hizo tan eterno como las pocas horas que había estado capturada y torturada no solo viendo como torturaban a la pequeña sino sintiendo como en sus propias carnes también era infringido dolor.

Un dolor que comparado con el de su corazón y el de su alma no sería jamás más que unas cicatrices, mas, que si conseguían salir de aquella su cuerpo llevaría sin ser ocultadas; las otras, las que nunca serian vistas ni expuestas ya eran otra cosa.

Cuando creía haberse perdido a pesar de todas las medidas que había puesto para ello, un brillo en la oscuridad le hizo dar un respingo, pero se llevó la mano al pecho al ver que se trataba de los ojos de Ann y volvió a refugiarse junto a ella.

—Ya estoy contigo —dijo tan bajo que creyó oírse solo ella, y abrazo con fuerza a la pequeña que lloraba en silencio mientras temblaba del frio.

Escuchaba la respiración entrecortada de Anna ...

El frio y las heridas, junto con la poca ropa que llevaba puesta y la sangre que había perdido, acabaría provocándole un colapso. Tenía que encontrar la forma de detenerle y salir de allí con la pequeña viva.

No podía, no iba a permitir que él ganara; que hiciera daño a otra criatura inocente, aunque su propia vida dependiera de ello.

Rezó en silencio, mentalmente, para que, en la oficina, su gente se

hubiera dado cuenta de algo; lo que fuera que pudiera llevarle hasta ellas antes de que las atrapara y todo terminara ahí, de aquella trágica manera.

—Ten—go fri—o... —La voz de Anna sonaba débil, casi inexistente y a Lea le preocupó que aquello fuera el final para ella.

La miró de arriba abajo. Sus brazos menudos y delgados estaban completamente repletos de laceraciones por las que había perdido mucha sangre; al igual que sus pechos y piernas.

Sin pensárselo dos veces Lea se quitó la camiseta de manga larga que llevaba sobre una de tirantas y se la puso a la pequeña de cabellos rubios y ojos verdes que la miraba, entre adormilada y asustada, con lágrimas en los ojos. Unos ojos que habían visto, para su juventud ya demasiado...

Tanto como los de...

No quiso pensar en ello. Ahora necesitaba despejar su mente de cualquier cosa que no fuera salir de aquel bosque nevado, en el que a aquellas horas estarían como mínimo a cuatro o cinco grados bajo cero, y a ser posibles sanas y salvas.

El cuerpo de la adolescente se tensó en el mismo instante que el suyo.

El silencio era tal que podían oírse, la una a la otra, los latidos de sus corazones, y el crujido de las ramas...

— ¡Vamos...! —La voz, histérica, estaba algo lejana, pero no tanto como ellas hubieran deseado. — ¡No hay bosque suficiente para esconderos! —exclamó de nuevo — ¡¿Es que no lo ves Lea?! —se carcajeó — ¡No podrás salvarte a ti ni tampoco podrás salvarla a ella, por mucho que te juegues la vida! Anna ya está muerta... —dijo, en aquel momento, en un tono más bajo. Como si el hecho de que la niña oyera aquel comentario fuera a hacerle más daño de él que el mismo le había inculcado con sus propias manos. — ¡Ella morirá, tu morirás y el círculo, por fin quedará cerrado! —La voz parecía cada vez más cerca, como si pudiera sentirla u oler el rastro de la sangre que escapaba aún de sus cuerpos — ¡Es, ha sido y será tu destino! — Grito ahora casi fuera de sí — ¡Y yo soy el destinado a hacértelo cumplir...!

¿Qué esperaba diciéndole todo aquello? Se preguntó mientras con la mirada ya acostumbrada a la oscuridad que envolvía el lugar, buscaba un agujero por el que escapar sin que el percibiera el mínimo movimiento. ¿Qué perdiera la cordura y cometiera algún error?

No, se respondió a sí misma; no iba a jugarse el todo por el nada, no iba a darle a aquel cabrón la satisfacción de salirse con la suya.

Quizás fuera verdad que su destino era morir, y quizás después de todo lo que había sucedido, en el fondo, en lo más hondo de su alma ya estuviera muerta, pero no iba a dejar que aquello mismo le pasara a la niña. No iba a permitir que aquél monstruo se llevara otra vida que no fuera, en todo caso, la suya.

Miró de nuevo aquellos enormes ojos y supo que la vida de aquella criatura nunca más iba a ser normal, aún y así le sonrió con tanta ternura como le fue posible. Con la misma ternura con la que su madre la miraba y arropaba en aquellas terribles noches de pesadilla que tanto significado tenían ahora. En aquellos momentos entendió las lágrimas que en aquellas noches de terror y sudor no entendía, y una comenzó a rodar por su mejilla.

Acercó sus labios al oído de la niña.

A punto estuvo de susurrarle algo al oído, cuando se dio cuenta de que el silencio, otra vez, era tan palpable que cualquier sonido, por pequeño que fuera: un susurro, la respiración de ambas entrecortada, un movimiento; podía darle a él una pista de cómo llegar a donde estaban.

Comenzaba a desesperarse.

El frío ya dentro de su cuerpo le estaba entumeciendo las extremidades y el pánico a no poder defenderse llegado el momento la atenazó de la misma forma que si la mano de aquél asesino la hubiera agarrado de la cola castaño-rojiza que coronaba su cabeza.

Los labios de Ann completamente morados ya estaban cogiendo el tono azulado que advertía a Lea que o salían rápidamente de allí, de la nieve y del refugio de los árboles, a buscar ayuda, o la pequeña no sobreviviría mucho más.

Débil como estaba no podía pedirle que comenzará a correr, además, ella ya no le oía... Nada, ni un crujir, ni una pisada. ¿Cómo saber dónde estaba o qué dirección había tomado para ellas coger la contraría?

Entonces, todo pasó ante ella como en un tráiler y tomó la decisión.

La decisión que las sacrificaría o las salvaría.

Era arriesgado, por supuesto, pero no les quedaba otra. No veía más opciones, no lograba verlas por ningún lado...

—Escúchame —susurró tan bajo al oído de Anna que no estuvo segura de si ella había llegado a escucharla —No te muevas, ¿me oyes? —la niña no se movió y a Lea se le paralizó el corazón pensando que ya estaba muerta. Acercó su oído a los labios azulados de la cría y prestó toda la

atención que pudo para escuchar cualquier atisbo de vida, de respiración. Sonrió levemente al comprobar que aún estaba allí, terriblemente débil, pero con ella, y eso aún le propinó más fuerza para continuar adelante con su plan — Por Dios peque, —volvió a susurrar —no te muevas oigas lo que oigas, ¿me oyes? —un débil movimiento afirmativo le respondió —Te juro que volveré enseguida, no tardaré en acabar con ese cabrón y volveré a por ti. ¿De acuerdo?

Una manita, manchada de sangre reseca acarició la suya y Lea no pudo contener las lágrimas que llevaba intentando no dejar escapar desde que la encontró y vio el estado en el que la había dejado.

Con muchísima ternura le beso la mejilla y la cubrió con tantas hojas y ramas como encontró cerca de ellas, para cubrirla y así protegerla de él.

Acaricio su cabello dorado y salió a campo abierto.

—¡¡Aquí estoy hijo de Puta!! —Gritó a pleno pulmón mientras a paso lento y caminando de espaldas se iba alejando de Ann —¡¡Ven a por mí cabrón!! ¡¿No es lo que querías, matarme?! —escuchó el silencio. Su corazón latiendo a latidos tan potentes que los oía dentro de sus propios tímpanos, y de pronto la pisada, el sonido de una segunda respiración, tranquila, fría.

Ya venía...

Llegaba para darle caza, si no lo cazaba ella primero...

Ya llegaba... Podía oírlo, sentirlo como si lo tuviera encima.

Y entonces, con un palo que había cogido al salir del escondite como única arma de defensa en sus manos se giró.

—¡¡Arghhhhhhhhhhhhhhhhhhh!!

Minutos después el sonido de un disparo envolvió el silencio que, en aquellas montañas, recubiertas de un gran manto blanco, reinaba; haciendo que el corazón de la pequeña que yacía tumbada y en completo silencio comenzara a latir desenfrenadamente a causa del terror.

CAPITULO 2

“Boston, 2017”

La llamada de la central la había despertado a las cinco de la mañana. Con paso lento, y dando patadas a todos los botellines de cerveza esparcidos por el suelo, cegada por la oscuridad, se vistió con las tres capas de costumbre en aquella época del año y salió de su minúsculo apartamento a las afueras de Boston.

Menos mal que el lugar no estaba lejos de allí, en los bosques cercanos a la colina de Beacon Hill, a pocos kilómetros de su casa; porque la cabeza, en cualquier momento le iba a explotar.

No aprendería jamás a controlarse con la bebida, pero hasta hacia pocas semanas parecía que lo tenía superado, que podía dormir sin necesidad de llegar al coma etílico...

A aquella hora, en pleno octubre ya habían comenzado las nevadas y los grados habían llegado a bajar muchísimo para lo que a ella le gustaba.

Se soplo una mano mientras con la otra cogía el volante y así alternativamente hasta que llegó a su destino, en un vano intento de que no se le congelaran los dedos. Ella y su dichosa manía de olvidarse siempre de coger los guantes...

No hacía viento aquella noche, y curiosamente a pesar del frío y la nieve que caía el cielo estaba limpio e iluminado.

Cuando llegó a donde ya le esperaba el forense y su compañero aquella observación del cielo le resulto tristemente macabra y la escena dantesca y muy descorazonadora...

Intentó, por todos los medios evitar el máximo tiempo posible tener que ir a ver y ser informada de lo que aquella pareja de novios borrachos había encontrado justo cuando se tumbaban para darse el lote.

Sabía para su desgracia que era lo que iba a hallar...

Otra... Otra más en la lista de aquel hijo de puta, estaba segura.

El cuerpo de Julia estaría allí tumbado, tal y como ella predijo.

No podía ser una casualidad y estaba segura de que iba a saber, incluso sin verla, como, donde y de que forma la habían torturado y después

asesinado.

Lo que más rabia de todo aquello le causaba es que no la quisieran creer; que el gilipollas de Sloan se limitara a decir, cuando ella advirtió que la primera niña no iba a ser la única, que no había que llamar al pánico a la población, que era un incidente aislado, y bla, bla, bla...

¿Ahora qué? Se preguntó para sus adentros.

¿Ahora también era un puto incidente aislado?

— ¿Diez dólares por tus pensamientos detective Mayo...?

La voz de Ryker, el forense, la sacó de aquellos terribles pensamientos a tiempo de no llegar a imaginarse como le iba a hacer al bastardo de Sloan, lo que algún loco cabrón le había hecho a la niña.

—Buenos días doctor —respondió sonriendo.

—Bueno si, la verdad es que ya es buenos días —dijo el médico mirando su reloj de pulsera y luego al cielo—, aunque ni la luz ni el tiempo acompañe y lo demuestre...

A paso lento, y esquivando las señales que los investigadores de la científica habían puesto allí donde podía haber una evidencia, caminaron sobre la nieve hasta llegar a Martin y el cuerpo que habían cubierto.

— Lea... —saludó mecánicamente su compañero.

—Martin...

Aquello no era fácil de ver...

Con la primera más de la mitad de los agentes que llegaron a donde su cuerpecito fue hallado, tres semanas antes, vomitaron en el mismo lugar, el caos fue terrible y la furia de Ryker por la preservación y contaminación de pruebas aún hoy era recordada.

Estaba segura de que en aquella ocasión no había sucedido tal cosa, pero saltaba a la vista el dolor, la impotencia y la angustia al ver los rostros de todos los allí presentes incluido su compañero, que tenía una hija de casi la misma edad.

— ¿Ya la habéis hecho lo necesario para que la juez nos autorice el levantamiento del cadáver? —preguntó mirando a ambos al unísono.

Los dos hombres estaban de pie, junto a ella y movieron, casi a la vez también, la cabeza afirmativamente.

—No me ha hecho falta demasiado para saber que fue asesinada de la misma manera que Jenny y por el mismo individuo, —El forense no pudo evitar llamar a la primera niña que encontraron, por su nombre, y Lea se lo

agradeció, el hecho de llamarla solo víctima le parecía tan frío...

No por llamarla por su nombre, por a pesar de estar muerta; y recordarla por la forma en que era conocida se iban a sentir más o menos involucrados personalmente en el caso, como su capitán solía decirles. Aún y así, curiosamente y para sorpresa de todos, la primera vez que el forense lo hizo, en aquella ocasión, Roland Sloan no puso objeción alguna. Lea imaginaba que el hecho de que la víctima fuera una pequeña de trece años, como cualquier otra pequeña que va a secundaria, que juega aún en la calle a la comba y que hubieran estado buscándola durante semanas hasta que apareció su cuerpo, era suficiente como para ablandar el corazón de aquel hombre bajo y con sobrepeso que llevaba todo el peso de la prensa y los mandos sobre sus hombros.

Su compañero levantó un brazo, con el que, con una mano enguantada alzaba una bolsa de pruebas con otra de aquellas muñecas en su interior, mostrando el porqué de la lógica del especialista forense.

Una, exactamente igual que aquella, pero con el color de pelo de Jenny Pruitt, incluso el mismo estilo de vestuario, había aparecido, ya, junto a su cadáver. Ahora se encontraban con otra similar, pero con el color de pelo y el vestuario parecido al de Julia, en el mismo lugar que a la muchacha.

La detective observó, exactamente igual que la otra vez a la muñeca, con el ceño fruncido y una extraña sensación de incomodidad.

Realmente era él... El descubrimiento de la muñeca no se lo habían contado absolutamente a nadie, era algo que era mejor callar...

Según habían descubierto anteriormente aquellas, aquel modelo en especial, ya no se fabricaban. Estuvo muy de moda en los años cincuenta y sesenta, pero la empresa que las llevo al mercado quebró a finales de los setenta y solo debían quedar las que algunas personas de aquella época hubieran guardado, como al parecer era el caso de aquel animal; y quizás alguna más en algún comercio de antigüedades. Pero la investigación no los llevó a ningún sitio entonces.

El vello del cuerpo se le erizó al mirar en dirección a la cabeza de la muñeca y comprobar que había hecho con esta exactamente lo mismo que con la anterior: utilizar parte de los pelos de la cabeza de la pequeña para ponérselos a ella...

El tiempo que le debía haber dedicado tanto a esa monstruosidad como a elegir el gesto de vestirlas igual que a las niñas solo demostraba la

paciencia, frialdad y tamaño sadismo del que disponía quien le hubiera hecho aquello a las niñas

Continuaba mirando el rostro de porcelana dentro de la bolsa cuando sintió que su compañero le decía algo abstrayéndola de aquellos pensamientos y devolviéndola a la realidad que les ocupaba. Y se lo agradeció mentalmente.

Aquella prueba; aquella muñeca le daba escalofríos y le revolvía el estómago, pero no podía evitar mirarla.

Apenas podía apartar de ella la vista...Resultaba tan macabro...

—Tenías razón, ¿sabes? —Martin no la miraba de frente, sólo, un poco, de reojo— El muy cabrón le ha arrancado el cuero cabelludo, también a ella y le ha puesto parte de él a esto... —dijo mirando el plástico que contenía la asquerosa prueba— Y la cara...—juntó las manos como si fuera a rezar por ella y los ojos y el rostro comenzaron a humedecerse, sin atreverse a terminar la frase con las que describir lo que sus ojos habían tenido que ver — Maldito salvaje hijo de puta...— Ver aquel cuerpecito e imaginar su sufrimiento al ser torturada y casi desmembrada le había afectado igual o más que con Jenny Pure

No se atrevió a decirle nada, se limitó a afirmar con la cabeza y darle una palmada en el brazo.

— ¿Y ahora qué vais a hacer? —Ryker también miraba el cuerpo.

Normalmente la relación entre investigadores de la jefatura e investigadores forenses no era muy fluida, pero con él había sido, desde el principio, diferente.

Se involucraba de verdad en todos y cada uno de los casos que llegaba a su mesa y la relación con ella y con Martin había sido respetuosa y amistosa desde el principio, por lo que la pregunta ni les pilló por sorpresa ni les molestó.

—Hacer entrar en razones a Sloan para empezar...—respondió el compañero de Lea con un tono sarcástico que no les pasó desapercibido.

—Si con esto, aun no se da cuenta de que la cagamos ya bastante con Jenny...

La detective Mayo se recogió su larga y ondulada, hasta ese momento suelta, en una cola de caballo, y se agachó para pasar por debajo de la cinta amarilla que los agentes habían colocado para arrodillarse junto al cadáver observándolo muy detenidamente.

—Pásame unos guantes de los tuyos —Le dijo al forense moviendo enérgicamente los dedos de la mano que le había estirado.

— ¿Has encontrado algo? —preguntó este agachándose a su lado, imitado por el detective Wise que miraba tan atentamente todos los movimientos de Lea como él.

—Creo que si —respondió la mujer mientras con un cuidado y ternura pasmosas levantaba suavemente el brazo de la pequeña del suelo y sacaba una especie de motita brillante, en forma de estrella, que esta llevaba pegada a él.

— ¿Purpurina? —preguntó Martin sorprendido.

—Purpurina —repitió Lea.

—Eso no creo que nos ayude demasiado...

Ryker la cogió del dedo de la mujer enguantado con muchísimo cuidado y metió la motita rojo brillante en una pequeña bolsita de pruebas que después puso a trasluz, sobre el cielo, sobre el que ahora si salía el sol, para observarla con detenimiento.

—Creo recordar, si la memoria no me falla que Jenny tenía algo similar también en su cuerpo, además de...—señalo la bolsa con la cabeza —pero creo que tenía alguna otra forma —Ryker no dejaba de mirar la motita cómo si de un momento a otro fuera a evaporarse —Cuando llegue a la sala miro el informe y os digo algo. —Sin esperar respuesta comenzó a recoger — ¡Levantad ya el cuerpo y llevémoslo al clínico! —gritó a los sanitarios mientras se encaminaba a su coche —Os veo luego.

Lea y su compañero miraban las zancadas que daba aquel hombre hasta llegar a su vehículo sin llegar a decir nada. Aquel era un día triste.

Un día de esos, como cuando encontraron a la primera niña, jamás iban a olvidar; sobre todo ella.

Hizo un leve movimiento con la cabeza para alejar algo que iba a ocupar su mente, que no pasó inadvertido al detective Wise.

— ¿Estás bien? —tras unos segundos pareció darse cuenta de la gilipollez que había preguntado. ¿Cómo iba a estar bien ante lo sucedido? Más aun cuando ella advirtió que aquello iba a pasar y no fue escuchada. Si ni él, con sus años de experiencia lo estaba —Quiero decir...—Comenzó mientras le pasaba la prueba más tétrica a uno de los C.S.I.

—Sé lo que quieres decir Martin, no te preocupes —le interrumpió su compañera —es sólo que me siento tan...Impotente y cabreada...

El hombre movió su cabeza de pelo canoso afirmativamente.

Entendía perfectamente lo que quería decir, como se sentía a aquella mujer, porque él, también se había sentido muchas veces igual.

La experiencia y el instinto casi siempre iban de la mano en su trabajo.

El haberse visto con casos, no como aquél, realmente él nunca había tenido que investigar casos de fallecimientos de niñas, más que el de algún accidente o un suicidio, pero si similares; en los que lo que ves, te dice, que el asesino se no quedó satisfecho, en el que presientes que no tuvo bastante y sabes que va a volver a matar...

Esos son sensaciones que ninguna otra persona puede ni entenderá jamás.

Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia el abrazándola con cariño y camaradería.

Casi diez años trabajando en el mismo departamento, siete de ellos como compañeros se lo permitían, además Lea Mayo necesitaba de vez en cuando un gesto afectuoso para ver que no estaba sola en aquél podrido mundo de maldad y dolor.

Lea sonrió dejando caer la cabeza sobre el hombro de Martin, que, aunque no estaba del todo repuesto de lo que acababan de ver, si parecía externamente más fuerte; y caminaron juntos hasta el coche de ella.

—¿Te llevo? —Le preguntó con algo de sorna, pero él no contestó.

Le molestaba andar pidiendo y necesitando chofer. Mira que Lea se lo advirtió al enterarse de que Thess, su hermana, se acababa de sacar, a aquellas, alturas el carnet de conducir... Pero, en fin, era lo que había...

Martin la miró con el ceño fruncido y la detective no pudo reprimir una sonrisa mientras entraba en el lado del conductor.

Sintió, como a pesar de que ya hacía varios meses que su compañero se veía en aquella situación, la idea de ir de copiloto aun le disgustaba, pero no se dejó llevar por la generosidad y metiendo la llave en el contacto arrancó el vehículo para dirigirse a la comisaria.

Quería repasar el informe de Jenny Pure lo antes posible y buscar alguna forma de detener a ese hijo de puta antes de que otra niña cayera en sus garras.

— ¿Qué tenemos Mayo? —La voz Ronca de Sloan llegó hasta ella incluso antes de terminar de cruzar la puerta de las oficinas.

Parecía preocupado y cansado, por lo que Lea se guardó para sí lo que desde que salió del bosque donde estaba el cuerpo de la pequeña Julia Bryan. Sus padres habían denunciado su desaparición justo menos de un mes antes. Exactamente igual que con Jenny Pure.

Se pasó una mano por el rostro dándose tiempo de tranquilizarse y miró al hombre con cara de circunstancias.

—Lo mismo que con Jenny, señor. —tomó aire al recordar lo que le habían hecho a ambas y continuó con voz neutra —El cuerpo abandonado cerca de la Colina Beacon Hill, ¡sobre la nieve como si fuera un saco de basura! —de nuevo respiró profundamente cuando se dio cuenta de que a medida que hablaba iba elevando el tono de voz —El de Jenny —continuó intentando controlarlo esta vez — fue abandonado a un kilómetro del Rio Mystic, así que por ahí dudo mucho que lo cojamos; no parece tener un lugar predilecto para dejarlas. —Paró un momento para darle un sorbo al vaso de café que le acababa de dejar Martin sobre la mesa y al que se lo agradeció con la mirada y continuó. —Torturadas de la misma manera, al parecer, el forense debe acabar la autopsia primero para asegurarnos del arma utilizada, etc...Y asesinadas con un corte limpio en la carótida...al lado había otra muñeca, con rasgos similares a la encontrada junto al cuerpo de Jenny, vestida como la niña y con cabello insertado en la porcelana de la cabeza, del arrancado a la pequeña. Se la han llevado los de científica para ver si sacan algo...

— ¿Abusaron...? —Sloan no se atrevió a terminar la pregunta. No hizo falta.

Nadie quería terminarla, ni siquiera imaginarlo, pero a pesar de todo, lo dudaban, con Jenny no lo hicieron...

—No lo creemos —Lea contesto, de todas formas, a la cuestión señalando a su compañero con un gesto de la cabeza. —De todas formas, tenemos que esperar a ver que nos dice Ry... Perdón, el doctor Pruitt — corrigió rápidamente, no porque no estuviera permitido que se tutearan, sino porque Sloan prefería las formalidades durante una investigación.

Roland Sloan afirmó con la cabeza lentamente, sin levantar la vista del suelo y por un momento un silencio incomodo reinó en la sala de reuniones donde todos menos él y Lea estaban sentados.

No hacía falta decir demasiado. Todas las miradas se posaban en la brillante e incipiente calva del hombre que no quiso abrir una investigación

mucho más urgente cuando el primer cuerpo fue encontrado y él lo sabía.

Si hubiera, quizás, seguido la dirección del posible asesino serial...

Pero ahora lo hecho, hecho estaba y su castigo iba a recibir. El sería el encargado de dar la noticia a los padres de Julia y de hablar con la prensa, algo que para nada sería fácil y que seguramente para él iba a ser una especie de penitencia. Reconocer que se había equivocado y que por ese motivo otra niña de la ciudad había sido asesinada de forma brutal y retorcida...

Sin decir nada, ni levantar la mirada el hombre salió de la sala cerrando lentamente la puerta tras él y el silencio, de pronto, se convirtió en vocerío de instrucciones, posibles elucubraciones y llamadas telefónicas.

A las seis de la tarde Lea y Martín se encaminaban a la sala de autopsias para hablar con Ryker.

No se acostumbraba a entra allí y verle con aquella bata blanca, tan planchada y a la vez tan manchada de sangre y fluidos de los cuerpos y que siempre parecían traspasarle el delantal de plástico.

En aquel momento se estaba lavando las manos con detenimiento y Lea lo observó, como tantas otras veces de perfil.

Su pelo de un negro azabache con algún reflejo de pequeños cabellos blancos, que parecían le comenzaba ya a crecer, estaba completamente repeinado para atrás; estaba segura de que olía a la fijación de pelo a la que olía su cabeza muchas veces, cuando ella se acercaba, que se mezclaba con el olor de la ropa limpia que se ponía. No usaba ningún tipo de colonia, no le hacía falta, siempre olía a limpio y limón, no como ella que aquella mañana, seguramente, había ido apestando a cerveza barata.

Se giró hacia ellos y su rostro de facciones cuadradas estaba serio al igual que sus ojos claros. Un color curioso, se decía cada vez que se encontraba con ellos, que de vez en cuando la miraban tan fijamente que la perturbaban,

— ¿Qué tenemos? —le preguntó carraspeando

—Me temo que lo mismo que con la primera niña, pero no más. — ambos detectives lo miraron interrogante —Este tío, tía o tíos es inteligente y cuidadoso. A excepción de la estrellita de purpurina, que estaría bien investigar de donde salió, —se sentó ante su mesa mientras decía esto y sacó una carpeta marrón —y de la que por cierto estábamos en el camino correcto; Jenny tenía algo similar en su cuello, pero era en forma de corazón y no de estrella. Ahora enviare esa prueba, también, a los de laboratorio. —apuntó

releyendo los papeles de la carpeta —No hay nada de nada. —Se pasó la mano por su oscuro cabello y resopló —No la violaron... —dijo en tono bajo. Sabía que eso atormentaba a todos los que estaban llevando la investigación y que a pesar de todo la desgracia y el dolor eran algo más soportable para todos, especialmente sus padres, si el abuso no había ocurrido. Y sintió la necesidad de decirlo antes de continuar. Los dos detectives le ofrecieron una afectuosa sonrisa y Martin le dio una suave palmada en la espalda. —En definitiva, —continuó con su evaluación —Torturada de la misma manera, como si se tratara de algún tipo de ritual. (Creo que es un asesino metódico y muy organizado). Los cortes son tan similares que, si no fuera porque le veo la cara y la diferencia en el tono de piel, casi parecería que le estoy haciendo la autopsia al mismo cuerpo...—Se dijo más para sí que para los detectives que lo miraban expectantes —Se desangro durante mucho tiempo y finalmente le cortó la carótida...

Se pasó las manos por la cara y se hecho todo lo largo que era hacía atrás en su sillón.

— ¿Por qué has dicho lo del ritual? —Martin se rascaba la coronilla mientras hablaba.

—Yo no soy experto en la investigación como vosotros, pero lo de que todas las heridas infringidas en las mismas niñas estén en los mismos lugares, con escasa diferencia de milímetros o centímetros en algunas excepciones; Con la misma arma, el arrancarles el cabello de esa forma, como extrajo todo el cuero cabelludo..., el corte desgarrador en el rostro; dejar la muñeca con esos rasgos característicos y ese modelo precisamente... No sé, me hizo pensar que esa podía ser una opción. Eso o quiere dejar un mensaje a alguien... —se rascó la frente mientras los miraba fijamente y después bajó la cabeza algo avergonzado —siento si me he metido donde...

— ¡No hombre! —Martín miró Ryker sorprendido y después a Lea, que le había pellizcado con fuerza el brazo, boquiabierto. —Es solo porque no se nos había llegado a pasar pensar en algo así y creo que deberíamos planteárnoslo también como una opción —habló cuando se repuso un poco de la sorpresa, con sinceridad.

—Bueno —El forense sonrió agradecido —Sólo es un planteamiento que yo me hago. De todas formas, lo interesante ya está todo dicho —Se enderezó un poco y reviso sus notas en el ordenador que tenía frente a él.

—En definitiva, la autopsia no nos va a ayudar... —La frustración de

la detective Mayo era palpable.

Ryker se limitó a negar con la cabeza

— ¿Qué hacemos entonces? —Martín se sentó en uno de los bancos de acero de la sala con los codos apoyados en las rodillas y mirando el suelo.

—No lo sé...

Lea se sentó a su lado apoyando la cabeza en la pared y cerró los parpados.

Necesitaba pensar; necesitaba una cerveza...

Cuando bebía su mente parecía trabajar mejor, y ya llevaba horas sin sentir el refrescante liquido ámbar bajar por su garganta e introducirse en su sangre y en su cerebro.

¡Dios como necesitaba beber!

Katie llegaba tarde...

Su madre iba a matarla y ya ni quería pensar en lo que le haría su padre si la pillaba llegando a aquellas horas ... Pero ¿Cómo le iba a decir al mismísimo Daniel Truman que a pesar de estar a punto de cumplir trece años sus padres en invierno la obligaban a llegar a casa a las siete y media como muy tarde?

Se hubiera reído de ella, y además no le habría acariciado la mano con suavidad ni se la habría acabado cogiendo durante el resto de trayecto hasta la sala de recreativos...

Sonrió al recordar el tacto de la mano del muchacho de sus sueños y se acarició allí donde él había tocado.

¡Esa mano no se lavaba nunca más! Sonrió.

El frio era intenso. Tenía los pies y la cara congelados.

Su madre le había obligado a ponerse las botas forradas y más de dos capas de ropa al ir al colegio, pero aquellos días parecía que nada era suficiente para entrar un poco en calor, menos aún, si cuando salía con las amigas y con Daniel, andaban entrando y saliendo de los lugares sin que les diera tiempo de entrar siquiera en calor en uno de ellos.

El silencio de la calle la ponía nerviosa; más aún con todo lo que se estaba escuchando de Jenny y Julia...

No eran compañeras de clase.

Pero habían sido amigas, claro, que ellas eran de otro nivel, pero aún

y así las conocía.

El hecho de que hubieran aparecido como ningún padre quiere contar, para que no se enteren ni traumatizen, aunque los hijos ya lo supieran detalle a detalle y se lo callaran, era horrible, espantoso.

Daniel se había ofrecido a acompañarla a casa por lo mismo, pero si ya iba tarde y encima acompañada de un chico... Aún y así le dejo que lo acompañara a dos manzanas de su portal y que le plantara un rápido beso en los labios, un pico lo había llamado él.

Le sonrió al alejarse mientras se despedía con la mano encaminándose hacia su casa; mejor sería que la mentira que contara fuera la mejor después de la de su hermana y el olor a cerveza.

La carcajada que se le escapo al recordar aquello resonó en el silencio de la noche como un estruendo y Katie se dio cuenta, entonces, de la soledad y oscuridad tan profunda que empezaba a cubrir todo el lugar y de la distancia que aún le quedaba para llegar a su casa estremeciéndose.

—Vamos Kat – dijo en voz baja para infundirse algo de valor y no pensar en que quizás Jenny y Julia habían hecho lo mismo antes de ser secuestradas.

Intentó acelerar un poco el paso, ya le quedaba solo una manzana más y estaría calentita en su cama; castigada, pero en su cama.

Comenzó a buscar las llaves, como siempre cuando estaba a punto de llegar a las escaleras de su portal, pero los dichosos guantes hicieron que se le resbalaran de la mano cayendo a la nieve.

—Jope —suspiró. Con aquella iluminación y la cantidad de nieve que había le iba a costar una burrada de tiempo encontrarlas.

Los ojos comenzaron a inundársele de lágrimas; ahora sí que no la salvaba nadie de la bronca y el castigo...

Eso le pasaba por idiota...

— ¿Te ayudo?

La voz le resultó familiar, pero por un momento no se atrevió a girarse y ver quién era el que le estaba hablando.

Tardó varios segundos en girarse, y el dueño de la voz seguía allí

— ¡Oh Dios! —exclamó con alegría —Es usted...

Respiró aliviada.

Mira que era idiota, pensó en silencio. Se había vuelto una gallina con todo aquello que estaba sucediendo.

— ¿Te ayudo? —Le volvió a preguntar sonriendo de oreja a oreja y con un rostro que le dejaba muy claro a Katie que entendía su reacción — Tranquila, haces muy bien en no aceptar ayuda de desconocidos y haciendo más amplia su sonrisa.

—Gracias... —sonrió ella también mientras se agachaba con él a buscar por la nieve el juego de llaves que abría las puertas de su casa. —Es que están pasando unas cosas...

—Lo se Katie... —por un momento pareció ensombrecérsele la mirada y endurecérsele el rostro, pero fue tan leve y tan rápido que cuando volvió a levantar la vista para mirarla, la muchacha pensó que se lo había imaginado.

Allí seguía su sonrisa tan amplia y tan tranquilizadora como hacía unos minutos, por lo que agachó aún más la cabeza para buscar en lo más profundo de aquellos centímetros de suelo, completamente blanco y helado.

Cuando él sacó el pañuelo del bolsillo de su oscuro chaquetón Katie seguía hundiendo las manos en la nieve dándole la espalda.

—Llego tarde, ¿sabe? —le explicó si darse la vuelta —Mis padres me van a echar una buena bronca, y encima voy y pierdo las llaves... —se giró para mirarlo a los ojos, mientras ambos seguían en el suelo, de rodillas, —si no fuera porque usted me está ayudando... —en sus ojos había tanto agradecimiento, como oscuridad en los de él que la miraba fijamente mientras comenzó a incorporarse.

A Katie, no le dio tiempo ni de reaccionar cuando aquel cuerpo se abalanzó sobre ella y le puso el pañuelo que llevaba consigo cubriéndole el rostro. Apenas se movió ni se resistió.

Él miro a ambos lados de la calle, la oscuridad y la soledad eran perfecta.

Nadie había visto nada...

Con muchísimo cuidado cogió a la niña en brazos y se la cargó sobre los hombros como si fuera un simple saco, sin esfuerzo alguno.

Comenzó a caminar hacia su coche sonriendo mientras se imaginaba todo lo que le iba a hacer y lo bien que se lo iba a pasar.

Lo había conseguido de nuevo. Había conseguido llevarse a otra niña casi en la puerta de su casa, sin ninguna dificultad.

Se estaba burlando de la policía y de ella a su antojo. Les estaba haciendo lo que le daba la gana a aquellas pequeñas zorras sin que nadie

podiera evitarlo, ni siquiera la gran Lea Mayo.

La maravillosa e inteligentísima detective se iba a llevar otra desagradable sorpresita.

¿A ver quién le detenía? Sin dejar de sonreír, cada vez con más amplitud llegó a la furgoneta y abriendo la puerta del lateral tiró dentro a Katie como si solo fuera una bolsa de desechos.

Aquella tarde, cuando Katie salió corriendo y con su larga melena rubia bajo su gorra de lana, esa que su madre le había confeccionado apenas una semana antes. Aquella tarde en la que con sus mejillas sonrosadas porque sabía perfectamente a quien iba a ver se despidió con un enorme abrazo de sus padres, fue la última vez en la que los Glass pudieron ver con vida a su hija...

CAPITULO 3

“Dallas, Texas, febrero 1981”

—Cuídamelos Reagan... —El rostro de la mujer, que no se atrevía a mirar a sus hijos, sentados en la parte trasera del todoterreno a los ojos mientras hablaba con su interlocutora, estaba pálido y cubierto de lágrimas.

—Claro... —Reagan miraba a su hermana con una mezcla de comprensión y compasión en sus ojos grises. Su media sonrisa, ladeada, dio algo de paz a la mente atormentada de la madre de los niños, que parecía iba a desmoronarse en cualquier momento—. Sabes que conmigo estarán sanos y salvos querida.

—Lo sé, —Avery Gagnon puso su mano sobre la de la otra mujer, que estaba apoyada en la ventanilla abierta del vehículo y ladeo su pequeña y, tempranamente, canosa cabeza sin poder girarla hacia sus hijos; que lloraban desconsolados mientras apoyaban la cabeza en los asientos delanteros—. Por eso te llamé. No mires atrás y no vuelvas, por favor...

La dueña del coche encendió el contacto de este.

—¿Qué vas a hacer tu? —Preguntó a su hermana con los ojos entrecerrados.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo...

— ¿No iras a hacer ninguna locura, ¿verdad? —Reagan comenzó a asustarse de verdad. ¿Y si su hermana se hacía daño o algo peor?

Avery hizo un gesto con la cabeza mientras sonreía muy, muy levemente

—No te preocupes, cariño... —Un nudo en la garganta apenas le permitió continuar—. Por favor, vete ya... Te quiero hermana... —susurró con dulzura y metiendo un poco la cabeza por la ventanilla exclamo—. ¡Os quiero hijos! —para susurrar al sacarla algo que solo Reagan escuchó—, no lo olvidéis oigáis lo que oigáis...

Era mejor no alargar la agonía que tanto su hermana como sus sobrinos estaban viviendo y marcharse ya de aquel lugar maldito, en el que estaba segura algo realmente grave iba a suceder.

Avery quitó la mano con la misma suavidad con la que la había posado y se apartó para que su hermana pudiera dar marcha atrás; cruzando

los brazos en su pecho y con un nudo en la garganta, tan grande que creía la iba a ahogar...

Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro con mucha más fuerza y sin querer se le escapó un sollozo de dolor, tan desgarrador que obligó a los niños y a Regan a dirigir hacia ella la mirada.

Los pequeños vieron caer a su madre de rodillas mientras gemía y lloraba desconsoladamente; y al unísono comenzaron a llamarla:

—¡Mama, mama! —Desgarrando el corazón de su tía que impulsivamente aceleró el todo terreno para alejarse rápidamente de allí y de la dolorosa imagen que era su única hermana, destrozada...

¿Qué más podía hacer, si no lo que Avery, con tanto anhelo, le había suplicado?

Sabía que si había llegado aquel momento era porque realmente no había otra salida, y ella le prometió ayuda y cuidarla siempre que lo necesitara. El problema es que sabía que a ella ya no la podía ayudar; o por lo menos salvarla, pero a los niños, a sus sobrinos, a aquello que Avery más quería en el mundo sí.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos mientras el polvo que el todo terreno levantaba al ir deprisa ocultaba a la mujer que aun yacía arrodillada en el suelo.

No quería mirar hacia atrás ni levantar la vista hacia el retrovisor, porque sabía que si lo hacía se detendría en aquel mismo instante, y sin importarle nada recogería a su hermana pequeña y la introduciría, aunque fuera a la fuerza en el coche. Alejándola de aquella vida y de aquel hombre que la había convertido en una simple sombra de lo que una vez fue.

Eso no era lo que Avery quería y aunque desconocía el por qué debía respetar su decisión.

En pocos minutos ya no quedaba nada a la vista y acomodó su cuerpo en el asiento del conductor.

Tara y Tyler aun sollozaban desconsolados, pero ya no hablaban.

Era como si supieran, de alguna manera, que por mucho que la llamaran aquella era la última vez que la veían, una especie de aceptación instantánea que se forjó a través del polvo de la tierra de aquella su casa a la que seguramente tampoco iban a volver. Y la mujer en silencio lo agradeció.

Necesitaba pensar...

Todo había sido tan rápido...

Ni siquiera había podido consultarlo con Connor, y aunque sabía que este jamás se hubiera negado, el no saber el por qué ni cómo iba a terminar todo aquello, le causaba mal estar porque sabía que su marido estaría lleno de dudas y preguntas que ella no podía responder.

Aún y así intento calmarse en la medida de lo posible.

Quedaba mucho camino por recorrer si quería llegar al hotel más próximo antes del anochecer.

Conducir de noche la aterraba tras el fallecimiento de sus padres en aquél terrible accidente automovilístico que las dejó a Avery y ella solas de manera tan veloz...

Ante la tumba de estos fue donde prometió cuidar de su hermana pequeña cuando aún cursaba su primer año de universidad y así fue hasta que, ella, conoció a su marido y padre de los dos pequeños.

Un hombre que la alejó de todo y todos encerrándola en aquél apartado rancho de Texas y convirtiéndola en una mujer apagada, agotada y avejentada con sus solo cuarenta y dos años.

Ahora Avery había decidido alejar a sus hijos de allí y aunque le daba miedo las respuestas, se arrepentía de no haber preguntado los motivos.

—“Debe ser muy grave”— se dijo mentalmente mientras apoyaba el codo en el hueco de la ventanilla y se acariciaba la frente.

Una sensación angustiosa se apoderaba de la boca de su estómago y de su pecho. ¿Por qué tenía la sensación de que nunca más vería a su hermana?

Pensamientos inquietantes se acumulaban en su cabeza y miedo... Mucho miedo a que estos fueran reales y no simples elucubraciones por lo sucedido, que le hacían ver cosas donde no las había...

Justo lo mismo que sintió el día que sus padres salieron a cenar para celebrar su aniversario de boda y ya no volvieron.

Una nube oscura, tan oscura como sus pensamientos, se apoderó del cielo amenazando lluvia y a pesar de que, por su mente aún vacilaba la idea de dar marcha atrás y llevarse con ella y los niños a su hermana, respiró hondo y piso el acelerador.

Quince minutos después la lluvia comenzó a salpicar el parabrisas obligando a Reagan a detener el coche en el arcén.

Su cuerpo temblaba compulsivamente y un sudor frío le recorrió la espalda bajándole por la nuca.

El silencio se hizo en el vehículo, ahora los niños ya no gemían ni lloraban.

—Tía Reagan —la voz de Tyler era apenas un susurro—. ¿Estás bien?

Su cabeza de pelo negro como el azabache se adelantó tras ella hasta quedar encima del hombro de la mujer y en un gesto instintivo levanto un brazo aferrándose a él.

—Si cariño, todo está bien —mintió.

¿Para qué explicarles el terror que su mente le estaba provocando?

Mas sufrimiento era innecesario, estaba segura de que aún les quedaba mucho por sufrir, que no fuera ella la que lo alimentara iba a ser su obligación a partir de aquel momento.

Respiró fondo aun manteniendo la cabeza de su sobrino sujeta y giró su rostro para dedicarles una sonrisa tranquilizadora que pareció causar el efecto deseado en los niños porque sus rostros se relajaron y sonrieron también.

Unos quince minutos después la lluvia perdió aquella fuerza aterradora que encogía su corazón y nublaba sus sentidos y decidido continuar el trayecto en busca de un lugar en el que pasar la noche, antes de que las gotas volvieran a apretar.

Cuando lo encontró ambos se habían quedado dormidos en los asientos traseros y la imagen conmovió a la mujer, que sigilosamente salió del vehículo para pedir una habitación.

A la mañana siguiente la lluvia había amainado y un resplandeciente sol ya brillaba en lo alto, cuando aún no eran las siete.

Asomada a la ventana sonrió débilmente mientras describía las cortinas y respiró con profundidad.

Aquel día luminoso quizás era el presagio de un buen comienzo...Y ponerse en camino hacia casa era, ahora, su prioridad

Quedaban horas de carretera hacia Alberta.

Aquello era lo mejor que podía hacer en aquellos momentos por Avery y por Tara y Tyler. Alejarlos de aquel rancho maldito y de todo lo concerniente a sus vidas anteriores; darles el amor que no le pudo dar a un hijo propio mientras estuvieran a su cargo y rezar por que su hermana

podiera, pronto, reunirse con ellos.

Con los ojos brillantes y un inmenso nudo en la garganta miró en dirección a la cama en la que ellos aun descansaban y su sonrisa se hizo más amplia.

Eran tan diferentes el uno del otro...

Mientras que su sobrina era idéntica a su madre, rubia, de pelo lacio y tez blanca; Tyler era el vivo retrato del padre de ellas; con su pelo ondulado y oscuro y sus facciones, ya tan joven, bien marcadas.

Iban a ser, cada uno a su manera, dos verdaderas bellezas a medida que fueran creciendo, si nada se torcía por el camino.

Su rostro se dulcificó y recordó el rostro de su padre en aquellos momentos en los que más le admira, que no fueron pocos.

Fuerte, luchador y noble, siempre fue un ejemplo a seguir para ellas y el ideal de hombre con el que ambas soñaron desde su infancia hasta que cada una dio con el que parecía estarles destinado.

Lástima que Greyson, el marido de Avery no fuera, ni medianamente como tanto habían esperado.

Movió la cabeza, instintivamente para que el rostro de aquel hombre desapareciera de su mente y se acercó a los niños con cautela. Quizás debería irlos despertando ya...

El ruido de sirenas policiales llamó su atención y con curiosidad se dirigió, de nuevo, hacía la ventana.

La sensación que la invadía siempre que un mal presentimiento quería anidar en su cerebro y en su corazón, comenzó a asomar con una fuerza brutal que, en un momento dado, la asustó.

En silencio y con la mano en el pecho se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

Algo había pasado, estaba segura; algo nada bueno...

De reojo miró hacia las cabecitas que sobresalían de las mantas y que hacía unos momentos había querido acariciar y se preguntó si no era mejor dejarlos dormir un poco más y así evitar que notaran su angustia, cada vez más y más latente en ella.

Se puso una mano en la boca justo en el momento en que presintió que iba a llorar, para evitar que sus sollozos llegaran a oídos de sus sobrinos.

¿Por qué tanto dolor si ni siquiera sabía el porqué de tantos coches del sheriff, que seguían pasando en la dirección contraria a la que ella llevaba?

¿Por qué esa sensación tan asfixiante de quien nunca más vería el rostro de su hermana si la tarde anterior la había dejado con vida y al parecer sana en su casa?

Todas aquellas preguntas sin respuesta, o por lo menos, sin la respuesta que ella presentía, pero que en su subconsciente le martilleaban, se agolpaban en su cerebro y en su corazón impidiéndole respirar.

Sintió como el pecho subía y bajaba al ritmo de sus latidos incontrolablemente y la tentación de ir a ver si era Avery la que estaba en peligro pudo más que su intento de huir.

Con rapidez, pero con cautela para no crear un malestar innecesario en los pequeños los fue despertando en voz baja, casi imperceptible, que también era eclipsada por las sirenas que sonaban incesantemente.

Sin apartarse de los niños mientras se desperezaban miro a la ventana, que había abierto y vio que lo que ahora hacía aquel sonido que la estaba volviendo loca eran una ambulancia y un camión de bomberos y con más ímpetu insistió para que se levantaran rápido.

No les dejó ni vestirse.

Cogió a Tara y a su amada muñeca en brazos, con cuidado y haciendo señas a Tyler los encaminó hacia el todoterreno, deprisa, como si le fuera en ello la vida, entró de nuevo a por las pocas pertenencias que tenían en la habitación y las tiró de cualquier manera en el asiento del acompañante; para sin siquiera ponerse el cinturón y cerrar la puerta a duras penas, dar marcha atrás, elevando una inmensa nube de tierra, de nuevo, y volver por donde había llegado.

Lo que se encontró, tan solo una hora después, fue algo que jamás olvidaría...

CAPITULO 4

“Boston, 2017”

— ¿Sloan ya avisó a la familia de que debíamos hacer esto?

El joven que se dirigió a la detective Mayo mientras, con voz entrecortada por la pena y la vergüenza, abría el cajón de la ropa interior de Julia Bryan, observaba pensativo este, sin saber cómo comenzar.

Sentía que estaba invadiendo la intimidad de la niña y la sola idea le provoco un terrible desconsuelo.

Lea se limitó a afirmar con la cabeza, mientras con los ojos hundidos y la cara pálida y demacrada rebuscaba entre los libros y papeles de las estanterías.

—Nada... —La voz de Martin que salía de hacer lo mismo en el cuarto de baño que solamente utilizaba Julia, distrajo la atención de su compañera que parecía absorta—. Lo normal para una muchacha de su edad, pero ni papeles escondidos ni nada que no haya visto antes en el baño de mi propia hija...

Se sentó sobre la cama, aun desecha del dormitorio y resopló.

Habían pedido a la familia, al momento de denunciar la desaparición, que no tocaran nada; que lo dejaran todo como estaba, por si no volvía y había que investigar sobre donde podría haberse ido. Lo terrible era que, a excepción de Lea, nadie esperaba tener que registrarla para averiguar quién la podía haber asesinado...

La detective no dijo nada a su compañero, aunque verlo allí sentado le dio malas vibraciones. Sentía que estaban ensuciando el espacio de aquella muchacha y de su destrozada familia. Estaba convencida de que a la señora Bryan le hubiera molestado en cualquier otro momento. Pero ahora ella, junto a su marido estaba en la morgue identificando el torturado y sin vida cuerpo de su única hija...

Los ojos le escocían por la falta de sueño y la mala leche, así como las locas ganas de tomarse un par de cervezas comenzaron a hacer meya en ella.

—Aquí tampoco encuentro nada que me indique algo —dijo tras unos minutos en silencio sin dejar de revisar todo lo que encontraba ante su escrutadora, pero agotada mirada—. Desde luego, si conocía a su asesino no

hay nada que nos vaya a llevar hasta él.

—Tampoco he encontrado señal de que conociera o tuviera alguna relación con Jenny —Martin se puso de pie y se acercó a su compañera.

—Nada detectives —el joven agente que había tenido que registrar lo más privado de la chica cerró con suavidad los cajones que había abierto anteriormente y se enderezó cuan largo era...

—Tomaremos huellas y todas las muestras que podamos encontrar —la voz de Lea era tensa—, nos aseguraremos de que nadie que no fuera ella o alguien a quien la familia conocía, haya estado aquí.

—De acuerdo —el agente salió por la puerta en busca de los especialistas del C.S.I, y dejó solos a los dos detectives que, ahora, al unísono registraban el escritorio del dormitorio y los cajones de este.

—Nos llevaremos el portátil —señaló Martin en voz baja—, que los técnicos informáticos lo revisen...

La detective Mayo hizo otro gesto con la cabeza y continuó el registro sin levantar la mirada, por lo que su compañero suspiró y salió sin decir nada.

Entendía lo que le estaba pasando, la cantidad de pensamientos que seguramente cruzaban su mente y la responsabilidad y culpa que la atormentaban; a ella y a toda la oficina del Sheriff.

Las cabezas gachas, los susurros en las estancias, las lágrimas no mostradas, de todos y cada uno de los componentes de la plantilla y en especial de ella y de Sloan, eran patentes.

Pero lo que más le preocupaba eran las miradas de reproche que su compañera infringía constantemente a su jefe.

Sabía que a aquel hombre lo sucedido le estaba martirizando por dentro, no había más que ver su aspecto; y también entendía el enfado de Lea, pero ahora, más que nunca, la calma y el orden debían reinar si todos querían estar centrados, completa y únicamente en la investigación para dar caza a aquel monstruo.

La sola idea de que aquellos sentimientos acabaran explotando estaba creando en él un malestar que, sumado al dolor por la pérdida de las crías, le provocaban un terrible dolor de cabeza y nauseas; expectante en todo momento de que Lea Mayo reventara por algún lado y dijera lo que todos sabían, pero nadie quería escuchar.

El tumulto de agentes de la científica que se encaminaban al dormitorio de Julia Bryan hubiera asustado a cualquiera; tal despliegue hacía

años que no se daba en aquella parte de la ciudad de Boston, por un crimen. Pero claro, aquel no era un crimen cualquiera, era el monstruoso y despiadado asesinato de una segunda criatura inocente; que aún no había tenido tiempo de crecer, de equivocarse...

Alguien tan horrible y aterrador debía ser detenido antes de que pudiera hacerse con una siguiente víctima.

Otra niña secuestrada, torturada y asesinada sería devastador para todos y en especial para otra pobre familia que tendría que vivir lo que ahora los padres de Jenny y Julia estaban viviendo.

Se frotó las sienes canosas con los índices y cerró los parpados.

Si pensaba que así podría aislar sus pensamientos, miedos y los ensordecedores ruidos de toda la gente que se encontraba dentro de aquella casa, se equivocó; viéndose falto de aire salió y sin pensárselo dos veces marco en su móvil el número de su hija...

—Hola papa... —la voz melodiosa de Anna consiguió que todas las lágrimas que había estado aguantando salieran sin miramientos empapando su rostro en cuestión de segundos.

—Hola amor... —consiguió articular con esfuerzo—. ¿Cómo estas pequeñas?

—Bien —Anna sabía que su padre estaba pasando un momento delicado en el trabajo. No hacía falta que él le dijera nada, las noticias y los medios ya lo habían hecho en su lugar, y aunque ella sabía que la máxima prioridad era protegerla, no podía evitar pensar en cuan duro estaba siendo todo aquello para él y sentir tristeza cuando oía la voz agotada de su padre y percibía las lágrimas que sabía intentaba ocultarle—. Acabó de terminar de estudiar para el examen de mañana—, le explicó para que el hombre pudiera dejar de pensar en todo lo que estaba sucediendo. A pesar de tener solo trece años siempre supo la verdad de lo que sucedía fuera de las cuatro paredes en las que convivía con él.

Martin en silencio le agradeció que fuera discreta y no le preguntara sobre la investigación; sabía que a ella no podría ocultarle lo que estaba sucediendo y que al llegar a casa tendrían que sentarse y hablar, más aún porque eran niñas de su edad las que estaban siendo secuestradas y asesinadas... Debía ponerla sobre aviso y consignar unas pautas para que estuviera siempre alerta y a salvo; pero en aquel momento le hubiera sido imposible. No solo porque estaba trabajando sino también porque el nudo de

la garganta apenas le permitía hablar.

Un toque en el hombro del detective le hizo girar el rostro, topándose con el de su compañera y amiga que parecía haber envejecido diez años en solo unas horas.

—Vámonos de aquí, por favor —Casi era una súplica y el hombre aceptó con la cabeza y cogiéndola del brazo, comenzaron a caminar en dirección al coche.

—Detective Wyse —contestó Martín cuando nada más sentarse en el asiento del copiloto sonó el móvil. Su rostro palideció y se ensombreció en cuestión de segundos—. Vamos a la oficina —susurró nada más colgar—. ¡Ya!

Lea no preguntó, no hizo falta.

Otra niña había desaparecido, estaba segura...

La señora Glass tenía el cuerpo en una silla del despacho del capitán Sloan, mientras su mente, adormilada por los calmantes, divagaba por algún lugar en el que también había perdido la mirada y que solo ella conocía o veía; mientras su esposo no dejaba de gesticular a la vez que le hablaba al hombre demacrado y de ojos hundidos que lo observaba desde su silla al otro lado de la gran mesa que presidía la estancia.

—Por el amor de Dios dime que a nuestra pequeña no la tiene ese monstruo de las noticias... —Las lágrimas del señor Glass no paraban de brotar por sus ojos y recorrerle las mejillas, mientras miraba suplicante a Roland Sloan que con un nudo en la garganta y un inmenso dolor en el pecho miraba al que en una época fue vecino suyo.

—No puedo decirte algo que aún no se David...

—Las palabras apenas podían salir de los labios del hombre sin evitar que la voz le temblara, de la misma forma que le estaban temblando las manos.

Aquello ya era algo que no sabía si podría solucionar únicamente con los componentes de su departamento, y la idea de solicitar ayuda le asaltaba constantemente, más aún en aquel momento, con aquellos padres desesperados y destrozados ante él.

Podía ser perfectamente que la hija de David estuviera con una amiga, o se hubiera escapado, o...

No.

Sabía que no.

Y lo peor era que aquel hombre, aquel pobre padre destruido por el dolor y el terror, se lo estaba preguntando mientras le miraba a los ojos y él no se atrevió a contestarle lo que a ciencia cierta sabía; aquello de lo que ahora, tras el descubrimiento del cuerpo de la pequeña Julia, nadie dudaba...

Tras un silencio que parecía no romperse nunca y que estaba, aún, ahogando más a los tres allí sentados la mujer se enderezó un poco.

Parecía que iba a decir algo, pero de la misma forma en que sus labios se abrieron se volvieron a cerrar. Se amasó el pelo, limpio las lágrimas de su rostro ojeroso con un pañuelo que llevaba desde que su hija no apareció casi seis horas antes y se alisó el jersey que llevaba puesto. Actuaba como si fuera todo mecánico, involuntario...

Tras el proceso miró a su marido y con voz apenas audible le dijo

—Vamos a seguir buscando a nuestra hija...

El matrimonio ni siquiera volvió a dirigir la mirada hacia Sloan, sino que cogidos de la mano y en el más absoluto silencio se levantaron y salieron de allí.

Cuando los detectives Mayo y Wyse llegaron vieron en silencio como la pareja abandonaba el lugar, y en silencio, también se dirigieron al despacho de su capitán que sin emitir ni un solo sonido lloraba desconsoladamente.

Martin iba a decir algo, cuando la mano de Lea se posó en su brazo deteniéndolo y con un gesto de la cabeza le pidió que esperara.

Sabía que Sloan se había percatado de sus presencias, pero también tenía una idea de cómo se estaba sintiendo aquel hombre, por lo que a pesar de lo que pudiera tener en la punta de la lengua preparado para decirle, aquél no era el momento...

Con un gesto de la cabeza, pidió a su compañero que la acompañara fuera de allí y este obedeció.

—Dejémosle unos minutos... —dijo cuando ya estaban en sus mesas—. Esto, por mucho que me sorprenda a mí misma decirlo, es tan duro para él como para el resto. Puede que hasta más. —Terminó mientras se recogía su cabello en lo alto de la nuca y comenzaba a coger carpetas, de las que tenía sobre los archivadores y a revisarlas con rapidez.

Martin levanto la vista y la posó en los enormes ventanales de los que estaban compuestos el despacho de Sloan. La silla continuaba girada cara a la

pared, pero algo en aquella escena no acababa de encajar...

Aquel hombre, siempre, y se recalcó mentalmente, siempre, había sido un hombre con una naturaleza imperturbable. Pocas cosas le habían hecho perder su férreo carácter.

Le daba pena.

Todo lo que estaba sucediendo le provocaba mucho dolor...

Un gesto, en el despacho de su capitán le llamó la atención y una sensación incomoda le recorrió la columna.

Sin dejar de mirar hacia los cristales que le separaban de Sloan y sin decir palabra se levantó muy lentamente de su silla y ladeó levemente la cabeza.

Lea levantó la vista de los papeles que tenía ante ella y con mirada interrogante observó los movimientos de su compañero, siguiendo cada uno de ellos con detenimiento y curiosidad.

Sólo cuando vio como Martin palidecía al escuchar un leve pero familiar sonido que en el silencio que reinaba en la sala, en aquel instante, pareció hacerse más latente, se dio cuenta de que algo no iba bien y se levantó rapidez.

El detective Wyse intento correr, pero tropezó con las sillas y las mesas tirando por el suelo parte de lo que había en ellas; ella empujó hacia atrás su asiento para quitar de en medio cualquier obstáculo que le impidiera llegar a tiempo, el caos se formó en cuestión de segundos y el nombre Roland, que ambos pronunciaron se quedó en el aire cuando el sonido del disparo estalló en sus tímpanos.

Por unos instantes, que les parecieron eternos, sus cuerpos se paralizaron y no fueron capaces de reaccionar, se miraron a los ojos que estaban desorbitados por la impresión y como fieras corrieron hacia el lugar del que había provenido el ruido.

La puerta entreabierta les permitió oler el particular perfume de la pólvora recién disparada y la detective Mayo se quedó petrificada al entrar y ver la mano de su jefe, inerte, cayendo hacia un lado y su arma reglamentaria, aquella que tenía guardada en un cajón de su mesa y con la que una vez salvo la vida de Wyse, en el suelo, caída al lado de su mesa, bajo la mano con la que había apretado el gatillo estampando el cañón en su sien y quitándose la vida...

Estaban acostumbrados a ver cuerpos sin vida, sangrando. Pero ver el

de alguien a quien conocían, a quien le tenían que dar las gracias por su propia vida...

Wyse fue incapaz de articular palabra, de gesticular movimiento alguno. Sólo pasaba sus ojos vidriosos de la mano al arma y viceversa sin atreverse a acercarse.

Los agentes y el personal que, desde los pasillos, o despachos contiguos habían escuchado el sonido comenzaron a agolparse blandiendo sus armas en las manos y preguntando qué había sucedido, hasta que comenzaron, unos con otros a chocar al detenerse bruscamente en la puerta de la oficina del que hasta hacía unos minutos había sido su capitán...

El silencio, más pesado que la cargada atmosfera que allí reinaba, si eso era posible, se hizo mortal; hasta que comenzaron a llegar el sonido de los sollozos y murmullos y alguien, a quien ni Lea ni Martin consiguieron llegar a distinguir con claridad se acercó al sillón de Roland y le dio la vuelta.

CAPITULO 5

“Dallas, Texas, mayo 1980”

—Buenos días Eduard. —Saludó el detective Meier mientras se agachaba para traspasar la cinta policial que protegía el escenario y se acuclillaba ante el cuerpo que el forense estaba estudiando—. ¿Es Shelly Flores? —preguntó al estar el cuerpo tan descompuesto que le fue imposible reconocerlo a simple vista.

—Eso parece... —El doctor Deen señaló un muslo de la víctima con su índice—. Hemos podido identificarla por el tatuaje en forma de delfín de su muslo izquierdo, pero aún tengo que comprobarlo con certeza cuando llegue a la oficina...

— ¿Cuánto crees que lleva muerta? —Meier miraba con intensidad el cuerpo de la adolescente en el que a pesar de estar en aquel estado podía distinguir los signos de cortes que, seguramente, le habían infringido antes de matarla; al igual que hicieron con la pobre Lina Black apenas tres meses antes...

—Pues no me quiero aventurar —el médico se pasó el bolígrafo por la nuca, un gesto que indicaba que estaba pensando, y miro a los detectives de reojo —pero yo diría que, como mucho, llevara un mes arriba o abajo...

—Entonces el tubo retenido y la torturo durante semanas... —La voz de la agente Thomas, compañera de Meier sonó gutural, como si lo que estaba viendo con el resto le hubiera provocado náuseas. Y así era...

A pesar de tener la misma experiencia que su compañero, salieron juntos de la academia y desde entonces juntos habían investigado, no se acostumbraba a ver de lo que era capaz el ser humano... ¿Cómo una persona podía infringir tal sadismo a otra? ¿Más aún si esa otra no había comenzado ni a vivir, ni a equivocarse...?

—Probablemente... —Deen comenzó a enderezarse y miro fijamente el rostro pálido de Amelia Thomas—. ¿Estás bien? —le preguntó con una sonrisa de comprensión en el rostro

—A ha...

—Tengo que esperar a que llegue el juez y me de permiso para el levantamiento del cuerpo, si queréis os enseño el informe mientras tanto...

Los detectives no contestaron, se limitaron a seguir al hombre encorvado y de pelo ceniciento hasta su coche oficial y se apoyaron con las manos en el capo de este.

— ¿Has sacado algo en claro, aunque sea, provisionalmente? —La voz de la detective parecía recuperada y por su color de piel, ya no tan pálido, así lo supusieron los dos hombres al escucharla y mirarla mientras se remangaba la camisa por encima de los codos y se encendía un cigarrillo.

—A ver... —Deen revisaba sus notas mientras un flequillo pobre le caía por encima de las cejas—. No puedo decir si hubo violación hasta que le haga las pruebas pertinentes, ¿ok? —Esperó que ambos detectives hicieran un gesto afirmativo y continuó — pero lamentándolo mucho y saliendo de mi modo habitual de trabajar, yo diría que sí lo fue y que encontrare signos de violencia sexual pero no de fluido seminal. Doy por sentado que fue el mismo tío por tener la misma firma que la anterior muchacha; el mordisco en el pecho izquierdo, más brutal si cabe y la extracción casi quirúrgica de todo el cuero cabelludo, además del corte de la carótida que es en la misma dirección y con la misma precisión... En tercer lugar las heridas a simple vista son similares, por no decir idénticas a las de Lina; creo que se hicieron con algún objeto punzante, un bisturí o un cuchillo de punta fina muy afilado que imagino es el que utilizó para el corte mortal en el cuello. Amordazada, he encontrado restos de residuos de algodón en sus labios e inmovilizada con lo que parece cinta adhesiva. —Hizo un parón para girar un par de páginas y levantó la vista unos segundos.

—Extraoficialmente Eduard, ¿tú qué opinas? —El detective Meier lo observaba con un cigarrillo en los labios y una mano repeinándose hacia atrás su tupido cabello oscuro

—Extraoficialmente Sebastien —el forense bajo su mirada a las notas, de allí la dirigió al cuerpo cubierto que aún seguía en el suelo esperando ser levantado y trasladado a su laboratorio, y del cuerpo primero a Amelia y luego a él; donde descanso finalmente—. Atrapa a ese hijo de puta o Lina y la que seguramente es Shelly Flores, no serán las únicas...

Para el detective Meier aquello fue un jarro de agua fría y una realidad que él no quería ver o reconocer.

La idea de un asesino serial, de aquellos de los que tanto había tenido que estudiar le aterrorizaba, y no solo porque no tenían por donde comenzar y los cadáveres, si, a aparecer; si no también porque todo lo que a aquella

palabra conllevaba... Más cuerpos, más mujeres inocentes asesinadas, más familias destrozadas y nada que poder decir para consolarlas...

Con un gesto de rabia tiró al suelo el pitillo a medio fumar y volvió a amasarse el cabello mirando a su compañera con el ceño fruncido.

— ¿Tu qué opinas? —le preguntó esperando que ella hubiera podido detectar algo que a él se le hubiera escapado, pero Amelia se limitó a encoger los hombros y expulsar el humo que acababa de inhalar—. ¡¿Joder Thomas?! —exclamó frustrado—. Esto es una locura... —su voz ahora, angustiada, hizo que el forense apoyara en su hombro la mano que tenía libre y le diera un leve apretón en este.

—Tenemos que hallar cualquier resquicio, cualquier error por leve que sea, no sólo en el cuerpo de la chica, sino también en la zona en la que fue abandonada y lo cogeremos... —Sebastien lo miró con un resquicio de esperanza en sus ojos grises y el hombre le sonrió con los suyos a través de las lentes.

—El juez ya llegó —La voz de uno de los agentes uniformados que había llegado al lugar cuando fue denunciada la aparición del cadáver y que notificó el hecho, llamando también a Eduard Deen, tras vomitar lo que él más adelante describiría como “las comidas de una semana, por lo menos”, les obligó a respirar hondo y encaminarse de nuevo a donde la joven yacía; Su cabeza...cubierta de polvo, que le daban una visión de la joven muy diferente de la que ellos habían visto en las fotografías que su familia les distribuyó al denunciar su desaparición, ahora la chica parecía una siniestra caricatura de lo que había sido; sus ojos tan abiertos por el terror que la muchacha debió haber vivido antes del final, completamente fuera de las orbitas, ya habían perdido aquel tono azul claro intenso que tanto llevaba de calle a los muchachos de su barrio y ahora estaban opacos, blanquecinos, sin brillo alguno; Su rostro hinchado por la descomposición y destrozado, no solo por los golpes que seguramente le infringiría su asesino, sino también por los carroñeros que la encontrarán en su paso, las moscas que ya de él se estaban alimentando, al igual que del resto de su cuerpo y las inclemencias climáticas, como el calor abrasador que ya dominaba el ambiente; el frío de la noche en aquella zona del país...

Las zonas desérticas de Texas eran lo que tenían, y gracias a Dios que aquellos jóvenes habían pasado por allí a hacer motocross... Si no, quizás, hubiera acabado fundiéndose con la tierra del lugar y jamás habría sido

encontrada.

Sebastien dirigió su mirada hacia ellos, que aún no habían podido irse a sus casas.

En aquellos momentos era muy importante las declaraciones que hicieran y sobre todo que psicológicamente, tras un hallazgo como aquel, ellos también estuvieran bien.

Al mirar más fijamente reconoció a Art e inconscientemente le sonrió. El muchacho que también lo miraba y que reconoció al que en otros tiempos fue amigo de su padre le devolvió la sonrisa; pero sin motivo, sin saber por qué, de pronto al detective Meier el vello de la nuca se le erizó...

Ladeo la cabeza y con más fijeza aún volvió a mirar al joven que ya no lo miraba y que parecía estar limpiándose el rostro de lo que parecían lágrimas.

Un deje de lastima hacia él y el resto de los chavales que allí se encontraban le embargo y cualquier otro pensamiento que le hubiera podido venir a la cabeza tras aquella sensación de frío al verlo desapareció.

Hizo un leve movimiento con la cabeza y se iba a acercarse al grupo para hablar con ellos, darle alivio y consejo de soporte psicológico cuando vio llegar la furgoneta de Greyson, el padre de Art, que frenaba levantando una enorme nube de polvo junto a los agentes que hablaban con el grupo y ellos.

Algo le frenó, no supo con certeza si el hecho de haber sido amigo de aquel hombre y que la amistad entre ambos hubiera terminado de forma abrupta o si simplemente que creyó que estando su padre allí, cualquier palabra o gesto que él pudiera decirles ya era innecesario; por lo que se mantuvo dónde estaba y desviando la mirada se centró en la supervisión del juez del cadáver de Shelly y el levantamiento de este.

Kara Dunne era una joven de dieciocho años a los que sus familiares tacharían, más tarde, de chica de pocas luces y fiestera, pero con un corazón de oro y muy confiada...

Con metro sesenta de estatura, su largo cabello rojo como el fuego y sus enormes ojos verdes había dejado los estudios sólo dos meses antes con la excusa de querer trabajar y viajar, pero realmente aún no se había puesto a buscar un trabajo y lo que para ella era viajar, había sido coger su mochila del

instituto, meter un par de mudas de ropa interior y hacer autoestop hacia el pueblo siguiente, para verse con un joven de allí, y viceversa dos días después, para volver a dormir la mona y la posterior resaca en su propia casa.

Aquella noche eso era lo que estaba haciendo.

La semana anterior había conocido a un muchacho, no al de costumbre, si no “uno realmente guapo, como de cine”, había sido la frase utilizada a la hora de describírselo a su prima Tania, que desde niñas había sido también su amiga y confidente.

Precisamente la noche que lo conoció en el bareto de country donde solían ir los viernes, Tania estaba con ella, pero nunca llegó a verlo, por que como más tarde explicaría: andaba dándose el lote con un pibón diez años mayor que ella en su coche...

Kara salió de su casa la tarde del viernes veintiocho de mayo para encontrarse con Efron, que era como se llamaba, en el mismo lugar en el que lo conoció, pero aquella tarde, no sabía si por que iba sola, o porque en lugar de ir con ropa corta, vestía unos tejanos y una camisa a cuadros, aunque secretamente se hubiera guardado en la mochila una falda tan corta que si su madre la hubiese visto la hubiera troceado a tiras y un top que para nada ocultaba un ápice de su blanca y sedosa piel.

Resopló dándole una patada a una piedra pequeña que encontró sobre el asfalto por el que caminaba, parando cada vez que escuchaba el sonido de un motor para enderezar su brazo derecho y levantar el dedo índice esperando que algún alma caritativa se apiadara de una joven sola y guapa, porque ella sabía que era guapa, antes de que anoheciera y el frío comenzara a hacer su llegada, y miró al cielo.

El sol, ya comenzaba a ponerse; sobre ella franjas rojas, amarillas, anaranjadas y grises dominaban todo el espacio en el que hasta hacía unos minutos el azul intenso y los rayos de un sol, incluso por la tarde, abrasador habían dominado durante todo el día y aunque aún no podía decir que, ni tan siquiera refrescara levemente, un escalofrío le recorrió la espalda y le erizó el vello casi rojo de sus delgados brazos.

Volvió a resoplar y manteniendo ambas mejillas hinchadas, adrede, se planteó si no era mejor que aquel día se lo tomara de relax y pasar el fin de semana con su prima, que no se iba a mover de casa y sus hermanos.

Pero es que estaba tan bueno...

Movió la cabeza en señal de decisión y continuó caminando por el

solitario asfalto.

Veinte, quizás treinta minutos después un coche pasó muy cerca de ella y comenzó a desacelerar.

Kara freno sus pasos en seco y ladeó levemente la cabeza.

Vaya precisamente cuando no lo intentaba era cuando los coches paraban, pensó sonriendo levemente y decidiendo si se acercaba a aquella bonita y oscura ranchera o si se hacía la interesante y la pasaba de largo. Finalmente, el miedo a que fuera el único vehículo que estaba dispuesto a parar para recogerla tomo, por ella la decisión, y a pasos lentos, pero sin hacer esperar demasiado al conductor, se acercó a la furgoneta y pegó su rostro a la ventanilla que poco a poco comenzó a bajar, dándole a ella la mayor sorpresa y alegría de aquel sábado que tan desastroso parecía haber comenzado.

—Hola preciosa... —la voz era melódica y gutural, tan sexi como su dueño—. ¿A dónde vas?

—A verte a ti —contestó la muchacha sin esconder su alegría ni su admiración por aquel joven de pelo oscuro, ojos azules y camisa desabotonada, descubriendo su pecho, sin un solo resto de vello y muy bien formado; mientras coqueteaba sonriendo y dándole vueltas a un mechón de su melena con el índice.

—Pues sube, anda, que hoy nos lo vamos a pasar súper bien...

Aquella fue la última vez que alguien vio a Kara Dunne de dieciocho años.

Saray Dunne, su madre, acudió a la policía cuando después de su cuarto día de “viajar”, no había llegado a su casa ni avisado a su familia de que se iba a retrasar, pero le dijeron que, en una chica de su edad, con aquellos antecedentes, seguramente solo sería que en lugar de dos días fuera de casa esta vez había decidido estar más; eso o que definitivamente ahora si había optado por cumplir su palabra y estaba “viajando”.

Su cuerpo aparecería apenas un mes después que el de Shelly Flores, pero eso era algo que aún nadie sabía, ni siquiera imaginaba...

CAPITULO 6

“Boston, 2017”

Los gritos volvieron a oírse en la oscuridad de su habitación...
Eran como lo que daban en aquellas películas que su hermano veía una y otra vez en el aparato que padre les había comprado para ver películas de dibujos y que estaba tan de moda. No todos tenían uno, por supuesto. En su colegio sabía que, de su clase, por ejemplo, solo le tenían ella y Ernest Default, así que cuando su mamá le compraba una película nueva ella iba y se la explicaba a sus compañeros.

Pero su hermano y a veces padre no era eso lo que veían en aquel aparato que enviaba las imágenes a la televisión. Ellos miraban cosas que le daban miedo solo con escucharlas, porque, por descontado, donde se guardaban esos gritos estaba bien escondido y ella no había visto nunca ninguna.

Otro grito...

Su corazón comenzó a latir muy rápido y asustada se escondió debajo de las sabanas abrazada a Sally; pero igualmente escucho otra vez otro grito...

¿Y si estaban viendo una de aquellas cosas? A lo mejor solo era le tele, pero esta estaba en la parte de abajo, justo debajo de su dormitorio, y los gritos venían de afuera. Lo sabía porque tenía la ventana justo donde estaba el granero en el que padre y su hermano trabajaban cada día y casi cada noche y si pegaba la oreja al cristal podía escucharlo por allí.

Se mordió el labio inferior y puso sus dos manitas juntas, como madre le había enseñado para pedir a Dios cada noche y sin descubrirse intento, mentalmente, enviar una de aquellas oraciones ... Solo quería dejar de escuchar aquellos gritos que tanto la asustaban, pero al parecer no funcionó, porque nada más acabar, otro grito, más alto y esperpéntico, si cabía, se volvió a escuchar tras los cristales de su ventana.

¿Y si solo era un animal?

Al fin y al cabo, tenían un rancho con muchas vacas, cerdos y algún caballo.

También sabía que había coyotes...

Padre le había advertido que jamás, escuchara lo que escuchara, debía salir de su habitación o de la casa de noche para llegar al granero, porque los coyotes andaban al acecho y se comían todo lo que encontraran fuera si llevaban hambre, y si no, pues también.

Otro grito...

Comenzó a morderse la uña del pulgar del miedo que aquella noche estaba pasando. Tenía que ser la televisión, si no...

Envalentonada ante su pensamiento decidió levantarse de la cama e ir a comprobarlo por ella misma, si no estaba segura de que cada vez que escuchara aquel terrible sonido daría un salto y no podría conciliar el sueño en toda la noche.

Se estaba sentando en el borde de la cama cuando un pensamiento aún más aterrador la freno. ¿Y si un coyote se la comía?

Ahora comenzó a morderse la uña con más fuerza y nerviosismo, pero tras unos segundos de duda decidió comportarse como una niña valiente y salir de su habitación para pedirle a su hermano o a padre que dejaran de ver aquello, que le daba miedo el sonido tan alto y que no podía dormir.

Lentamente bajo de la cama y cogió la manita fría y minúscula de su muñeca y a tientas, para no encender la luz y que esta no se viera desde el exterior, camino descalzo hasta la puerta de su dormitorio, completamente cerrada.

Con suavidad la abrió y asomo su cabeza entre el filo de la madera y el marco para divisar si había alguien rondando por la casa.

“Vía libre” se dijo para adentro así que salió del dormitorio y se acercó a la pared del pasillo. Conocía la casa como la palma de su mano, así que encontrar las escaleras que la llevarían a la planta baja fue pan comido. Se agarro a la barandilla de estas y palpando con sus pies comenzó a bajar escalón por escalón.

Un golpe de aire fresco le sacudió la cara justo cuando terminaba de bajar el ultimo y vio que la puerta de la calle estaba abierta de par en par.

Entonces otro aterrador pensamiento la asalto haciéndole temblar de miedo, de arriba abajo.

“¿Y si un coyote se había metido en la casa? ¿Y si se había comido a padre, madre y sus hermanos y aún seguía allí?”

El terror se apodero de su mente y cuerpo y aunque no se atrevía a moverse ni hacer ningún sonido por si seguía el animal allí y la escuchaba, no

pudo evitar comenzar a llorar...

Un sonido muy fuerte, como un golpe seco fue lo siguiente que escucho, justo a su lado, en la puerta que había encontrado abierta que la obligo a girar, lentamente, la cabeza.

Entonces lo vio...

Padre llevaba una especie de cuchillo, como los que usaba para degollar a los cerdos en una mano; de este la sangre chorreaba, pero no como cuando mataban al cerdo, si no más despacio y en menos cantidad. En la otra un aparato que ella no recordaba haber visto antes, pero que tenía como un ojo de los que llevaban las cámaras de fotos de la profesora de arte del colegio. Tras él su hermano, también iba todo manchado y sonreía con una cara que la asusto tanto que sintió como poco a poco chorreaba las braguitas y el pipi le bajaba por las piernas hasta el suelo, formando un gran charco amarillento en este...

—¿Qué coño haces aquí abajo mocosa de los cojones?—Le preguntó su hermano con una sonrisa de dientes afilados y los ojos completamente rojos...

Ella no podía hablar y busco un lugar en el que esconderse para que no la zurraran, pero entonces se vio reflejada en el espejo que había justo a la entrada del salón y para su sorpresa y locura no era una niña, su cuerpo no era el de una niña y sus manos al igual que su camisón estaban tan manchados del líquido rojo intenso como las manos, los rostros y la ropa de padre y su hermano... Y lo más aterrador de todo era que Sally llevaba un camisón como el suyo, el pelo del mismo color y con el mismo peinado que ella; y su carita de porcelana completamente destrozada, rajada desde la boca hasta la oreja...

El sonido de un pitido intenso que parecían gritos, como los que estaba escuchando hasta aquel momento, se le metía en los tímpanos obligándola a abrir los parpados de golpe y enderezarse en la cama como si tuviera un resorte.

Lea sintió como todo su cuerpo, bañado en sudor, estaba dolorido.

Se paso la mano por la frente apartándose unos cuantos mechones empapados y pegados a esta y a tientas, sin querer encender aún la luz busco la lata de cerveza que siempre dejaba en la mesilla.

—Putas pesadilla...—susurró tras darle un buche a la bebida desbravada y recalentada.

Ni siquiera se molestó en apagar la alarma del despertador.

Apoyó la espalda en la pared, colocándose un almohadón en los riñones y siguió bebiendo hasta que más o menos se sintió despierta y despejada, dejando atrás la pesadilla que, de nuevo, había vuelto a tener y que se venía repitiendo desde que tenía consciencia para recordar; pero que, en momentos como aquel, momentos de estrés, ansiedad y tragedia parecía más intensa que nunca...Y con la novedad de que ahora también estaba la muñeca.

Una puta muñeca igual que la que aquel asesino estaba dejando junto a las niñas, pero que parecía hecha para ella...

El líquido ámbar recorrió su garganta, como tantas veces solía hacer a diario, dejándole un regusto amargo en la boca.

Ni el hecho de que no estuviera fría le preocupaba o le quitaba aquella sensación de paz que sentía al beber un trago tras otro.

Aquello, muy a su pesar, era lo único que hasta aquel momento llenaba aquel enorme vacío que sentía desde que era adolescente.

La sensación de soledad, de no pertenecer a ningún lado la carcomía por dentro hasta que la cerveza hacía acto de presencia. Ni siquiera un buen polvo, o la cantidad de relaciones, ahora rotas, que había tenido hasta el punto de haber perdido la cuenta, conseguían mitigarlo de la misma forma en que lo hacía el alcohol.

Se enderezo un poco más y entonces sí, que, por fin, se decidió a apretar el botón de apagado de la alarma que hasta aquel momento había estado sonando incesantemente, aunque a ella le había importado un comino.

Si que sonara durante tanto tiempo a aquellas horas de la mañana, molestaba o enturbiaba el sueño de alguien era su problema. Una de sus noches de pesadilla era lo que ella le ofrecería a aquel que algún día se quejara, aunque fuera educadamente, cosa alto improbable a aquellas alturas...

Una sola vez vino la señora Higgins a decirle no sé qué de su cubo de basuras; aún se le escapaba una carcajada al recordar como ella, disimuladamente, mirando a los lados se abrió un poco la americana mostrando su arma. La cara de la mujer era para enmarcarla... Nunca más le dirigió la palabra, ni siquiera para darle los buenos días.

Si encender la luz de la mesilla, a pesar de que a las cinco de la mañana no comenzaba, en aquellas fechas, siquiera a amanecer, se levantó de

la cama y mientras sus pies, como cada mañana, chocaban y pisaban una tras otra las latas esparcidas por el suelo de su dormitorio, se encamino a la ducha.

Media hora después estaba duchada, vestida y dispuesta a enfrentarse a lo que el acto que, su fallecido capitán, había llevado a cabo dos días antes, había provocado en toda la oficina y como no la ciudad...

La prensa se había establecido en la entrada de las dependencias policiales, se había ensañado con el fallecido y ya de paso con el cuerpo entero, escribiendo, uno tras otro artículos en los que criticaban la falta de resultados y la inutilidad de los detectives, como la del propio Sloan; que ante el rotundo fracaso en la investigación del que decidieron apodar el coleccionista de muñecas, por secuestrar, torturar y asesinar a niñas bonitas, y dejar aquellas antigüedades junto a sus cuerpos, había decidido salir del paso volándose la tapa de los sesos...

Los investigadores de la científica, del despacho de Roland, recopilando todas las pruebas necesarias en la investigación y para rematar, asuntos internos por toda la oficina, revisando la documentación y avances de la investigación, entrevistando a todos los componentes del grupo y metiéndose en la vida de cualquiera que se les cruzara en el camino para averiguar si el suicidio del capitán había sido impulsado por su último caso y la entrevista que mantuvo con los padres de Katie Glass o si ya venía de atrás... Si ese era el caso, cosa que todos dudaban, estaban dispuestos a investigar, también su comportamiento en las últimas investigaciones y si este podía haber, de alguna manera afectado a los resultados y como consecuencia a llevar y dirigir mal a sus agentes afectando con ello a víctimas y por qué no acusados.

Por un momento sintió que algo parecido a una lagrima, al recordar el suicidio de Sloan en su propia oficina, rodaba por su mejilla, pero al comprobar que sus ojos no se habían humedecido se dio cuenta que solo era una gota de agua que había caído desde su flequillo aun mojado; se comenzó a sentir como una rata arrastrada por no ser capaz de llorar por algo así, y apenas conmovirse ante lo que para todos había sido una tragedia.

Sobre todo, para Martin, que, aunque no había querido dejar de ir a trabajar si era cierto que había quedado realmente tocado.

Con un chicle en la boca por si al respirar el olor a alcohol hacía acto de presencia, un cigarrillo en una mano y el bolso en la otra salió de su

pequeña casa en dirección al centro, dispuesta a enfrentarse a periodistas a la madre que los pario y a todo aquel que intentara adentrarse en su forma de investigar, en sus casos, en su mente o en su intimidad.

Apenas dos horas después y tras pasar una mañana verdaderamente infernal Martin y ella decidieron que era el momento de visitar a Ryker en su cueva y comprobar si tenía novedades.

Aunque ya les había dicho antes y después de la autopsia todo lo que pudiera decirles, ellos necesitaban ir allí, abrir nuevas perspectivas en un caso que, por más que les doliera, cada vez se les estaba haciendo más grande y, por qué no reconocerlo, escapar de todo el gentío, miradas, preguntas que nadie se atrevió a hacer o que otros no se cortaban a la hora de escupir y de la imagen del despacho de Sloan, aun con las manchas de sangre, su sillón vacío presidiendo la gran mesa y la fotografía de su esposa y de su hijo sobre esta.

—Os veo realmente agobiados y hundidos —fue lo primero que les dijo nada más verlos entrar y tras una exhaustiva revisión de sus rostros—. ¿Un trago? —preguntó acercándose al mueble archivador y sacando una botella de Jack Daniels de este.

Lea no pudo evitar que se le formara una leve sonrisa en su ojeroso y ceniciento rostro al comprobar que era cierto todo lo que había visto en las series y películas sobre detectives y forenses;” siempre guardan una botella de whisky en un cajón del archivador”; y aunque la boca por un momento le comenzó a salivar al pensar en la sensación de calor del líquido en su cuerpo, con mucha amabilidad y un gesto de la mano, declinó la invitación.

Miro a Martin de reajo y vio como este, abstemio declarado la observaba disimuladamente y de reajo, a lo que ella levanto los hombros al ver el gesto de interrogación en sus ojos. El conocía su pequeño problema, pero no solo jamás había intentado convencerla de que lo que hacía estaba mal si no como buen compañero tampoco la había juzgado

—Mientras no interfiera en nuestro trabajo es cosa tuya, llegado el momento sabrás que debes dejarlo y lo harás... —le había dicho la segunda vez que tras una borrachera considerable la había tenido que llevar a casa, desnudar tras echar toda la pota sobre sus tejanos y blusa, y acostar.

Un curioso calor recorrió el cuerpo de Lea al pensar en aquel momento y visionar los pocos recuerdos que de él le quedaban. Era el único

hombre que la había desnudado y con el que no se había acostado, era su amigo su fiel compañero y estaba sufriendo...

Ver como el hombre que una vez le salvo la vida se pegaba un tiro, no poder llegar a tiempo de evitarlo, tener que comunicárselo a su viuda... Todo aquello había sido demasiado para él; si a eso le añadías que ahora se estaba dudando de la profesionalidad y el equilibrio mental de Sloan no solo en el momento de su suicidio si no también antes y por consiguiente su trabajo y el de todo el departamento, el mazazo estaba siendo considerable para un hombre que ya había sufrido bastante en los últimos ocho años.

Sin decir palabra le dio un suave golpe en el antebrazo y le sonrió con ternura, la misma con la que él le sonrió a ella.

El doctor Pruitt aún se servía el vaso cuando se acercaron a su mesa y con la confianza que los años dan comenzaron a ojear sus carpetas...

— ¿Has encontrado alguna sustancia en la autopsia? —la pregunta de Martin no cogió al forense por sorpresa. Sabía que todos se estaban preguntando lo mismo.

“¿Estaría medicándose desde que el caso del apodado el coleccionista de muñecas comenzó?”

“¿Necesitaría tomar algo para superar su propia ineptitud?”

“¿Habría tomado algo aquel día, solo aquel, único y fatídico día que lo había llevado a aquel desenlace?”

Y lo más importante... “¿Si llevaba tiempo tomando o abusando de algo habría esto mermado su capacidad a la hora de dirigir el departamento y a sus muchachos y por eso aún no se había capturado a aquel monstruo que estaba aterrorizando a la ciudad y por culpa del cual tanto colegios como padres habían impuesto un toque de queda para que ninguna muchacha más cayera en sus redes?”

Las preguntas iban y venían en la mente de todos, en las páginas de los periódicos, en internet, en los informativos...

En definitiva, la gente necesitaba una cabeza de turco y la muerte de Roland Sloan les había venido como anillo al dedo.

El que un asesino de aquella magnitud continuara libre y que ni por asomo se tuviera una mínima idea de quién o el por qué era inexplicable a aquellas alturas de la investigación y no solo para los ciudadanos en general, sino también para el propio cuerpo.

Por arriba, como llamaban a las plantas que se hallaban sobre el

laboratorio forense, se comentaba que tras lo ocurrido probablemente necesitaran ayuda más experta en estos casos. Comentario que estaba haciendo más mella aun en todos los componentes del grupo.

¿Fue quizás eso, el darse cuenta de que no podía, de que no había sabido resolverlo él solo, con sus hombres y sin la necesidad de extraños lo que llevo a aquel pobre hombre a tomar aquella decisión?

Martin y Lea no lo creían, pero...

Tras un momento en el que Pruitt espero a que todo su cuerpo recibiera el calor del trago, cogió la carpeta que tenía delante, aunque no la necesitaba para responder y reviso sus notas

—No —se limitó a decir, sin más explicación. Aunque tampoco hacía falta. Dio otro sorbo a su vaso y se sentó en la silla con sus largas piernas estiradas por encima de la cintura y apoyadas en la mesa.

—Nada de esto tiene sentido... —El detective Wyse casi gimió de desesperación al pronunciar la frase.

— ¿Hablasteis con su esposa, su hijo, amigos...? —Martin y se limitó a afirmar con la cabeza—. ¿Y nada?

—Nada... —El detective se pasó la mano por su canoso cabello y descanso medio cuerpo, cuan largo era, en una esquina de la mesa que ya ocupaban las piernas del médico—. Lo normal según Eva. —Hizo un movimiento con las manos y continuó—. Estaba un poco entristecido y preocupado por el caso, algunas noches le costaba conciliar el sueño. ¡Pero joder eso nos está pasando a todos y no por ello nos pegamos un tiro! — exclamó finalmente furioso pero contenido.

—Todos no somos iguales Martin, —la voz del forense era suave y tranquilizadora—, cada uno supera sus temores, problemas o vacíos a su manera —continuó mirando a la detective Mayo directamente, a lo que esta respondió con un gesto interrogativo de su rostro y un alzamiento de los hombros.

¿Podía ser que Ryker conociera su “problemilla”?

La pregunta quedo en el aire, no era algo que realmente le preocupara, por lo menos no personalmente, aunque quizás, si no se andaba con cuidado y no se volvía más precavida igual si acabaría siendo un problema laboral; y no porque él lo supiera, si no porque si él lo sabía podía saberlo cualquiera...

Tras unos minutos de un silencio que entre ellos no resulto incomodo, Lea se apartó de la pared en la que había estado apoyada hasta aquel

momento, sin siquiera sentirse mal por el frío que las baldosas provocaban en aquel lugar blanco y aséptico, con olor a lejía mezclada con el perfume de la sangre humana y la carne en descomposición y se acercó a su compañero.

—Vamos, nos estarán buscando seguro...

Con un leve gesto de la cabeza se despidieron de Ryker y salieron de aquel frío y lúgubre lugar.

El doctor Pruitt levanto su vaso a modo de despedida y los vio salir de allí.

Se notaba en los movimientos de ambos la urgencia de alejarse de su sala, y la verdad no lo entendía, con la paz que siempre se respiraba allí...

Sonrió, le dio el último sorbo a su vaso y se encamino a su siguiente autopsia, la segunda de la tarde.

¿De verdad luego los chicos de ahora no habían aprendido la importancia del casco si conducías moto a aquellas alturas?

—Pues Leo... —dijo tras revisar el informe en el que constaba el nombre de él joven que descansaba sobre su mesa de acero—. Que sepas que, si te lo hubieras puesto, en estos momentos no estarías aquí a punto de ser abierto en canal. —El ruido de la puerta al abrirse no le inmutó lo más mínimo—. Buenos días Cooper —saludo sin levantar la mirada

—Buenos días Pruitt. ¿Mucho trabajo?

—Bufffff —fue todo cuanto pronunció.

CAPITULO 7

“Boston, 2017”

Durante los siguientes días no se dejaba de hablar de quién ocuparía el cargo de Sloan.

Aquel vacío de poder no podía traer nada bueno y aunque se seguía trabajando en la investigación de “el coleccionista de muñecas”, era imposible concentrarse.

Al cuarto día del fatídico suceso Lea y Martin llegaron casi a la vez al edificio, encontrándose en el ascensor y de allí caminando en silencio hacia las oficinas de homicidios.

El silencio que reinaba era mortal y todos los allí presentes estaban de pie dándole la espalda a la entrada, mirando en dirección al interior de la oficina de Roland, a través de los enormes ventanales, ya libre de especialistas e investigadores.

—¿Qué sucede? —La voz baja del detective Wyse rompió el silencio, aunque no del todo y un colega, el detective Desmond, fue el único que se giró con la intención de responder a la pregunta.

—Mayo y Wyse —una voz de mujer interrumpo la explicación que iba a dar Desmond, poniendo en alerta a los dos aludidos que se miraron entre sorprendidos y extrañados.

Las manos de Lea comenzaron a sudar y lo primero que se le ocurrió fue echar su propio aliento en la palma de una de ellas, e inhalar el aroma dejado por si quedaba algún atisbo de la cerveza que ya se había bebido, como siempre nada más levantarse.

Lentamente y con su compañero guardándole las espaldas pasaron por en medio de todos los que antes miraban hacia los vidrios, que había girado, de golpe, sus cabezas para buscarlos con la mirada y que ahora los observaban caminar entre el pequeño pasillo que, sin darse cuenta habían creado con sus cuerpos.

Lea tenía la sensación de dirigirse hacia un lugar un matadero.

Sin querer le vino a la mente la imagen nítida de animales en una granja, siendo degollados y las manos de sus ejecutores manchadas en sangre,

exactamente igual que en sus pesadillas y, sin previo aviso dejó de caminar.

Una sensación de ahogo acompañada de un sudor frío la paralizó y le provocó unas náuseas terribles, mientras veía como las caras de sus compañeros, entre borrosas y lo que parecía ser, dando vueltas, la miraban con cara de circunstancias y por qué no decirlo de lastima, también.

— ¿Qué te ocurre? —el aliento de Martin rozó su nuca, provocando una sensación de calor que hizo que el sudor frío comenzara a desaparecer.

—No lo sé, Martin...—La sensación de mareo, poco a poco, fue cediendo —Nada..., no me pasa nada—. Respondió finalmente enderezándose y respirando profundamente

—Pues vamos o nuestras cabezas colgaran de un mástil ya la primera semana... —Le rozó levemente la cintura, y con un empujoncito apenas imperceptible la obligo a caminar de nuevo.

Al entrar cerraron tras ellos la puerta que Pamela Borges había dejado abierta.

Ninguno de los dos se adelantó hasta la mesa en la que la mujer de pelo blanco ya había quitado todas las pertenencias de Sloan, que se veían en una caja al fondo de la estancia, y había colocado las suyas.

Por un momento las miradas de los tres se cruzaron y el silencio se podía cortar de tan espeso y asfixiante que resultaba.

Con una mano, la nueva capitana les indicó que tomaran asiento y los detectives obedecieron sin dejar de mirarla fijamente y sin emitir sonido alguno.

La mujer de unos cincuenta años se echó hacia atrás en su silla, que Lea y Martin comprobaron era nueva. Debía ser incómodo y un poco aterrador ocupar el despacho en el que su antecesor se había volado los sesos para también utilizar el sillón en el que lo había hecho, pensó Lea que no dejaba de observar detenidamente cada gesto de la mujer que tenía ante sí.

Parecía una mujer fuerte no solo de carácter además de decidida, lo que no sabía aún era de donde coño había salido. Se suponía que el siguiente en ocupar el puesto de capitán debería haber sido Higgins que llevaba allí el mismo tiempo que Roland, y que tenía el puesto más que ganado entre casos resueltos, medallas al valor y experiencia conseguida.

¿Sería esto lo que tanto habían predicho las voces que se oían por dentro y fuera del cuerpo?

¿Sería ella la ayuda de fuera a la que tanto había temido su antecesor

y por la que se decía se había suicidado?

Martin tenía los brazos cruzados sobre el pecho y también supervisaba cada movimiento de la mujer que ocupaba, ahora, el puesto de su amigo, con el rostro inexpresivo.

Tras unos segundos más finalmente la capitana Borges se apoyó con los antebrazos en la mesa de caoba, cogió una carpeta y comenzó a ojearla mientras respiraba profundamente, sus anteojos plateados le caían hasta el filo de la nariz y por encima de ellos levantó sus ojos grises y frunció el ceño al pasar la vista de uno a otro de los detectives.

—Antes de nada, me presentare —comenzó—, soy su nueva capitana Pamela Borges, pero ustedes pueden llamarme señor... —Desde luego el comienzo no era alentador, fue lo primero que pasó por la mente de Lea al escucharla. Su voz era como un pitido que se te metía en los tímpanos, para nada acorde con su aspecto sereno y formal—. Antes de llegar aquí debo decir que ya había oído hablar no solo de la comisaria de este distrito sino también del difunto Capitán Sloan, Dios lo tenga en su gloria. —La detective Mayo sintió como el cuerpo de Martin se tensaba ante la pronunciación de Roland y con disimulo posó una mano en su brazo, por debajo de la mesa, intentando que la mujer no se percatara del hecho—. Y de ustedes. No voy a decir que mal, por supuesto —continuó la capitán Borges—, pero si es cierto que desde que llevan la investigación de este terrible monstruo sádico y que toda la prensa comenta, no tan bien como se debiera... —El detective Wyse abrió la boca para decir algo, pero ante la mirada de su interlocutora decidió no decir nada y volvió a cerrarla—. Estoy aquí no solo para sustituir a su antiguo capitán si no para resolver el caso y encontrar a ese asesino. No me jodan y no les joderé; quiera estar al tanto de cada avance por pequeño que sea; aquí no se hace nada sin mi permiso o supervisión y este es mi departamento. Ni el suyo ni el de usted, —dijo señalando con el índice primero a Martin y luego a Lea—. He oído hablar de su forma de trabajar detective Mayo... —la miró con ojos penetrantes—. No me gusta.

—Soy de las que junto a el detective Martin, más casos a resuelto en los últimos siete años... Señor —el señor lo dijo con tanto énfasis que su compañero giró el rostro, por primera vez desde que tomó asiento y la capitán levanto sus lentes para mirarla, enderezándose de nuevo y entrelazando los dedos sobre su abdomen.

—No he dicho que no sea la mejor o que no sean los mejores,

actualmente, de este departamento, además de algún que otro compañero con el que luego también me entrevistare. He dicho que no me gusta el cómo no los resultados —terminó enfatizando su última frase tanto como hizo ella anteriormente—. Son poco coordinados, muy viscerales y por lo que consta en su expediente, violentos en algunos momentos. Esto no es una venganza contra el mundo y los delincuentes que se encuentran en él. Por supuesto que deberían estar todos entre rejas, pero de forma que no puedan buscar recovecos que les ayuden a librarse de estas. —Soltó de un golpe seco la carpeta que de nuevo había cogido para revisar y la miro con dureza—. ¿Me han entendido ambos? —Su voz ahora no era estridente sino gutural y firme, algo que por un momento descompuso a ambos obligándoles a limitar su respuesta a un simple gesto afirmativo de la cabeza—. Bien, —sonreía con satisfacción y a Lea se le revolvieron el estómago y los intestinos de rabia—, pueden retirarse. Pero recuerden —advirtió cuando ya se dirigían a la salida—. Desde hoy esta es mi comisaria, cualquier fallo o acto de desobediencia de uno o de los dos y les retiro la placa... —Bajó la mirada a la carpeta; aquella dichosa carpeta que parecía contener algo de vital importancia nacional porque no la dejaba de abrir y ojear una vez tras otra, y dio la reunión por concluida; por lo que sin más ambos abandonaron el despacho.

—Maldita hija de puta...

Martin sabía que, aunque lo pensara por que Lea era así, era el alcohol el que le soltaba la lengua, normalmente era algo más comedida cuando iba serena, sobre todo delante de los compañeros, aunque no mucho más...

Aunque aún no iba borracha, si estaba alegre, y se encontraba en ese momento, en el que sabes lo que dices, pero no controlas cuando decirlo.

—“Bueno por lo menos no está inconsciente, aun” —se dijo el hombre mientras observaba como daba tragos a su tercera jarra de cerveza mientras el solo iba por la primera, y como se limpiaba los labios de espuma con la manga de aquella camiseta negra que tan sexi le quedaba, aunque ella no era consciente del hecho ni de lo que en el provocaba, que tantas veces se ponía y que el apenas se atrevía a mirar para no volverse loco y no acabar haciendo algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Lea vigila lo que dices, —le reclamó—, aquí las paredes tienen oídos...

—Pfffffffff —la mujer lo miro con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios—. A ti te cae bien, ¿verdad? —le preguntó con cierto reproche amargo en el tono.

—No me cae ni bien ni mal... —Martin pareció meditar bien sus palabras—. Cierto es que no me gusta que se hable mal de Roland, le debo la vida y fue un buen amigo —su voz denotaba la tristeza que su compañera sabia de sobras sentía—, pero no puedo juzgarla hasta verla trabajar y conocerla mejor. —Se acercó algo más a ella y habló en un tono más bajo, que Lea escuchó perfectamente por encima de la música ambiental y las conversaciones de los clientes del pub, a la vez que al sentir el calor del aliento de su compañero cerca de su rostro y sintió como un curioso calor le subía desde la boca del estómago. —Además reconoce que el caso de “El coleccionista” se nos está yendo de las manos... —levantó la cabeza, enderezó su cuerpo y le dio un trago a su bebida—. No hemos avanzado nada. —su voz ahora con un tono de amargura se elevó lo suficiente para que ella pudiera escucharlo sin tenerlo tan cerca, pero Lea lo único que sintió fue una especie de vacío, que le sorprendió e incomodó en cierta medida—. Estamos en un callejón sin salida y quizás una nueva perspectiva, alguien que venga de fuera puede ver algo que nosotros no conseguimos ver...

La detective Mayo lo miraba fijamente y solo cuando se dio cuenta de que ella no decía palabra alguna y giró el rostro para mirarla se dio cuenta.

Con sus ojos azules le miró el rostro detenidamente. Sus facciones y su gesto en aquel momento no los podía determinar con exactitud, pero si el sonrosado de sus mejillas debía ser por el calor y el alcohol; el grosor y rojez de sus labios y su piel aterciopelada en un tono que no era ni blanco ni moreno y que desde hacía años lo volvía loco.

Ella parecía tener la mirada fija en su rostro, pero perdida en otra parte y eso facilitó que la pudiera observar sin timidez ni preocupación de que ella pudiera darse cuenta.

Tras unos minutos en los que le dio por terminado su estudio y viendo que ella no decía nada le dio un suave toque en el hombro.

—Bésame...

Martin se quedó boquiabierto y con los ojos abiertos como platos ante lo que Lea acababa de decir.

Las manos comenzaron a sudarle y el corazón a latirle con una fuerza descomunal. Lentamente se acercó al rostro, con una voluntad que ni el

mismo sabía que poseía, esquivó los labios de su amiga y con ternura le dio un beso largo y suave en la mejilla

—Bésame los labios —Lea lo miraba sin haber cambiado un ápice el gesto anterior, pero Martin sonrió y tras aquello soltó una carcajada.

—Estas ya borracha Lea... —Dijo en tono jocoso mientras colocaba un mechón del cabello oscuro de la mujer tras la pequeña oreja de esta. Un pequeño golpecito en la espalda le hizo girar el rostro hacía atrás descubriendo el rostro sonriente de Ryker que los observaba con curiosidad y algo azorado

— ¿Interrumpo alguna conversación importante? —preguntó el forense tímidamente.

Martin lo observó sonriente y agradecido, si no hubiera aparecido no estaba seguro de como hubiera acabado todo aquello

—Que va tío —le respondió dándole una palmada en el hombro. No se podía imaginar cómo se alegraba de verlo.

Ambos observaron a Lea que miro al doctor Pruitt con el ceño algo fruncido. La detective se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza sin mediar palabra.

¿Era tristeza lo que parecía ver Ryker en su mirada?

— ¿Ha bebido mucho? —preguntó este a Martin en voz baja cerca de su oído, a lo que el compañero de la detective contestó con un gesto afirmativo.

—Estoy aquí, cabrones... —dijo ella mientras se enderezaba y hacia malabarismos para bajar del taburete en el que estaba sentada y no perder el equilibrio—. Por más que murmuréis os escucho... —el tono pastoso de su voz y como arrastraba las palabras confirmó al forense lo que suponía y el detective Wyse ya le había confirmado.

— ¿No sería mejor llevarla a casa? —preguntó el hombre notablemente preocupado por el estado ebrio de su amiga.

—Si...—Martin cogió su chaqueta del respaldo de su asiento y le ayudo a ponérsela—. ¿Estarás por aquí? —preguntó a Ryker mientras le quitaba a Lea las llaves del coche de las manos y esta hacia un gesto de enfado, pero sin oponer resistencia—. Para mí aun es un poco pronto, mi hija se queda a dormir en casa de su tía y yo mañana no trabajo.

—Tranquilo, aun me quedare un rato —sonrió el doctor.

—Ok —se despidió Martin mientras cogía por la cintura a su

compañera y la ayudaba a llegar a la puerta.

La llegada al coche fue toda una odisea...

—Lea deberías relajarte con la bebida... —Le susurro al oído.

Pero en o único en lo que ella podía pensar en aquel momento era en la sensación, que, de nuevo, estaba sintiendo ante el aliento de él en su rostro y sus manos en la cintura.

Con una mano se dio un pequeño golpe en la frente.

¿La había puesto cachonda él o la cantidad de alcohol que se había metido en el bar?

Lea no le escuchaba, estaba demasiado mareada y agobiada por el cumulo de sensaciones que tanto su mente como su cuerpo estaban sintiendo como para ponerse, en aquellos momentos, a recapacitar sobre su problema con la ingesta de alcohol.

Con mucho cuidado su compañero la introdujo en el asiento del acompañante de su propio coche y cerró la puerta.

Las náuseas hicieron acto de presencia nada más sentir como el olor a coche y a ambientador de pino se introducía por sus fosas nasales y cuando el hombre abrió la puerta del conductor para introducirse en el interior ya era demasiado tarde.

— ¡Dios Lea! —exclamó el hombre al verla vomitar sobre la tapicería y ella misma. Mientras con gesto de asco y la nariz arrugada por el fuerte olor se sentaba en el coche, graduaba el asiento, se ponía el cinturón de seguridad y encendía el motor del vehículo.

No le venía de nuevo, pero la última vez que ocurrió algo parecido rezo porque no volviera a suceder; no podía dejar a su amiga de aquella manera, apestando a alcohol y vomito, y llena de los residuos de su propio estómago, allí en su casa, en su cama y largarse. Pero le había costado tanto desnudarla, asearla y no hacerle el amor allí mismo, en aquel instante que se propuso no hacerlo más.

Y ahora, después de lo que ya había sucedido en el bar iba y volvía a echarse la pota encima.

Aquello le enfureció en sobremanera pero aparte de la exclamación no dijo nada más.

En cuanto llegara a su casa, la sacaría del coche y la dejaría en el sofá.

—¡Joder, joder! —se dijo rematadamente cabreado a si mismo mientras golpeaba el volante. ¡No era su guardián ni su padre! ¡Él ya tenía

una hija a la que cuidar! ¡Era su compañero no su...!

La miro de reojo y se dio cuenta que se había quedado dormida.

¿Sera posible?!

Volvió su mirada hacia la carretera con el ceño fruncido, pero poco a poco una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro y como por arte de magia cualquier atisbo de enfado se esfumó.

Era peor que una niña de treces años... Pensó mientras las carcajadas salían de sus labios sin apenas poder controlarse.

Tras unos minutos riendo su cerebro le devolvió el pensamiento, sin querer; y este el recuerdo de la visión de las niñas de esa edad a las que estaban asesinando; sus cuerpos, sus rostros...

Dios, sus rostros...

Cuando encontraron a Jenny Pure, al principio pensó que aquello debía de ser obra de animales carroñeros, que aquella monstruosidad, Dios hubiera querido, no se la hubieran hecho mientras aun respiraba...

Pero la autopsia de Ryker al cuerpo solo le demostró cuan equivocado estaba al creer aquello. Y no solo en eso, también en que había tenido un resquicio de corazón y les había desfigurado una vez fallecidas. Pero no, ese tampoco era el caso. Se había encargado de que sufrieran hasta grados insospechados. Como si fuera un animal y sufrir y padecer fuera lo único que se merecía.

Su rostro completamente cortado con algún objeto punzante, su boca rajada desde la comisura de los labios hasta casi la altura de los oídos. Su cuero cabelludo arrancado como si de la piel de conejos se tratara... y este utilizado para...

Un escalofrío le recorrió la espalda sintió como todo el vello de su cuerpo se erizaba solo al recordarlo.

Con Julia vivió el mismo sentimiento de impotencia, o quizás peor porque parecía que con ella aún se hubiera ensañado más.

Era como si lo de Jenny le hubiera sabido a poco y hubiera necesitado resarcirse en la pobre chica.

Solo esperaba que Kattie, si era él quien la tenía, si por esa burla del destino y de la vida era otra víctima de "El coleccionista de muñecas", no fuera como muchos esperaban.

Podía ser que el muy salvaje, el animal que hacía aquello buscara que, si por un pequeño azar del destino alguna llegara a sobrevivir, no quisiera

seguir viviendo al verse al espejo.

Era como si...

En ese momento se dio cuenta de que había estado a punto de saltarse la intersección que le llevaba a casa de Lea.

Giró a la derecha y encontró nada más realizar la maniobra la pequeña y coqueta urbanización de su compañera.

Era curioso como conocía tan bien aquel trayecto, incluso con la mente en otra parte, para lo apartado que estaba, no en balde llevaba yendo hasta allí por un motivo por otros siete años ya, ¿o eran más?

Cuando Lea fue asignada su compañera, esta era una novata tan tozuda y follonera como ahora, quizás un poco menos... Los años no habían pasado indiferentes para ninguno de los dos.

Su esposa que ya estaba enferma por aquel entonces falleció poco después, a Sloan lo ascendieron a capitán... Sloan, otro buen hombre desaparecido por culpa de aquel monstruo...

Aparco justo ante la casa de su compañera y al salir del coche rodeó este para abrir la puerta del copiloto y sacarla de allí.

Si el olor era nauseabundo dentro del coche, el que ella desprendía no tenía nombre.

Suspiro al darse cuenta de que no tendría corazón para cumplir lo que se propuso en un principio y dejarla de aquella guisa.

—Lea... Lea... —la llamó mientras le daba pequeñas palmaditas en el rostro para despertarla—. Hemos llegado... —respondió al “hum” que ella había pronunciado—. Vamos que te ayudo a entrar y a acostarte, anda...

La mujer entreabrió los parpados y le sonrió mientras con una mano le acariciaba el pelo.

— “No hagas eso joder” —le pidió mentalmente, pero ella continuo hasta que con mucho esfuerzo la sacó del coche y pasando uno de sus brazos sobre los hombros mientras buscaba, a la vez, las llaves entre las todas las que había en el llavero donde estaba la del coche, se encaminaron a la puerta blanca y brillante.

CAPITULO 8

“Dallas, Texas, junio 1980”

El cuerpo sin vida de Kara Dunne apareció la noche del solsticio de verano...

Evelyn Parc y sus amigos habían decidido montar su fiesta en el White Rock Lake para tener el lago cerca en caso de que el calor apretara y según contaron, más tarde a los agentes que se presentaron allí después de que uno de los amigos de la chica corriera al local más cercano y telefonara a la policía, fue la misma Evelyn la que encontró a la chica muerta.

—Al principio pensé que su mano era la de algún maniquí... — explicaba entre sollozos y bocanadas de nauseas cuando le preguntaban.

Cuando Meier y Thomas llegaron al lugar Evelyn aún seguía sollozando al igual que su amiga a la que estaban socorriendo un grupo de sanitarios que se había solicitado ante el terrible estado de nerviosismo en el que encontraron a las dos jóvenes...

— ¿Otra? —Al forense no le hizo falta que el detective profundizara más en la pregunta, la había entendido perfectamente y afirmó con la cabeza mientras tomaba notas y sacaba el termómetro del costado de la pobre muchacha.

—Pero creo que con ella tendremos más posibilidades de averiguar un poco más en la autopsia —dijo mientras seguía manteniendo el aparato en la mano y lo observaba con fijación, sin apenas moverse del lado de la víctima —. Su cuerpo me dice que no lleva mucho muerta...

— ¿No puede ser el calor ambiental el que mantenga la temperatura de su cuerpo? —Su amigo lo miro de reajo—. Lo sé... Tú eres el experto — Suspiró.

—No es solo la temperatura; también está el rigor mortis, que, si bien es cierto que por la temperatura puede variar su aparición, la diferencia sería leve. mínima, inclusive, si llevara más tiempo del que yo imagino, el estado de descomposición y otros detalles cambiarían bastante a pesar del factor clima...

—Ahh —los detectives exclamaron al unísono, aunque Deen estaba convencido de que no se habían enterado de nada.

—Lo que si he notado es una diferencia en el modus, leve, porque el resto coincide bastante, pero hay algo que no había ni en Lina ni en Shelly — Meier y Thomas rodearon el doctor y aguzaron el oído intentando no perderse nada de lo que el hombre les tuviera que comunicar, mientras Amelia sacaba una pequeña libreta del bolsillo trasero de su pantalón y un bolígrafo del de su camisa. Eduard esperó con educación y paciencia a que la mujer estuviera preparada—. Todo parece a simple vista igual o como mínimo similar, aunque hasta que no realice una autopsia en profundidad no puedo asegurar nada, me guio por mi experiencia ahora mismo, pero hay algo que no estaba en las otras muchachas... —El hombre se agachó de nuevo al lado del cuerpo y los detectives le imitaron. Con mucho cuidado descubrió el rostro de la joven, tapado con una sábana blanca. Por un momento Meier no sabía muy bien que era lo que estaba viendo, pero entonces una mancha blanca, pequeña, llamó su atención, y cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo, una sensación de mareo mezclada con unas enormes ganas de vomitar y una furia incontrolable se apodero de todo su cuerpo.

— ¡Joder esto es...! —exclamó cubriéndose la boca con la mano y dándole la espalda al dantesco espectáculo que tenía ante sí. Mientras su compañera seguía inmóvil, como paralizada ante el cuerpo.

— ¿Estás bien? —Pregunto Eduard a Amelia, preocupado ante el color de su rostro y el brillo que se apreciaba en su mirada. La mujer no dijo nada, parecía haber entrado en un trance al descubrir como aquel monstruo se había ensañado con el rostro de la joven, rajándole, de forma bárbara el rostro desde la comisura del labio hasta el ovulo de la oreja; dejando al descubierto casi todo el interior de la boca y mostrando las encías y molares de la muchacha—. Creo, humildemente que, o es solo algo que quiso hacerle para burlarse de la víctima, como lo de la cabeza, que ya de por sí es una monstruosidad; estaba nervioso, enfadado por algún motivo; o quiere humillar a sus víctimas y sus familias y, por qué no, a nosotros más de lo que ya lo hace secuestrándolas, violándolas y torturándolas; o, y aquí me voy a mojar hasta las rodillas... Tiene un cómplice... o bien el arma que utilizó no es la misma que en el resto de los cortes del cuerpo ni con el que le sesgo la carótida. No creo que le hiciera, esto, —dijo señalando la inmensa amputación del rostro—, con lo mismo que los cortes que lleva hasta en la zona pélvica y el cuello, y que también utilizó con las otras. —Miró a los dos detectives esperando alguna reacción, pero el único que se había movido

levemente y con el ceño algo fruncido había sido Meier al escuchar la palabra cómplice—. Hay otra cosa, —dijo arrastrando las palabras. Le costaba decir lo que iba a pronunciar; ni todos los años que llevaba viendo cadáveres lo habían preparado para brutalidades como aquellas—. Estoy convencido de que cuando le hizo esto...La muchacha seguía viva, probablemente hasta consciente.

Aquellas palabras fueron suficientes para que Amelia se levantara de golpe y fuera corriendo al lugar más apartado a vomitar, mientras Meier palidecía aún más y tensaba todo su cuerpo y rostro hasta el punto de que su mandíbula pareciera esculpida en piedra y su cuerpo una estatua de bronce.

Sebastien abrió la boca para decir algo mientras Eduard los miraba a uno y a otro esperando una respuesta a su evaluación y descubrimiento, pero un nudo en la garganta no le permitió emitir ningún sonido.

Sus ojos, ahora, de nuevo fijos en el rostro de la pobre muchacha obligaban a su mente a dar vueltas y más vueltas sin poder llegar a ningún pensamiento claro. Solamente, el único, que le asaltaba en aquel momento era que iba a hacer a aquel hijo de la grandísima puta cuando lo tuviera delante y entre sus manos...

Fue Amelia la que hizo la pregunta que por la mente de ambos pasaba, pero no querían o no se atrevían a decir; mientras con un pañuelo que el forense le alcanzó cuando se acercó y que después rechazó con un gesto de la mano cuando ella hizo ademán de devolvérselo, se limpiaba los restos de comida y bilis que le habían quedado en la comisura de los labios y barbilla

— ¿Crees que puede haber alguien más?

El doctor hizo un ademán con la cabeza y levantó los hombros

—Hasta ahora las heridas eran precisas, siempre con la misma arma, o una similar... Esto además de ser con algo que probablemente tenga un filo de sierra o parecido, parece hecho por alguien a quien le temblaba el pulso; lo cual no encaja con el asesino frío y calculador que tenemos entre manos...

— ¿No puede tratarse de un imitador? —Le preguntó Meier.

—Lo dudo y muchísimo. Pondría la mano en el fuego a que el resto de las cortes y torturas las hizo nuestro hombre, pero lo de la cara...—Eduard se quitó los lentes y se acarició el puente de la nariz mientras movía la cabeza de un lado a otro—. También podría ser perfectamente el arma usada. Que al no haberla utilizado con anterioridad no pudiera utilizarla con la misma precisión, etc.... Pero es que a mí me da la impresión de que ese

ensañamiento es más probable en alguien joven e inexperto que en nuestro asesino. —Volvió a cubrir el rostro de la joven obligando a Meier a apartar la vista de este—. Os prometo que cuando haga la autopsia detenidamente os lo confirmo o como mínimo os lo digo con una certeza más aproximada...

Los dos detectives afirmaron con la cabeza al unísono y se despidieron del hombre con un gesto de la mano.

Cuando estaban sentados dentro del coche de Sebastien suspiraron manteniendo la mirada fija, a través de la ventanilla frontal, en el lugar en el que aun esperaban el cuerpo y Eduard la llegada del juez que diera permiso para el levantamiento del cadáver.

—Esto se nos está escapando de las manos Meier... —La voz de Amelia era apenas audible—. Si ahora son dos, —continúo girando su cuerpo en el asiento y mirando a su compañero de frente—, significa que ese hijo de puta se ha pillado un aprendiz o un compañero de andanzas. Un aprendiz que le coja el gusto si no lo ha hecho yo y tenga más sed de sangre que su propio maestro... —Volvió de nuevo la vista hacia el lugar anterior. —Habrán más... Lo sabes, ¿verdad?

Meier no respondió, no hacía falta.

Sabía que su compañera estaba en lo cierto; estaban hartos de escucharlo en las charlas que recibían cada dos por tres sobre asesinatos seriales, pero le parecía curioso que hasta ahora hubiera trabajado solo...

—¿Y si siempre tuvo un cómplice, ayudante o lo que fuera? —Meier hizo la pregunta sin más y su compañera volvió a girar el cuerpo hacia el—. Estamos hartos de escuchar que los asesinos seriales rara vez cambian de modus o de metodología... —Amelia lo miraba con interés—. Bueno pues yo no me creo que ahora de golpe le haya dicho a alguien, tu ayúdame a matar chavalas y que encima le haya dejado hacer algo así..., tocar su cuerpo, romper su modo de golpe, sin más...

— ¿Quieres decir que siempre estuvieron juntos en esto el asesino y el que le hizo eso a la chica? —Amelia evito mirar en dirección al cuerpo

—Exacto —la mirada de Sebastien era de seguridad y su rostro de determinación—Creo que quienes están haciendo esto trabajan juntos desde el principio, quizás incluso sean familia como aquellos primos de los setenta...

—Bianchi y Buono...—le recordó su compañera

— ¡Exacto, como Bianchi y Buono!

— ¿Y por qué no le había dejado hacer nada antes a su compañero de crímenes? ¿Por qué le deja hacerle algo a una de las víctimas ahora?

—A lo mejor le estaba enseñando; o ya les hacía algo, aunque no fuera torturarlas...No lo sé Amelia, — hizo un gesto con las manos— pero de algo estoy convencido, quien sea no acaba de llegar y no se va a ir, al revés. Le ha cogido el gusto y si no es con su maestro o cómplice será solo, pero no parará si no los capturamos a los dos...

“DÍAS ANTES DE QUE SE HALLARA EL CUERPO DE KARA...”

Mientras lo observaba limpiar la mesa de acero que estaba manchada de sangre sonrió orgulloso.

Era magnífica la rapidez con la que había aprendido a atraerlas y llevarlas hasta él. Solo por eso y por el temple que había mantenido se había ganado el derecho de participar en el resto.

Y no se había equivocado, no; pensó mientras recordaba con que disfrute y sadismo le había hecho aquello a la guarra en la cara; como había cogido el cuchillo que sabía más dolor y destrozo iba a provocar y como a pesar de las suplicas, llantos y gritos de la pelirroja no había dudado.

Solo hubo un momento en el que el pulso le tembló un poco. La verdad es que el corte, aun ejecutado con aquel instrumento aserrado, podría haber sido más limpio... Pero se le perdonaba porque los nervios y la emoción de infringir daño a su primera mujer habían manipulado algo su pulso.

Ya tendría tiempo de controlar esos pequeños fallos y de mejorar.

Le permitiría que lo continuara haciendo.

Le había gustado la iniciativa. Aquella marca definitiva que los caracterizaría desde ahora además del mordisco y la extracción completa del cuero cabelludo, como hacían los indios en lejano oeste y en aquellas noveluchas de bolsillo que tanto les gustaban, los llevaría a lo más alto de la fama, convirtiéndolos en los asesinos más sádicos y prolíficos de la historia.

Nadie podría compararse a ellos, llegar a su nivel, ni siquiera acercárseles...

Aquello, aquella compenetración a la hora de secuestrar e infringir dolor a aquellas mujerzuelas; de saber sin palabras lo que esperaba el uno del otro; de protegerse; solo podía darse en alguien como ellos.

Entre familia.

Entre padre e hijo...

Ahora debían preparar como acercarse a la siguiente. Ya la tenían medio camelada y les había resultado realmente sencillo, igual que con las otras.

Él era guapo, pero no guapo como muchos otros muchachos que pululaban por allí, no. Era guapo hasta el punto de hacer girarse para mirarlo, inclusive, a las mujeres mayores.

Su cabello completamente negro como el azabache, sus enormes ojos claros y su cuerpo esculpido de tanto trabajar en el rancho cargando cerdos y trabajando el campo era difícil de ignorar.

Lástima que solo les gustaran jovencitas y guarrillas...

Las chicas de ahora eran presa fácil además de poseer unos cuerpos y una piel que daba gusto cortar y desfigurar. Con aquellos pechos y pezones tersos y firmes, sus nalgas duras y sus cuellos y rostro que apetecían lamer mientras les pasabas el filo de los cuchillos por los brazos y las piernas...

Sus voces, tan melosas cuando llegaban abrazadas de él y pensando que lo que iban a tener era una noche de placer y se convertían en verdadero deleite para sus oídos cuando aullaban y gritaban de dolor al sentir sus dientes en sus pezones, como su piel se despegaba de sus cráneos junto con sus largas, espesas y hermosas melenas...

Lo que más le gustaba es que él le grabara mientras se las follaba a la vez que les infringía un tajo tras otro y les relamía la sangre que de ellos brotaba...Sonrió más ampliamente al recordar cómo después les obligaba a meterse la polla en la boca y tragarse la leche cuando apenas si podían ya abrir los ojos del cansancio y de la cantidad de sangre perdida.

Y por supuesto el clímax para el...

El momento en que ellas suplican que no las mate y tras darle esperanzas y hacerles creer que las dejara libres les da el tajo definitivo, rajándoles con calma, pero sin pausa el cuello. Haciendo que sienta como la cuchilla le va recorriendo la piel, su carne, hasta dejar que la sangre brote y mueran desangradas. El gusto es casi igual que cuando les hace aquello desde un lado de la sien al otro para que no se estropee su maravilloso trofeo...

Y se pone más cachondo si cabe, viendo como su hijo los mira...

A lo mejor con la próxima deja que él también se la tire mientras le grababa. ¡Qué coño, entre padre e hijo hay que compartirlo todo y el muchacho se lo ha ganado y de largo!

Y aquello aun estrechara más, si cabe, la relación que mantienen.

Un aliciente para que sigua trayéndoselas.

Un leve sonido le extrajo de sus macabros pensamientos y una mata de cabello tan oscuro como la que había tenido hasta aquello momento frente a él se vislumbró entre los reflejos del sol de aquella mañana de verano.

Tras ella un rostro aun menudo y delgado ...

— ¡¿Qué coño haces aquí mocoso entrometido?! —El hombre se dirigió como poseído por la furia y, ¿Por qué no reconocerlo?, el pánico hacia el crío, que no tendría más de once años y lo entro arrastrándolo cogido de la oreja dentro del granero, cerrando rápidamente la puerta tras él—. ¿Qué es lo que has visto, ¿eh? —Le preguntó con su boca apestando a ginebra barata, pegada a su oído.

—Nada padre... —susurro el muchacho casi al borde de las lágrimas por el miedo y el dolor que su progenitor le provocaba—. Lo juro... Solo vi como hermano limpiaba los restos del cerdo, padre...

El hombre lo miraba con furia empujándolo a la vez, y el chico cayó al suelo mientras su hermano, sin dejar de echar agua sobre la mesa y el suelo, aun manchados de sangre, reía sin parar.

Su padre lo imitó y el sonido obligó al chico a taparse los oídos.

Aquel sonido era tan aterrador...

Casi tanto como los gritos de las chicas que había visto muchas noches, incluida la anterior, allí tumbadas, sangrando y haciendo sexo con su padre mientras lloraban.

La del pelo rojo lo vio mientras, él, espiaba como hacia un momento, a través de la madera desgastada y rota de la puerta.

Estaba seguro de que lo vio por qué le miró, estiró una mano hacia él y le sonrió, con mucha pena, pero le sonrió...

CAPITULO 9

“Boston, 2017”

Sentada en un sillón del salón de los Bryan, Lea observaba el lamentable estado de la madre de Julia...

—Lleva sedada desde que desapareció nuestra hija, pero tuvimos que aumentar las dosis tras volver de la morgue... —El señor que tenía cogida la mano de su esposa como si se tratara del mayor tesoro del mundo con una mano y un retrato de su hija con la otra, miraba a la mujer con dulzura, preocupado—. Ha sido muy duro para ambos, —continuó con los ojos llenos de lágrimas que recorrían su rostro enjuto, pálido y ojeroso—, pero no creo que ella llegue a superarlo jamás...

La detective no dijo nada, se limitó a afirmar con la cabeza y girar la vista hacia Martin que se apoyaba en el marco de la puerta de entrada entre el pasillo y la estancia desde que entraron en aquella casa, que parecía oler un tremendo hedor a desesperación y tristeza.

No estaba segura de a que olerían ambas cosas si llegado el caso desprendieran algún aroma, pero estaba segura de que sería el que allí se respiraba sin ninguna duda y un nudo se le formó en la boca del estómago.

Martin le dirigió una mirada de reojo, pero tampoco contestó, y el silencio se hizo más palpable, aunque no incómodo.

Aquellos pobres padres necesitaban ese silencio y la presencia de alguien que los reconfortara.

Lo sabía porque el señor Bryan los recibió cálidamente, no les estorbaba su llegada ni su presencia; se sentía tan solo...

Tras unos minutos el detective Wyse rompió el silencio con una pregunta

— ¿Cree que Julia podría haber conocido a quien...? —no terminó la frase, no hizo falta, pero sí la pregunta. A pesar de que ya les habían preguntado todo lo que pudieran ser necesario cuando denunciaron la desaparición de su hija, en aquellos momentos estas se relacionaban más con una fuga o una simple pérdida, al menos en lo concerniente a aquel momento, en el que a excepción de Lea nadie creyó que aquello fuera a tener un final tan devastador, y ella lo había recordado constantemente hasta la terrible

tragedia que sacudió a la comisaria, desde entonces, nunca más...—. Sé que ya les hicimos todas estas preguntas anteriormente, incluso sé que buscamos entre sus efectos cualquier cosa que pudiera relacionarla con su... — Tampoco se atrevió a terminar aquella.

—Pero entonces —continuó la detective al ver que a su compañero se le hacía difícil preguntar en aquellos momentos, viéndolos allí sentados, cogidos de la mano y con la mujer medio inconsciente por los sedantes—, al menos en el momento en que hablamos, con ustedes no había desaparecido otra muchacha. Sé que nos contaron todo lo que recordaban, pero quizás en estos días les haya venido algo a la mente, por pequeño que sea...

El señor Bryan agachó la cabeza y guardó silencio mirando al suelo. Pudiera ser que algo en él le hubiera llamado la atención abstrayéndolo del momento.

Lea iba a abrir la boca para llamarlo y Martin se enderezó preocupado, cuando tras un buen rato el hombre seguía sin decir nada; la vista aun fija en ese algo que el hombre parecía haber descubierto en la moqueta gris que cubría el suelo, sus labios completamente fruncidos y su mano casi inerte sobre la de su esposa; entonces, lentamente levantó la mirada y los observó.

—Lo único que sé es que estuvieron saliendo juntas durante un tiempo... —El detective Wyse se enderezó aún más y el cuerpo, sentado, de la detective Mayo se tensó completamente.

— ¿Por qué no nos lo había dicho antes? —Martin se acercó poco a poco, con expresión confundida y acabó sentándose en el espacio libre del sillón en el que estaba sentada su compañera y la miró directamente a los ojos antes de volver a mirar a su interlocutor que ahora parecía avergonzado y arrepentido.

— ¿Saber eso hubiera salvado la vida de mi pequeña?

Miró a la detective a los ojos, con decisión y durante un rato, esperando una respuesta que ella sabía no iba a aliviar la pena de aquel padre destrozado.

Lea movía la cabeza de un lado a otro

—Seguramente no... —respondió con voz apenas audible, pero en aquel silencio mortal reinante, se escuchó perfectamente

—¿Entonces? —El señor Bryan levantó los hombros al hacer la pregunta. Y los detectives entendieron de inmediato lo que estaba pensando y

sintiendo en aquellos momentos.

— ¿Sabe...? —Todas las miradas se dirigieron a la madre de Julia que parecía acabar de despertar de un largo letargo—. Se le veían sus dientecitos... —Los ojos de la mujer comenzaron a humedecerse y su esposo le apretó la mano con más fuerza

—No hace falta que lo digas, querida

—Le había arrancado como si de la piel de un zorro o de un conejo se tratara su linda melena castaña. —la mirada de la mujer parecía perdida en el infinito mientras recordaba el estado en el que había visto a su hija unos días antes, en la morgue. Pero no dejó de hablar, consiguiendo que el dolor se adueñara de todos los allí presentes, que uno tras otro volviera a revivir la imagen del cuerpo y rostro de la pequeña, cada uno intentando alejarlo de su mente, a su manera, sin conseguirlo y formándose en todos y cada uno de ellos un enorme nudo en la garganta—. Estaba tan orgullosa de su pelo...—la mujer continuó, inconsciente del efecto que sus palabras estaban causando y perdida en sus propios recuerdos. Se enderezó lentamente, con una gran sonrisa y la mirada cada vez más perdida en algo que solo ella podía ver—. Yo se lo cepillaba cada noche, veinte veces, justo como a ella le gustaba... — Lea puso la mano en la rodilla de su compañero y se la apretó al percibir como este se limpiaba el rostro, disimuladamente con la manga de la camisa. Nunca se acostumbrarían a monstruosidades como aquella, pero él, además, se sentía muy involucrado con aquel caso, su hija, su amigo... La madre de Julia seguía hablando y ahora su marido tenía la mirada en el mismo lugar que ella y parecía sonreír también—. Se le veían los dientecitos, —repitió la mujer y entonces los miro. Ahora ya no sonreía, su mirada ya no estaba perdida, sino fija en ellos, muy fija en los ojos de los dos detectives. La locura y el odio de aquella mirada impactó, aún más si cabe, a los policías—. El monstruo que le hizo eso a mi pequeña le serró la cara de tal forma que pude ver todos sus dientes, su encía rosadita, su lengua. —el tono de la mujer se iba alzando por momentos, su rostro pasaba del dolor a la incredulidad y de este a la locura y su cuerpo comenzó a temblar—. ¡¡Cojan a ese hijo de puta!! —Gritó mientras parecía comenzar a convulsionar—. ¡Cojan a ese maldito mal nacido hijo de puta!

— ¡¿Llamamos a urgencias?! —Martin se levantó al hacer la pregunta y ayudo al señor Bryan que intentaba mantener el cuerpo de su esposa pegado al sofá, aunque las terribles convulsiones apenas se lo permitían

— ¡No! —Gritó el hombre intentando hacerse oír en medio de los gritos de su esposa.

Lea, paralizada no se podía mover, solo podía escuchar la voz de la mujer, que no paraba de gritar la misma frase mientras gemía y se lamentaba por el dolor.

— ¡Se le veían los dientecitos... Cojan a ese hijo de puta... le arranco la piel de la cabeza como si fuera la de un animal...!!

Eso era lo único que escuchaba una y otra vez, mientras veía lo que ante ella pasaba sin poder mover un musculo, paralizada por la impresión y el sentimiento de rabia, dolor y pánico que se habían adueñado de ella.

— ¡Necesito calmarla! —Volvió a gritar el padre de Julia—. ¡Váyanse, por favor! ¡Yo iré mañana a su oficina y les contare todo lo que recuerde! —Les grito al ver la indecisión en el rostro del agente—. Déjenos solos ...

Martin a esto último si reaccionó al igual que su compañera que obligo a salir de un trance inculcado y lo miró con el rostro desencajado

—Vamos —el detective la cogió del brazo y la levanto en volandas, llevándola casi arrastras hasta la puerta de entrada, mientras lo último que continuaron escuchando fueron los gritos de la mujer que parecía haber entrado en un estado de locura.

—Cálmate querida, por Dios, cálmate... —suplicaba el hombre entre sollozos que no amortiguaban las palabras de su mujer.

—¡Le veía sus dientecitos!! —gritaba sin cesar—. ¡Atrapen al maldito monstruo que le hizo eso a mi niña!

Cuando se encontraban fuera de la casa, los gritos seguían sonando como si estuvieran dentro de sus cerebros.

Ambos necesitaban aire, respirar...

—Mataré a ese cabrón...

Lea miraba hacia la puerta con ira.

—Eso es lo que queremos todos... —Martin había cogido una bocanada de aire profundamente tras decir aquello y ahora miraba en dirección contraria. Necesitaba recuperarse de lo que acababa de suceder y no quería que ella viera como los ojos se le volvían a humedecer.

—Hablo de Ryker... —En la voz de su compañera había tanta furia que el detective se asustó y se giró de golpe para mirarla a la cara y asegurarse que no había escuchado mal.

— ¿A Ryker? —su tono de incredulidad obligó a Lea a mirarlo a él, pero no dijo nada, con paso rápido y llena de rabia se encaminó hacia el coche, y Martin que aún no se había repuesto del todo la siguió a paso rápido. Cuando la alcanzó la cogió del antebrazo y la obligó a voltearse hacia él—. ¿Qué coño tiene el que ver aquí? —pregunto sin entender absolutamente nada y sintiendo como su cabreo comenzaba a trasladarse también a los actos inexplicables de su compañera.

— ¿Tú qué crees? —Los ojos de Lea echaban chispas—. ¿Qué clase de ser humano permite que una madre vea una burrada así en el cuerpo de su hija? —Los gestos de sus cuerpo y manos eran casi tan histéricos como el sonido de su voz—. ¿Estamos locos o qué? —gritó—. ¡El estado en el que se encuentra esta pobre madre, estos pobres padres —señaló con su índice hacia la puerta de la casa de los Bryan—, es culpa de ese maldito inconsciente!.

A paso rápido y decidido rodeó el coche para abrir la puerta del conductor. Su compañero que por un momento se había quedado clavado en el suelo ante aquella reacción, para nada lógica, salió de nuevo corriendo tras ella y deteniéndola antes de que se adentrara en el interior del vehículo

— ¡Es su trabajo, joder! —el detective estaba tan aturdido que no sabía cómo reaccionar ante aquella avalancha de acusaciones, que según él creía, Lea estaba cargando sobre el amigo de ambos por el dolor y la frustración del momento. —Lea... Sé que estas afectada por lo sucedido, yo también. El ver a esa mujer delirar al borde de la locura recordando el rostro de su hija... Eso es algo que volvería loco a cualquiera... —Los ojos grises de Martin volvieron a humedecerse ante el solo pensamiento—. Pero Por Dios piensa detenidamente lo que estás diciendo y lo que vas a hacer... —su voz, ahora suave, intentaba calmar el furor que emergía del interior de su amiga—. Lo que les ha pasado a los padres de Julia, lo que está sufriendo su madre, —señaló, él ahora la puerta de la casa—, es culpa del psicópata que mató, torturó y medio desmembró a la pequeña. —Cogió a Lea por los hombros y le obligó a que lo mirara de frente, mientras en un intento de calmarla se los acariciaba por detrás con los pulgares y su rostro se cubría de algo parecido a la ternura que ella no supo descifrar con claridad—. Ryker es un profesional, un hombre que sabe lo que se hace y que esta tan metido en esto, tanto física como emocionalmente, como nosotros. —Poco a poco la tensión en el cuerpo de la mujer parecía ir cediendo muy lentamente y en un momento que agachó su rostro y miró al suelo, Martin puso su índice en la

barbilla suave de su compañera y se lo levantó obligándola, de nuevo, a que lo mirara directamente a los ojos—. El cumplía con su obligación, pero sabemos que es un hombre algo insensible cuando de trabajo se trata y muy directo, podemos pedirle, de buenas maneras que antes de volver a hacer algo parecido, sea con quien sea, primero se asegure de la estabilidad emocional de los familiares, pero no podemos ir a por el por realizar su trabajo...

Lea pareció calmarse y lo miró con la cabeza ladeada.

En sus ojos las lágrimas se estaban agolpando y Martin se dio cuenta de que se iba a derrumbar de un momento a otro ante todo lo que estaba sucediendo.

—Pero... —la detective ladeo la cabeza aún más y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas—. ¿Ni un puñetazo pequeño por no haber tenido consideración con los Bryan...?

Lea intentó no llorar más, pero sus facciones se contrajeron y su voz se rompió convirtiéndose en sollozos desgarradores.

El gesto de su compañero fue casi al unísono y la estiró de los hombros hacia él, obligándola a apoyar su mejilla en su pecho y rodeándola fuertemente con sus brazos.

Mientras ella cada vez lloraba más, cada vez apretaba más fuerte su rostro contra el cuerpo de él, expulsando toda la tensión y el dolor que había ido acumulando y que aquella tarde ya había llegado a su límite, más la apretaba él contra sí, permitiendo que sus ojos también se humedecieran y una lagrima, solitaria, recorriera su rostro mientras sentía la humedad a través de su jersey y el perfume de su cabello.

Cuando por fin comenzó a despertar de su inconsciencia, sintió un fuerte dolor en todo su cuerpo...

Y la sensación de pánico volvió a adueñarse de ella.

Recodaba que anteriormente había intentado moverse y le había resultado imposible, pero guardaba la esperanza de que esta vez fuera diferente por lo que, cerrando los párpados con fuerza y susurrando una plegaria lo volvió a intentar, pero, de nuevo no pudo ser.

Desesperada hizo movimientos bruscos con brazos y piernas, pero lo único que conseguía era hacerse daño...

Sentía como las mordazas que le sujetaban los miembros rasgaban la

carne cada vez que las forzaba y notó como algo líquido y espeso le recorría la piel, acariciándola.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no quería llorar, no debía llorar. Necesitaba ser fuerte y buscar algún modo de soltarse y huir de allí.

A pesar de su corta edad, Katie siempre se había caracterizado por ser una chica inteligente y podía aprovechar ese don para encontrar una salida.

Le escocía todo el cuerpo y se sentía pegajosa.

Estaba segura de que la sangre que brotaba de los cortes que él le hacía cada vez que volvía era lo que le provocaba aquella sensación de escozor y malestar, pero si no se iba, estaba segura de que moriría allí, igual que Jenny y Julia.

Tenía que haber hecho caso a su padre y no hablar con nadie, ir directa a casa y antes de que oscureciera; o mejor aún, no tendría que haberse movido de casa. ¿Pero cómo iba ella a saber que aquello le podía ocurrir también, como iba a saber que era él el que se había llevado a las que habían sido sus amigas?

De nuevo volvió a forcejear...

Le daba igual el dolor; le daba igual la sangre; le daba igual que de tanto luchar la correa, o cuerda, o lo que fuera que la amarraba le acabara cortando una mano o un pie de tanto frotar, solo quería volver a casa...

Sabía que, si no se iba, hoy no, pero quizás si mañana, la mataría. Que le acabaría haciendo aquellas cosas tan horribles, que, aunque no le habían descrito, si sabía por boca de otros chicos, les había hecho a las demás.

—Por favor, por favor... —suplicó susurrando para alguien que no estaba allí pero que, si su padre tenía razón, podía estar escuchándola desde arriba—. Te prometo que estudiare, haré caso a mama y no volveré a quedar con ningún chico... —las lágrimas recorrían su rostro a borbotones y mientras seguía forcejeando miró hacia el techo, esperando que allí estuviera quien pudiera escuchara sus suplicas y le enviara ayuda o una solución—. Por favor... —Rogó arrastrando las palabras y sollozando.

Diez minutos después, tras intentarlo a pesar del terrible dolor, el agotamiento debido al hambre, la sangre que iba perdiendo, y el llanto la venció.

Pero tras lo que a ella le pareció unos minutos un ruido la devolvió al mundo de pesadilla en el que estaba sumida desde hacía... Dios no sabía cuánto tiempo llevaba allí.

Cerró los ojos para hacerse la dormida en cuanto escucho los pasos que se acercaban, mientras sentía como toda su piel se erizaba; un escalofrío le recorrió toda la espalda y su corazón latía como si se le fuera a salir por la boca.

—Querida... —la voz melosa hacía que le dieran ganas de vomitar—. Ya estoy en casa... —Continúo riéndose a carcajadas por su propio y tópico comentario, pero que a ella le provocaba un sudor frío por todo el cuerpo—. ¿Me has echado de menos? —La boca de él estaba justo pegada a su oreja y Katie pudo sentir como la saliva salía disparada mojándole el oído y la mejilla, y como su aliento, con olor putrefacto llegaba a su nariz, penetrando en ella y consiguiendo que la bilis, porque no tenía en el estómago nada más, saliera de su boca llenando su barbilla y resbalando hasta su cuello y de ahí, siguiera hacia el hombro y goteara por la mesa, o lo que fuera, en lo que estaba tumbada y amarrada.

—Por favor... —sollozó—, suéltame... —En la oscuridad no podía verlo, pero sabía que lo tenía justo a su lado; pegado a su cara. Lo sentía. —Te prometo que no le diré a nadie quién eres, te lo juro... —Ahora su sollozo se convirtió en llanto y sentía como sus propias lagrimas penetraban en su boca y como los mocos que salían de su nariz recorrían sus mejillas, también y se acercaban a sus labios—. Por favor... Por favor... —suplicó.

La luz que tenía sobre su cabeza se encendió, iluminando la estancia y ayudándole ver, lo poco, que en aquella posición podía ver; y el rostro de él apareció ante sus ojos provocándole un respingo y una exclamación de dolor.

La miraba sonriente.

Sus ojos terriblemente claros y su pelo oscuro...

Aquel rostro del que ella había, incluso, llegado a estar locamente enamorada...

Bueno, ella y todas las de aquel curso en que las conoció y en el que se hicieron amigas, hasta que después sucedió aquello y la amistad se rompió.

Katie no quería verlo, no quería mirarlo.

Ahora no era el hombre guapo, dulce y maravilloso que conoció.

Ahora era un monstruo que la retenía, que cada vez que aparecía le hacía daño, cortándole por todo el cuerpo de forma cruel y lenta, riéndose con cada grito que ella daba y tocándola por todo su cuerpo, completamente desnudo, magullado y manchado de sangre.

El trajo una bolsa de papel y la puso justo al lado de su cara.

¡Dios olía a Hamburguesa!

Las lágrimas dieron paso al agua que sus papilas gustativas estaban expulsando ante el perfume de la carne envuelta en papel y el olor a patatas recién freídas.

Y entonces sin previo aviso la cabeza de él se adelantó, parando justo sobre sus pechos desnudos... Su rostro giro lentamente hacia el de ella que, dando a tan poca distancia, que incluso con aquella luz, tenue, podía distinguir cada poro, cada arruga, cada cicatriz y sentir su aliento y su olor envolviendo cada parte de sus fosas provocando en ella un terror inexpresable con palabras y sintiendo un frío que hizo que toda ella temblara más aun de lo que ya temblaba por el frío de la estancia mezclado con su desnudez.

—Vaya tienes los labios amoratados...—sonrió.

Un nuevo respingo, un nuevo aullido de dolor, pero él no se inmuto.

Continúo con el rostro pegado a ella.

—¿Qué vas a hacerme?—preguntó Katie con la voz temblando y las lágrimas, de nuevo humedeciendo sus ojos.

El no dijo nada, seguía sonriendo y sin apartar la vista lamio su rostro lentamente y con lujuria.

Entonces estiro un brazo y buscó, a tientas algo. Poco a poco el lugar en el que la pequeña estaba tendida comenzó a moverse, levantando primero su cabeza, luego su cuerpo de cintura para arriba, y ella se dio cuenta de que era la cama que se estaba enderezando.

Sonriendo él se enderezó y se encaminó al final de la habitación. Katie observaba muda como abría un pequeño armario y sacaba una manta de este, volvía hacia donde ella estaba y la cubría con la gruesa tela.

—¿Ves?—habló mientras cogía una silla y la bolsa de papel con la comida y se sentaba junto a ella—. Debes saber querida que no soy tan monstruo como piensas... —Continuó mientras extraía de la bolsa una pieza de comida, la desenvolvía y se la acercaba a los labios—. Come, anda —sonrió—, si te portas bien y me dejas divertirme a lo mejor me lo pienso y mañana te dejo en la puerta de tu casa. —Su sonrisa se hizo más amplia y Katie lo miro con desconfianza—. Te lo prometo —asevero mientras acercaba aún más la hamburguesa a la boca de la adolescente, que comió con ansia mientras lloraba de agradecimiento.

El cuerpo de Katie Glass apareció a menos de un kilómetro de distancia del de Julia Bryan y en el mismo estado que el de las otras dos niñas

el veinticuatro de noviembre de dos mil diecisiete y, con él, otra muñeca...

CAPITULO 10

“Boston, 2017”

— ¿Ya miraron si ha habido casos similares en el estado? —La voz de la capitán hizo levantar todas las cabezas que allí se encontraban y se miraron entre sí.

—Sí señor. —Contesto Martin antes de dar tiempo a que fuera Lea quien lo hiciera.

Por su mirada sabia de sobras que alguna de las suyas le iba a soltar y ya parecía que la relación entre ambas no era muy cordial, desde el primer día, como para ahora permitir que se degradara aún más.

— ¿Y? —La mujer que se había apoyado en el marco de la puerta de su despacho insistió con el ceño fruncido y las manos levantadas con las palmas hacia arriba.

—En lo que al estado de Massachusetts se refiere, no hemos encontrado nada similar. Nos pusimos en contacto con otros como Maine, Vermont y Rhode Island, pero nada —hizo una pausa y reviso sus notas—. En ellos sí que ha habido algún que otro crimen con alguna de las características, pero todos aislados y según los informes revisados por el doctor Pruitt no pasan de ser solo eso, similares, sin coincidencias. —Levantó la vista hacia la mujer de cabello blanco y levanto los hombros—, aún nos falta que los estados de Connecticut y Nuevo Hampshire, recopilen la información que les hemos solicitado y volver a comparar... Pero es una tarea laboriosa, ya los primeros informes los solicitamos cuando Sloan... Bueno, al principio de la investigación y aunque están todos los organismos colaborando con eficacia y muy amablemente, esta monstruosidad está afectando no solo a Nueva Inglaterra si no al país entero, tanta información cuesta que nos llegue con rapidez...

La capitán hizo un movimiento con la cabeza dando a entender que entendía la situación y dio media vuelta para entrar en su despacho. Todos volvieron la vista a los papeles que estaban revisando menos Lea que la miraba con curiosidad. Entonces Pamela Borges se detuvo y volvió a girarse.

— ¿Y fuera de Nueva Inglaterra? —La pregunta cogió a todos por

sorpresa.

—Es muy complicado que un asesino serial como este actúe fuera de su zona de confort... —Comenzó uno de los compañeros allí sentado—, estamos hartos de oírlo en las conferencias sobre asesinos seriales.

—Si lo sé ... —la mujer se rasco la frente—. Pero no creo que sea la primera vez que lo hace. Tanta frialdad, dominio de sí mismo, ocultación de pruebas. Es un asesino organizado y experimentado... Es imposible, vamos es que no me creo que no lo haya hecho antes, y si no ha sido aquí debe haber sido en otro sitio...

—¿Qué nos sugiere, entonces, que pidamos informes y ayuda a todos los estados del país? —La voz de Lea se hizo escuchar por encima del murmullo de todos los que estaban allí presentes, y el cabreo era bastante notable en ella.

—Si es necesario, si —La capitán la observó con mirada inquisitiva y ella le devolvió la mirada con el ceño completamente fruncido.

—Eso nos puede llevar muchísimo tiempo y le recuerdo que no lo tenemos capitán —La voz de la detective Mayo era profunda y cortante.

—Lo sé... —La mujer por una vez la miró con el rostro sin gesto alguno —Pero no tenemos nada. Ni pistas, ni testigos, ni avances... — Pamela se acercó a la mesa de Martin y miro a Lea a los ojos—, solo tenemos dos niñas muertas de forma brutal y salvaje, y una secuestrada que depende de nosotros que sobreviva o no... —Se cruzó de brazos ante la detective y ladeo la cabeza—. ¿Qué haría usted si estuviera en mi lugar? ¿Investigar en los lugares más recónditos del país, quedarse de brazos cruzados o llamar a la Unidad de investigación de Conducta del FBI y que sean ellos los que tomen las riendas del caso?

Absolutamente todos pillaron la pregunta, Lea incluida y entendieron la postura de la capitán.

No quería reconocer que no podían solos ni pedir ayuda, pero tampoco quería suicidarse ni personal ni profesionalmente, la respuesta estaba clara; ahora dependía de ellos la solución...

—Muy bien... —La detective se sentó en la silla que había ante su mesa y sin decir nada más cogió el auricular del teléfono y comenzó a buscar datos de información en el ordenador.

—Gracias detective. —Dijo la Capitán mientras sin descruzar los brazos, con la mirada baja —¿Y de las muñecas...? ¿Se descubrió algo más?

Todas las cabezas hicieron un gesto negativo

—Nada... —Martin revisaba unos folios de su carpeta—. Es de la misma colección que la anterior, consta en el mismo catalogo...Aun y así la tiene los de científica, supongo que en breve nos enviaran un informe con lo que ya sabemos.

Pamela afirmó con la cabeza blanca, lentamente. Sabía de sobras a que se refería el detective y solo pensarlo un escalofrió recorrió su menudo cuerpo, mientras se dirigía, de nuevo, a su despacho.

La detective no levantó la mirada, pero Martin si siguió con la suya a Pamela mientras se alejaba.

Parecía mentira, lo que, en unos días, había llegado a envejecer...

Estaba convencido de que ahora, más que nunca, aquella mujer lamentaba haber aceptado aquel cargo en aquel momento.

La investigación de “El coleccionista de muñecas” estaba siendo brutal e infructuosa y estaba seguro de que la capitán estaba sufriendo una presión descomunal de parte de los de arriba, de la prensa y de los ciudadanos.

Ya había dado, por lo menos dos ruedas de prensa, que él hubiera contado, una entrevista con el gobernador y decenas de reuniones con los jefazos. Aun y así ella se mantenía firme en su decisión de no dejar que nadie se entrometiera en su comisaria; algo de alabar, pero también una verdadera locura a aquellas alturas.

Cualquier ayuda, y se repitió mentalmente, cualquiera, seria gratificante y bien recibida.

Estaban agotados...

Se veía a la legua que todos necesitaban un tiempo, y descansar.

A alguien que les mostrara otras perspectivas para saber a qué se estaban enfrentando; porque, aunque ya algo sabían de aquella bestia, no era suficiente para atraparla.

Miró uno por uno a todos sus compañeros y por último a Lea.

Aun recordaba cómo se desmoronó una semana antes tras salir de casa de los Bryan y poco a poco todos acabarían de la misma forma si más de uno no se había derrumbado ya, aunque fuera en privado.

Aun dando vueltas a aquello que sabía a la larga pasaría factura a la investigación miró a su compañera de reojo, unos instantes y haciendo un gesto apenas imperceptible con la cabeza, se sentó en su silla para colaborar

en la que esperaba les fuera una tarea más fructuosa, que era la de buscar en otros estados a un tarado como el que estaba actuando en su ciudad.

Tras varias horas sin ningún resultado uno de sus compañeros anunció que se iba a comer.

Uno tras otro, todos fueron imitándole y en cuestión de cinco minutos Martin y Lea estaban solos en las oficinas, mientras a través de las cristaleras se podía percibir como la capitán comenzaba a recoger sus cosas y se encaminaba hacia la puerta.

—Deberían seguir el ejemplo de sus compañeros y tomarse un descanso para comer algo —su voz sonó apaciguadora y el detective se lo agradeció.

—Un par de llamadas más e iremos también.

Pamela no dijo nada. Se limitó a asentir y dibujar una débil sonrisa en su demacrado rostro que él, realmente le agradeció y correspondió.

Apenas si había salido por las puertas cuando la detective Mayo se enderezó en la silla estirando sus tensos y doloridos brazos.

—¿Te qué opinas? —miró a su compañero con los ojos entrecerrados y la cabeza moviéndose de un lado a otro en un intento de desentumecer su cuello.

Martin se puso de pie y en dos zancadas se había colocado tras su amiga poniéndole las manos en los hombros y comenzando a masajearle estos y parte del cuello.

Ninguno de los dos habló por unos segundos. Aquel gesto, aunque natural en ellos, en aquellos momentos los dejaron sin palabras. El calor que las manos de Martin emanaban hizo sentir a Lea aquel cosquilleo que la dejaba paralizada y con una sensación desconocida para ella en la boca del estómago. Sintió como poco a poco el calor subía de su cuello a su rostro; obligándola a tocarse este con las dos manos para comprobar que solo era una sensación y no una realidad.

Martin podía percibir la piel suave de Lea en las palmas de sus manos. Podía sentir el cosquilleo que se acumulaba en su estómago e incluso que parecía bajar a la parte baja de su cintura, pero no quería, ni podía parar.

Le gustaba aquel tacto, le gustaba el perfume de su piel; que sabía seguiría en sus manos durante el resto del día. Le gustaba el olor que emanaba su pelo castaño, recogido en un moño en lo alto de su nuca.

No quería pensar en ello, solo quería...

¡Joder! ¿Por qué esa premura ahora? ¿Por qué no podía controlarse desde que aquel caso empezó, en todo lo que a sus sentimientos por Lea se habían descontrolado...?

¿Qué demonios estaba sucediendo en su cabeza y en su...?

Un sonido, como si alguien carraspeará al fondo de las oficinas los devolvió al momento y lugar, pero ninguno de los dos se movió...

Se limitaron a mirar de donde y de quien provenía aquel y encontraron al doctor Pruitt mirándolos con una sonrisa burlona.

—Últimamente me da la sensación de que siempre que os encuentro interrumpo algo... —dijo al ver la mirada de la detective que de nuevo era tan asesina como unas noches antes, cuando los encontró en el local, al que por cierto Martín ya no volvió.

Martín rio.

Y Ryker se limitó a mirar fijamente a la mujer, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

—Vamos a comer —la detective Mayo se levantó, de golpe, dejando a su compañero con las manos levantadas; y cogiendo su chaqueta, sin mirar a ninguno de los dos hombres se encaminó a la puerta, pasando ante el forense con la barbilla levantada.

El doctor hizo un gesto con las manos, poniendo las palmas hacia afuera en señal de protección y mirando al compañero de la mujer que con un gesto de su cabeza quitó importancia a la reacción de Lea.

— ¿Qué le pasa hoy? —pregunto Ryker en voz baja cuando Martín llegó a su altura.

—No lleva bien el cambio de capitán... —fue todo cuanto el hombre dijo al respecto.

— ¡Os estoy oyendo...! —exclamó Lea desde el pasillo.

No hacía falta más...

Ryker Pruitt conocía la fama de Pamela Borges, conocía, sin necesidad de preguntar, todo lo que había y estaba sucediendo.

Que estuviera abajo, que fuera invisible para la mitad del cuerpo, a pesar de la importancia de su trabajo, era lo que lo convertía en el mejor confidente silencioso que los detectives podían encontrar.

Todos; y al decir todos era todos, hablaban en su sala entre ellos como si allí no hubiera nadie más. A veces olvidaban que, aunque estuviera rodeado de cadáveres, el sí estaba vivo, y podía ver y escuchar...

Y es que, a aquellas alturas, a pesar de su discreción ya sabía la tensión que aquel caso estaba causando en todos y como la nueva capitán estaba intentando navegar sobre una marea que quizás jamás consiguiera ser calmada.

Juntos, los dos hombres, salieron tras Lea y en silencio siguieron sus pasos hacia la salida.

Una buena comida que calmara sus estómagos y quizás, también, sus nervios que se veía a la legua estaban a flor de piel.

El doctor se rascó la nuca y sonrió para sus adentros mientras mirabas la espalda de la mujer.

Si, lo mejor sería que fueran a comer.

“TRES DÍAS DESPUÉS, EN EL ESTADO DE TEXAS...”

— ¡Alan! —El detective Etmont se acercó con rapidez al coche de su compañero con un papel en la mano y este cerró la puerta del vehículo tras de sí al ver el rostro descompuesto del hombre.

— ¿Qué sucede? —Alan Rossberd observó con curiosidad y el ceño fruncido a David mientras se acercaba a él a paso ligero y le hacía señas para que no se adentrara en su coche. Sus ojos verdes colmados ya de arrugas a los lados observaban el papel que el detective Etmont llevaba en las manos, y que, a juzgar por el rostro del hombre, era importante y se metió las llaves en el bolsillo de su tejano para cogerlo con ambas manos.

—Lee —dijo su compañero sin más mientras recuperaba el aliento.

Poco a poco el rostro del detective Rossberd se fue ensombreciendo.

— ¿Qué es esto? —preguntó con voz ronca—. ¿Cuándo llegó?

—Parece ser que hace cosa de un par de días...—Etmont agachó la cabeza en señal de vergüenza ajena. Sabía lo que aquello significaba; sabía, como todos los componentes del cuerpo, que era grave y no tenía perdón que hubiera quedado perdido entre el montón de notificaciones que se amontaban en la recepción.

— ¡Joder! —exclamó su compañero—. Esto es imperdonable — continuó en un vago intento por controlar el terror acompañado de enfado

que la noticia le había provocado.

Era una noticia que había revuelto recuerdos en el que ya creía olvidados.

Terribles y sangrientos recuerdos que jamás pensó fuera a revivir de nuevo.

Durante años las pesadillas dirigieron su vida y la de muchos de los que presenciaron aquel macabro hallazgo, aquello terminó el día en que les dieron captura. Estaban muertos, lo vio con sus propios ojos, él y todo el estado...

¿Qué coño estaba pasando?

— ¿Qué vamos a hacer? —Preguntó, visiblemente nervioso el otro detective

—Por ahora asegurarnos de que no es un error o una puñetera mera coincidencia... —Rossberd no podía dejar de releer una y otra vez las palabras que allí habían escritas y un terrible malestar se adueñó de su pecho y estomago provocándoles unas nauseas terribles.

Aquello debía ser un fallo, un simple malentendido o simplemente que alguien había llegado a conocer el caso y estaba imitando a aquel par de salvajes psicópatas...

¡Si!, se dijo mentalmente, aquella tenía que ser la respuesta; alguien los estaba imitando...

Con paso rápido y arrugando el papel entre sus manos se encaminó a la recepción y, impaciente, espero a que el agente uniformado que se encargaba de esta dejara de tomar los datos que estaba recibiendo telefónicamente y que al parecer eran para su capitán.

Resopló mientras pensaba en él, aquello debía saberlo, al fin y al cabo, también estuvo involucrado; él fue quien disparó la primera de las balas. Estaba allí...

Se canso de esperar y se encaminó al ascensor, siempre seguido de Etmont que entendiendo la situación decidió no preguntar absolutamente nada.

Cuando llegaron a la tercera planta Alan no habló, con el mismo ritmo en sus pisadas se fue derecho al despacho de Cohen y abrió la puerta de este sin avisar, soltando el papel sobre la mesa y mirándolo con los ojos entrecerrados y las manos en la cintura.

— ¿Qué es esto? —El hombre de pelo castaño y más de metro

ochenta estaba revisando su agenda cuando el folio cayó sobre ella. Miró a los dos detectives y por las facciones de sus rostros intuyó que no era nada bueno y comenzó a leer.

No le hizo falta terminar.

Se quitó las lentes y con los índices de ambas manos se masajeó el puente de la nariz.

— ¿Cuánto hace que lo enviaron? —No miraba a nadie, no quería abrir los ojos, ahora no...

—Parece ser que llegó hace cosa de un par de días... —explicó David de nuevo.

— ¿Os habéis puesto en contacto con ellos? —Albert Cohen tenía la voz temblorosa, y se decidió a levantar la mirada.

Necesitaba tiempo para digerir aquello si era lo que realmente pensaba.

Pero...

—Aun no, —Alan había tomado asiento y estaba con sus largas piernas cruzadas mirando a su jefe con el ceño fruncido.

El capitán resopló, hechó hacia atrás su espalda y cabeza y se amasó su lacio cabello.

—Llamad preguntado por los que lleven el caso y enteraros bien. —Levantó la mirada y continuo—, ya sé que no es nuestro estado, pero si tiene algo que ver con lo que paso aquí quiero saberlo, todo, hasta el último detalle... —en ningún momento levantó la voz, no hacía falta.

— ¿Y si es un imitador? —La voz de David apenas fue un susurro.

—Eso lo es seguro —Albert se enderezó y entrelazó sus dedos para que sobre ellos descansara su barbilla —Pero hay imitadores e imitadores hay...

No dijo nada más, los detectives se quedaron por un momento con la intención de preguntar, pero decidieron, tras unos segundos no hacerlo.

En silencio salieron de allí.

Y solo en ese momento el capitán Albert Cohen, agente uniformado en los años mil novecientos ochenta y uno hasta mil novecientos noventa, y héroe de su ciudad al ser el joven que disparó y dió muerte a uno de los más terribles asesinos en la historia de Dallas, suspiró y dejó que su barbilla temblara de emoción, y miedo, mientras unas pequeñas gotas rodaban por sus mejillas sin que lo intentara remediar...

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó David a Alan señalando la puerta con el pulgar y mirando a su compañero con el ceño levemente fruncido.

—Ya lo explicara cuando quiera —fue cuanto su compañero contestó, alzando los hombros y aun sabiendo que aquel hombre estaba no solo conmocionado si no también aterrado.

CAPITULO 11

“Dallas, Texas, Octubre 1980”

Ann llevaba prisa, como siempre...
—Voy tarde, voy tarde... —se lamentaba entre susurros y carreras que necesitaba ir pausando para no quedarse sin respiración.

Su sobrepeso le impedía correr más, pero quitando estos momentos en los que lamentaba su falta de velocidad, agilidad y como las piernas resentidas le decían, “Hasta aquí”, por mucho que se quejara en ellos, era feliz y no estaba dispuesta a todo aquello que sus amigas le decían debía hacer.

— “Mira de hacer dieta, o morirás de un ataque cardiaco” —le decían unas.

— “Deberías de comer menos, a veces pareces una cerda” —le decían otras...

— “Pfffffffff, a mí me gusta como soy” —contestaba siempre ella.

A excepción claro, se repitió, de momentos como aquél.

Miro su pequeño y dorado reloj de pulsera, regalo de aniversario de la empresa en la que trabajaba y se dio cuenta de que o iba más rápida o no llegaba.

Las cenas con los compañeros eran lo que tenían, todos llegaban puntuales, menos ella, que siempre sellaba la última; que si acababa un trabajo de fulanito, que si recogía las fotocopias de menganito...

Cuando ella llegaba ya todos estaban sentados y con el menú pedido. Pero aquello también le gustaba, sentirse útil era una especie de devoción que en su momento le había inculcado su abuela y que a pesar de los palos, fallos y años no había perdido.

Lástima que su padre no lo entendiera.

¿Qué esperaba que hiciera? ¿Qué dejara de trabajar solo porque él creía que se aprovechaban de ella y que se quedara en casa para que, eso precisamente, lo hiciera también él?

¡Pues claro que se aprovechaban, no era gilipollas!

Pero ¿Y que si ese era el caso?

Se sentía útil, valorada y cobraba un buen sueldo en comparación con

la escultural recepcionista o la menudilla de la correspondencia...

Sonreía sin darse cuenta incluso cuando abrió la puerta del restaurante y con esa sonrisa entro en él.

Justo ante ella, en la barra de acceso a la parte de los reservados, un chico la miró desde el preciso instante en que su cuerpo cruzo el alfeizar de la pesada y dorada puerta y por un momento, Ann, giro su rostro hacia atrás a ver si alguien más entraba con ella.

La sonrisa que llevaba se volvió una mueca de timidez e inconscientemente se aliso su abultado y rizado cabello oscuro.

Si la veía, como los demás, la sonrisa podría acabar convirtiéndose en llanto al ver el desagrado y la burla en su rostro y mirada.

Con la cabeza gacha, paso justo ante él, como si no lo hubiera siquiera visto, y a paso ligero entro en el reservado donde ya estaban todos sus compañeros.

— ¡Ya era hora! —fue cuanto le dijo Eva al sentarse en la silla que como siempre, desde que se hicieron compañeras y amigas hacía ya cuatro años, le tenía guardada y sin decir más le paso la carta del menú.

Un ruido distrajo la atención de Ann.

Su corazón comenzó a acelerarse y una fría sonrisa fluyo, imperceptible, mientras mirando a los ojos del joven que acababa de entrar se colocaba un mechón negro tras la oreja.

— ¿Quién es? —susurró a Eva mientras le tocaba el brazo con disimulo a la mujer.

Eva miro en la misma dirección que la joven y saludó con la mano al chico que unos instantes antes estaba de pie en la barra exterior y que ahora se hallaba sentado casi al final de la gran.

— ¿El guapo? —Ann asintió inconscientemente—. Efron no sé qué —Eva lo miraba y sentía el temblor de las piernas de su compañera bajo la mesa—. Es el amigo del hijo del jefe. Pero no te ilusiones —continuó, acercando su boca al oído de Ann—. Dicen que es gay.

La noche transcurrió entre conversaciones superfluas de las que Ann apenas era consciente; miradas perdidas y tímidas sonrisas que hicieron meya en el estado de ánimo de la joven.

Tres horas después, mientras se preparaba para pagar, sintió la presión de un dedo en su hombro.

—Hola... —La voz de Efron, profunda y sensual hizo que el corazón

de la muchacha comenzara a latir desenfrenadamente.

—Hola —su tímida sonrisa dibujo otra en el rostro marcado, moreno y bellissimo del muchacho, que la observaba con sus inmensos ojos azules, mientras se amasaba su negro y lacio cabello.

—No te había visto antes con estos locos —no dejaba de mirarla y Ann pensó que acabaría desmayándose de un momento a otro—. ¿Trabajas con ellos o eres amiga de...? —Bajó la mirada mientras hacía ruido con los dedos intentando recordar el nombre.

—Eva ... —Terminó por él.

— ¡Eso, Eva! —volvió a sonreír, esta vez de oreja a oreja mostrándole una dentadura perfecta y blanca.

—Las dos cosas —Ann se sentía cómoda y emocionada, aunque solo quisiera hablar ya era más de lo que cualquier otro chico haría con alguien como ella—. Trabajo en la empresa y Eva es mi mejor amiga.

Efron sonreía sin dejar de mirarla y recorrer su rostro con la mirada.

—Vaya, un dos por uno —dijo tras unos segundos.

—Diez con ochenta —La voz de la chica en la que estaba la máquina registradora y en la que llevaba un rato haciendo cola para poder irse, le hizo girar la mirada y sonrojar.

Seguramente la cajera estaba pensando, por la forma en que la miraba, que como podía alguien como él, hablar con alguien como ella y la idea de que fuera a ella a la que había entrado y con la que hubiera preferido conversar, de todos los que allí estaban presentes la hizo sentir bien.

Pago la cantidad justa e iba a preguntarle algo al chico guapo que seguía tras ella esperando para continuar la conversación cuando se lo pensó mejor.

Por una vez, y lamentándolo en lo más profundo de su ser, porque seguramente aquella iba a ser la primera y la última vez en que lo viera, o que un hombre de aquellas características le hablara si no era para pedirle fotocopias, decidió irse.

Sin más.

Sin despedirse.

Solo irse.

Y con paso rápido, mientras él se preparaba para entregar su tarjeta de crédito en el momento en que le tocara pagar, salió de la cola y se encamino a la puerta.

— ¡Oye! —escuchó su voz cuando cruzaba la salida, pero no se giró. Continúo caminando y cada vez el paso más rápido, más seguro. Mientras los ojos se le empañaban de frustración y rabia.

Era una cobarde, lo sabía.

Pero también era una gorda fea y alejarse de un hombre que la miraba como a una mujer y no como a un saco de patatas era una locura, pero era la mejor decisión que podría haber tomado.

No quería sufrir, no quería que un chico le gustara. No quería si quiera averiguar si hubiera sido recíproco.

—Gorda, estúpida y cobarde —susurraba en voz baja a medida que iba caminando, cada vez más deprisa. —Sucia y estúpida gorda cobarde...

Veinte minutos después estaba en su coche, y quince más tarde entrando por la puerta de su casa.

Se oía el sonido del televisor, mezclado con los ronquidos de su padre y sonrió.

Él era el único hombre que jamás le haría llorar y que siempre la cuidaría.

¿Para qué buscar más si lo único que iba a conseguir era que le partieran el corazón como hizo Lewis?

Se dirigió a la sala de estar, apago el aparato; cogió una manta de las que había confeccionado su madre antes de fallecer y tapo al hombre de pelo canoso y medidas gigantescas que resoplaba como si no hubiera un mañana, con ella.

Antes de la media noche ya estaba durmiendo.

Aun sentía el dolor de la vara con la que su padre le había pegado en la espalda...

La sensación de quemazón y el intenso dolor eran a medida que pasaba el tiempo más soportable que cuando todo empezó, pero debía reconocer que en aquellos momentos era cuando el odio hacia él y hacia los genes que le había aportado se hacía más intenso.

Aún no había empezado con el pequeño, y esperaba que jamás lo hiciera, con él ya había sido suficiente.

Eso y que tocara a su hermana o a su madre sería lo único que le llevaría a hacer aquello que tanto deseaba hacerle y que para desfogarse había

comenzado a hacerle a ellas.

La rabia iba consumiéndolo a medida que recordaba cada palabra que le había dicho y cada palo que le había dado.

Ahora tendría que esperar si quería volver a verla y tener algún tipo de contacto con ella para llegar a su propósito.

— “maldito mamón...” —se dijo mentalmente mientras caminaba hacía la furgoneta para irse a trabajar. Agotado y dolorido no sabía hasta donde podría llegar aquel día y las reses había que marcarlas, y llevarlas a pastar...

¡Asco de vida...!

¡Mierda de vida...!

Si se hubiera ido...

Si no hubiera sido un perfecto hijo de puta como él y no le gustara lo que hacía ...

Con mucho esfuerzo entro en el asiento del conductor y vio como desde la puerta del granero, le miraba, sonriendo y con la vara, de nuevo en la mano.

Si el muy cabrón se pensaba que iba a esperar o que se le iba a cercar siquiera para que volviera a meterle es que era más imbécil de lo que pensaba.

La relación con su padre era caótica y visceral.

Una relación admiración-odio. Juntos compartían momentos de excitación, de placer, de adrenalina. La pasión por la sangre, por torturarlas, matarlas y recrearse en ello una y otra vez los unió, aunque al principio el no quisiera. Pero descubrió que le gustaba; que se excitaba y lo necesitaba cada vez más.

No se asustó cuando lo supo. El ya sabía que eran iguales.

Y de la misma forma había un odio recíproco, visceral que aún hacía que los momentos que compartían fueran más intensos y demoniacos.

Lo miró, de frente, sin apartar la mirada y la sonrisa de él fue aún más sádica, más...

Si ella no se hubiera ido ahora estarían haciendo aquello que les ponía cachondos a ambos y no se hubiera llevado una paliza.

Pero la gorda se fue.

Huyo de él como si de un leproso se tratara y aunque no quisiera admitirlo le gusto y mucho.

Era la más fea, la más gorda y no babeo por él, ni se dejó camelar a pesar de que ninguna tía buena se había, jamás, resistido.

Aquello le gusto, sí.

Ann era diferente a las demás... Y quería volverla a ver.

Era la primera vez que realmente quería ver a una mujer y no por que quisiera follársela o destrozarla; no porque su padre la hubiera elegido.

Quería verla porque Ann, la gorda Ann era...

Hizo un gesto con la cabeza como queriendo que los pensamientos que le venían a la cabeza se esfumaran y sonrió solo de pensar en las gilipolleces que por su mente estaban pasando.

Era la próxima.

Ya lo había decidido padre y en eso era en lo único que tenía que pensar. Tenía que ir preparado para arrastrarla si fuese necesario hasta allí.

Esa era suya, él se lo había prometido.

A esta se la podría follar, podría obligarle a que se la chupara y hacerle todo lo que le viniera en gana y padre grabaría.

Con ella el sería el que tuviera el poder por una vez. Tenía que encontrarla y conquistarla. Si, encima, la enamoraba que sufriera en sus manos ya sería el sumun del placer y la lujuria.

El ver sus ojos fuera de las orbitas al ver como se iba acercando a ella con el cuchillo y le rajaba su obsceno rostro. Sus suplicas de clemencia. Sus jadeos mientras fueran follada por todos los agujeros de su cuerpo en lo que le apeteciera metérsela. Su boca y su lengua al chupársela convencida de que si le hacia todo lo que él le pidiera iba dejarla vivir... Sentía como cada partícula de su piel se erizaba ante la imagen que ya tenía nítida en su mente y todo lo que su imaginación le descubría. Las cosas que le podría llegar a hacer antes del golpe final. Antes de que, como las otras, se desangrara lentamente y sus ojos se fueran poniendo opacos; su piel blanca mientras su cuerpo lividecía ante la muerte que poco a poco la iba poseyendo. Para finalmente oír los gorgoteos de su último intento por pedir clemencia mientras en lugar de palabras expulsaba su propia sangre y su último aliento escapando de su boca.

Rio mientras se lo imaginaba.

Iba a estar de puta madre, estaba seguro.

El enseñaría al maestro como se hacía de verdad. Como se sodomizaba, torturaba y mataba a una mujer.

Tantos años mirando e imaginando le habían dado para mucho aprendizaje.

Solo que él sería mejor.

El sí conseguiría ser recordado para los anales de la historia...

“La gorda Ann será mía” canturreaba mentalmente una y otra vez mientras se carcajeaba de su propia ocurrencia y sentía como la bragueta del tejano, justo donde tenía la polla se ponía grande y dura.

¡Joder se estaba poniendo cachondo!

Ahora sí que estaba convencido de que lo que le haría a ella seria especial...

CAPITULO 12

“Boston, 2017”

El sudor que la envolvía era helado. Los temblores sacudían su cuerpo, pero por más que lo intentaba, por más que su subconsciente suplicaba a su mente que la sacara de allí, que la despertara de aquella pesadilla, no podía abrir los parpados.

Su melena rubia e inmensamente larga se movía de un lado a otro, al compás de su cabeza que hacía lo mismo con energía.

Sabía que era un sueño, estaba segura.

¿Entonces por qué no podía salir de él?

Necesitaba a mama. ¿La estaba llamando?

¿Por qué no la llamaba?, ella la sacaría de allí; le limpiaría las lágrimas le acunaría y consolaría...

Pero cuando lo quiso volver a intentar su voz no se escuchaba.

¡La había perdido!

Aquello la hizo llorar aún más si cabía.

Se puso la mano en el cuello. ¿Lo hacía de verdad o también lo estaba soñando?

Cada vez el frío era más y más intenso.

Escuchaba el ruido... Aquel ruido que tanto miedo le provocaba...

No venía del salón ahora estaba segura, Venía de afuera, del exterior, del granero...

Necesitaba despertar...

¿Por qué no podía?

¿Por qué solo oía llorar y gritos? ¿O era ella?

Se tocó las mejillas con la mano que tenía libre, la misma con la que se había cubierto el cuello cuando se dio cuenta de que no tenía voz y sintió, como a pesar de estar aterrorizada y necesitar que ella viniera a abrazarla; a pesar de estar a oscuras y con la única compañía de su muñeca, sus mejillas seguían secas y frías.

Tan frías como el hielo que madre usaba para enfriar las botellas de lo que padre bebía.

Entonces...

¿Aquellos llantos y gemidos tan fuertes venían de afuera?

Se levantó a cerrar la ventana, así no escucharía nada.

Pero las tenía dentro, dentro de sus orejas, de su cabeza...

—Por favor, por favor...— suplico en voz muy baja para que nadie la escuchara mientras levantaba su rostro pálido y ojeroso al cielo —Déjame despertar...

El sonido de la alarma de su teléfono móvil hizo que sus parpados se abrieran de golpe y su cuerpo, como cada mañana se enderezo, una vez más, como si en su columna tuviera acoplado un muelle.

—Mierda —suspiró al no encontrar ni una sola lata de cerveza cerca de ella, mientras se rascaba la coronilla y enredaba más su castaña melena—. Puta pesadilla de los cojones —murmuró.

Sentía su corazón aun acelerado, su pulso tambaleante y su cuerpo helado incluso sabiendo que la calefacción estaba a tope.

Se froto los brazos con energía intentando entrar en un calor que sabía no era culpa del ambiente de la habitación y lentamente comenzó a desperezarse.

La cerveza...

Necesitaba el puñetero líquido para ser una persona que pudiera levantarse con normalidad y comenzar el día sin volverse loca ni matar a nadie...

Tenía un serio problema con el alcohol, estaba asimilado, pero como le importaba una mierda...

Al cabo de unos minutos le pudo la ansiedad y se levantó de un salto de la cama para ir a su nevera y hurgar en busca de lo único que le hacía olvidar aquellos sueños que la perseguían una y otra vez y a los que ahora, encima se les había unido la puta muñeca.

Algo tenía que significar. ¿No?

¿Pero el que?

Pasaba de calentarse la cabeza tan temprano. Ya no tenía la voluntad de antaño y lo sabía.

Todo lo que estaba sucediéndole estaba haciendo meya en ella. El caso; el suicidio de Sloan, Martin...

¡Dios, Martin!

¿Qué coño le estaba pasando con su compañero?

Estaba claro que se sentía sola, si no la explicación era inexistente.

Un buen polvo, eso era lo que necesitaba y creía saber con quién podría tenerlo.

El la miraba con deseo, ella se había dado cuenta. También sabía que no quería ataduras ni compromisos, estaba buenísimo y lo tenía a dos plantas de distancia.

Invitaría a Ryker a salir, a ver si así se le pasaba el calentón...

Sonriendo se hecho la lata helada a los labios, terminándosela de un buche; y silbando se encaminó a la ducha.

Media hora después completamente repuesta en todos los sentidos salió de casa camino a la jefatura mientras seguía dándole vueltas a como entrarle a su forense favorito. ¿Qué mejor que un amigo para que le echara una mano o algo más...?

Cuando llego a la puerta de entrada no eran ni las siete de la mañana.

—Gracias a Dios... —suspiró al ver que aún no había periodistas ni furgonetas de la prensa por los alrededores.

La situación había momentos que realmente les colapsaba, pero lo que si había era un vehículo desconocido en su zona de aparcamiento... Maldijo cagándose en todos los muertos del gilipollas que le hubiera ocupado el sitio y con mucho cabreo busco otro lugar libre en el que dejar su coche.

Cuando lo encontró, casi al momento respiró.

De buena se había librado quien fuera que había tenido la gran idea de aparcar en el que había sido su sitio desde hacía años.

Cogió su bolsa, su chaqueta y salió del coche.

A paso lento paso por detrás del coche desconocido deteniéndose para observarlo con detenimiento y entonces se fijó en la matrícula.

No era local, era mas no era ni del estado. Era de Dallas, Texas...

Un mohín se formó inconsciente en su rostro y una sensación incomoda en la boca de su estómago.

¿Qué hacia un coche tejano en la puerta de la comisaria?

Aceleró el paso y ni siquiera se molestó en esperar el ascensor. A zancadas subió los escalones y casi sin aliento apareció por la puerta de las oficinas buscando con la mirada a algún desconocido que pudiera pulular por allí.

Martin ya estaba sentado en su mesa y su mirada estaba fija en las cristaleras del despacho de Pamela Borges. Sus manos entrelazadas y cubriendo sus labios, su ceño fruncido y su rostro a marmolado, pensativo...

Algo estaba pasando...

Siguió la mirada de su compañero y vio unas enormes espaldas a través de los cristales.

-¿Quién es? —preguntó en voz baja.

El hombre dio un pequeño respingo al sentir el sonido de su voz, pero no contestó. Sólo hizo un gesto con la cabeza y ladeó la cabeza.

—La capitán nos está esperando —Dijo tras unos instantes.

Lea afirmó con la cabeza y se dirigió a su mesa, dejó sus cosas y se aliso la blusa.

¿Por qué tenía aquella sensación incomoda aun?

¿Por qué tenía el presentimiento de, no solo que algo no iba bien, sino que algo iba a suceder?

¿Tendría, aquella visita, algo que ver con el caso del coleccionista?

¿Y si así era, porque nadie le o les había advertido de que iban a tener visita o ayuda?

Dándole vueltas a todo aquello se acercó a su compañero y le guiño un ojo.

— ¿Vamos a...? —sonrió mientras se pasaba un dedo por la garganta en un intento de hacer algún tipo de broma, pero que, a Martin aun imperturbable, no le hizo gracia ninguna.

Lea suspiró.

Definitivamente aquello estaba cambiando a la gente y la idea de que uno fuera él le preocupó; pero ya tendría tiempo de hablar con él, al menos así lo esperaba...

El detective se levantó despacio y con cara de preocupación.

¿Qué pintaba allí aquel tipo?

Que tenía que ver con el caso, lo supuso nada más verlo entrar al despacho de Borges. Sabía algo o quizás sólo se había desplazado hasta allí para hablar sobre él.

Consejeros, altos cargos... ¡Hasta al gobernador había recibido allí!

El que por cierto les había agradecido a todos su labor y había intentado, en vano, dar ánimos al equipo.

Pero la angustia y el dolor por el hecho de que la pequeña Katie aun no hubiera aparecido y que todos estuvieran convencidos de que era el sádico aquel el que la retenía, era algo que ningún mensaje de fuerza o ánimo, ninguna felicitación por los intentos y ninguna botella de alcohol podía

apaciguar...

No se sentía con fuerzas para hablar, menos desde que la capitán le dijo tras unos minutos hablando con el desconocido, que seguro era policía como ellos, (los reconocía a la legua por mucho vaquero, gorro de cowboy y botas altas que llevara...), que en cuanto Mayo llegara entraran con premura, sin esperar un minuto.

No estaba seguro si era quien venía a ayudar o a molestar.

O quizás tuviera que ver con las llamadas y los mails enviados buscando patrones similares en otros estados...

Fuera lo que fuere estaba preocupado y no únicamente por él...

¿Por qué desplazarse tantos kilómetros?

Lo que fuera bien podía ser respondido de la misma forma en que fue solicitado, ¿no?

Se paso la mano por su cabello canoso ante la atenta mirada de su compañera, que denotaba en sus ojos la sincera preocupación que todo aquello estaba causando en su estado y salud...

“Por lo menos el no utilizaba la botella para soportarlo”, se dijo mentalmente al sentir en la misma mirada un deje de reproche por estar dejándose llevar por todos los sucesos que se iban sucediendo desde que aquello comenzó; y con un movimiento brusco apartó aquel comentario de su cabeza.

No era justo.

Lea no solo tenía problemas por causa de aquel caso, hacía tiempo que el alcohol formaba parte de su día a día, y aunque no supiera los motivos, no podía, ni siquiera mentalmente, reprochar nada a aquella mujer.

No.

Ella no lo merecía...

Sonrió levemente para evitar que Lea siguiera mirándolo de aquella forma y respiro hondo.

—Vamos —dijo cuando ya estaba a su altura.

Sin llamar entraron al despacho de la capitán Pamela Borges.

La sensación que había acompañado a Lea, desde que viera el coche desconocido, se hizo más intensa si cabía cuando aquel hombre de más de metro ochenta y cabello ralo se la quedo mirando fijamente y con un descaro que molestó a ambos detectives y del que incluso la mujer sentada al otro lado de la mesa se dio cuenta, obligándola a carraspear para detener en parte

la terrible tensión que comenzó a respirarse en el ambiente.

—Les presento al detective Alan Rossberd de la oficina del sheriff de la ciudad de Dallas en el Estado de Texas.

— ¿Perdone? —el aludido la interrumpió sin apartar la vista de Lea Mayo mientras entrecerraba los ojos y señalaba a esta con su índice—. ¿Usted y yo no nos conocemos?

La pregunta pilló a todos los presentes por sorpresa, y Lea, por un momento quedo sin habla.

—Lo dudo —la mujer intentó recomponerse de la sorpresa, pero la sensación de incomodidad apenas se lo permitió. —Jamás viaje a su ciudad...

— ¿Seguro?

Martin miraba a uno y otro, al igual que la capitán, boquiabiertos.

—Se lo puedo garantizar...—Lea insistió al ver que el hombre continuaba mirándola con insistencia; no soportaba aquellos inquisitivos ojos sobre ella. ¿Qué coño le pasaba a aquel tío?

Alan finalmente decidió aceptar lo que la detective Mayo decía. Realmente parecía sincera y bueno, podía perfectamente ser que fuera él quien se estaba confundiendo...

Con un encogimiento de hombros que denotaba que desistía de continuar aquella conversación se acercó a ambos y les dio la mano.

—Perdónenme —su voz denotaba cansancio mal llevado —Esto es algo que realmente nos está afectando a todos y estamos no solo anonadados sino, también, cansados. Aparte muchas horas de viaje, etc....

Los detectives Mayo y Wyse hicieron un gesto de comprensión con sus rostros y cabezas y tomaron asiento.

—Bien... —Pamela decidió continuar, exactamente, donde la habían interrumpido—, continuemos pues. —Acomodando su cuerpo en el respaldo del sillón que sustituía al que Sloan utilizó en vida se ajustó las lentes y cruzó los brazos a la altura del pecho—. El detective Rossberd está aquí por el caso del coleccionista. Intuyo que lo habrán imaginado. —Miró a ambos detectives que seguían en silencio y siguió—. Quizás lo mejor es que Alan —Miró al hombre esperando su aceptación al tratarle por su nombre de pila; este sonrió levemente—, les explique... —Sin mirar al hombre directamente le señaló con la mano abierta y la palma de esta hacía arriba.

Alan Rossberd se acomodó en la silla cruzo sus piernas y levantó la vista hacia el cielo.

El frío aquella madrugada de noviembre era crudo. Si a eso le añadíamos el terrible viento que se había levantado y que, de nuevo, había comenzado a nevar tras unos días en los que, parecía, la nieve se había tomado un leve descanso, cabía decir que hacía un maldito tiempo de perros...

Tom terminó su jornada y se encaminó al bosque cercano al río Mystic para beberse unas cuantas latas de cerveza antes de llegar a casa.

La parienta no le dejaba beber desde el último chequeo médico, y bueno, si en casa no podía... Ella en ningún momento dijo que en la calle tampoco.

Sonrió ante su ataque de rebeldía, como un adolescente cuando debe esconderse para fumar; con la diferencia de que él ya era un hombre de más de cincuenta años, con hijos universitarios y un nieto en camino...

Miró la lata de cerveza con detenimiento. A lo mejor hubiera sido más sano comprárselas sin alcohol o light, como las llamaban ahora. ¿Pero qué coño de cerveza sería esa? El líquido de cebada o era cerveza o no lo era, lo demás... Pamplinas para sacar más dinero a los pobres trabajadores como él.

Continuó observando la lata y tras lo que a cualquiera le hubiese parecido un momento de reflexión con el consecuente arrepentimiento por esta desobedeciendo a su médico y a Lorna, soltó una carcajada y se acercó la lata a los labios.

Tras tragar como si no hubiera un mañana, un fuerte eructo salió de su boca y volvió a reír.

Llevaba unos minutos de reposo antes de echarle mano a la siguiente lata cuando las ganas de mear causadas por el líquido ingerido comenzaron a presionar su vejiga.

Joder, con el frío que hacía iba a salir a abrirse la bragueta y soltar el chorro la puta madre del imbécil que había comido la cabeza a su mujer y por culpa del cual ahora se veía teniendo que beber en la calle...

Pero tras unos minutos oponiendo resistencia acabo cediendo.

O salía y meaba o acabaría haciéndoselo encima...

Se subió la cremallera del enorme chaquetón de plumas hasta más arriba de la nariz, se colocó el gorro hasta las orejas y con resignación abrió la puerta del vehículo.

La primera ráfaga de viento casi lo devuelve al interior del

todoterreno. Sabía que, hacia tempestad, pero parecía que en el rato que llevaba allí había empeorado...

Con mucho esfuerzo debido a la nieve del suelo, la protección que apenas le dejaba los ojos al aire, el temporal y los copos que le impedían ver con claridad por donde estaba caminando intentó llegar a algún árbol o arbusto en el que poder bajarse, tranquilamente la cremallera, sin andar preocupándose por si algún conductor veía su gordo culo.

Las manos por delante, los pies pisando con cautela...

Aquello parecía más una película de esas de terror que su hijo ponía en el ordenador que la simple historia de un pobre desgraciado que tras una larga jornada de trabajo tenía que realizar todos aquellos esfuerzos malabares para mear tras tomarse unas cervezas de mierda...

A pesar de todo... ¡Tropezó!

—Putra rama de mierda... —gruñó al verse en el suelo, boca abajo.

Intentó ponerse de pie apoyando las manos en el suelo cubierto de nieve y helado, pero había algo en este y su mano se posó en lo que fuera en lugar de en los copos blancos.

A tientas quiso averiguar sobre que tenía medio cuerpo apoyado. No parecía ser la rama con la que el imaginaba haber golpeado su pie haciéndole caer...

Si la tempestad no fuera tan terriblemente fuerte...

Aun y así intento fijar la vista y poco a poco consiguió dilucidar un bulto de un tenue color azulado.

Aunque lo que fuera estaba casi, por completo cubierto de nieve si consiguió palpar lo que parecían cabellos finos; y con sus dedos, fijando cada vez más sus pupilas, bajo sin dejar de palpar...

Un estremecimiento le recorrió al darse cuenta de que lo que estaba tocando parecía una cara.

— ¿Algún gilipollas dejó un maniquí en medio del bosque? —se preguntó en voz alta para ahuyentar cualquier sentimiento de terror que pudiera, siquiera, hacer atisbo de aparecer.

Los faros de su furgoneta encendidos apenas alumbraban el bulto y sus manos, y por más que intentaba fijar la vista, apenas si podía discernir, entre sombras, lo que parecía tener delante.

Cuando sus manos tocaron lo que parecía un corte y al seguir palpando y profundizar en este, lo que parecía una dentadura su cuerpo

reacciono, mecánica y abruptamente, dando un respingo hacia atrás y cayendo de espaldas a pocos metros de las luces que en el morro de su coche brillaban. Su corazón latía con tanta fuerza que creía le iba a dar un paro cardíaco allí mismo; mientras todo su vello se erizaba y un terrible sudor frío le recorría la frente.

¡Aquello no era plástico, no era un maniquí! ¡Era un cuerpo humano!

La sensación de que le faltaba el aire se apoderó de su cuerpo, obligándole a hiperventilar.

Estirado en el suelo boca arriba comenzó a retroceder huyendo de aquello que tenía ante él, aquello que había tocado y que había palpado...

Cuando su espalda tocó el morro de su furgoneta se apoyó en ella, aun costándole respirar y se miró las manos, que, aunque no parecían manchadas él sentía como si lo estuvieran e intentó pensar, a pesar del terror que sentía...

Necesitaba ayuda, necesitaba que alguien le ayudara...

Sin dejar de mirar el bulto que ya sabía era una persona se fue enderezando poco a poco y a tientas, sin querer darle la espalda rodeó su coche hasta la puerta del conductor.

Abrió la puerta y la luz del interior se encendió, permitiendo que viera su teléfono móvil casi instantáneamente. Lo cogió con manos temblorosas y con mucho esfuerzo debido a los mismos temblores, marcó el número de la policía.

—Emergencias de la policía, ¿dígame? —respondió al otro lado una voz femenina

Tom solo jadeaba...

Las palabras parecían no querer salir de su boca y por un momento estuvo tentado de colgar. ¿Y si le echaban a él las culpas, y si creían que lo había hecho él...?

La mujer al otro lado de la línea habló, mientras Tom solo gimoteaba.

—Hay un cuerpo... —comenzó tras unos instantes.

—¿Un cuerpo? ¿Y puede decirme quién es?

—No... —lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y el gimoteo dio paso al llanto—. Esta tirado, en la nieve, me caí encima, lo toque y estaba frío y seguí tocando y note sus dientes —Hablaban tan deprisa que la mujer de emergencias apenas tenía tiempo de apuntar lo que Tom iba diciendo.

—A ver señor...

—Tom, me llamo Tom...

—Bien Tom... —la mujer se dio cuenta de que estaba nervioso y llorando e intento calmarlo —Dígame donde esta...

Tras unos minutos en lo que Tom entre gimoteos, respiración rápida y sollozos consiguió dar, aproximadamente, su ubicación la mujer volvió a intentar tranquilizarlo para que la espera de los coches patrulla se le hiciera menos angustiada.

—Cuénteme Tom... —su voz suave y pausada llegaba a través de la línea como la de cualquier amiga que te consuela en un momento trágico y Tom comenzó a sentir que poco a poco la respiración se le normalizaba, aunque no podía parar de llorar.

Las preguntas de la mujer eran simples y le fue fácil contestarlas una a una

“¿Ha tocado algo?, ¿Sabe aproximadamente que hora era cuando tropezó con el cuerpo?, ¿A podido ver algo o a alguien cerca antes de encontrar el cuerpo?...

Poco a poco, pregunta a pregunta las lágrimas del hombre y los temblores también fueron remitiendo.

Apenas veinte minutos después Tom pudo escuchar como las sirenas de los coches se estaban acercando y respiro...

CAPITULO 13

“Boston, 2017”

Cuando Lea vio el rostro de su capitana a través de las cristaleras, creyó que el mundo se le caía a los pies...

Aquella palidez, aquella mirada acristalada, aquella mudez en sus facciones...

Todo solo podía significar una cosa y sabía que nada buena.

Katie Glass había aparecido.

Martin la miraba también, y su rostro se tornó de color ceniciento mientras unas tremendas ganas de vomitar le sacudían la boca del estómago.

No hizo falta que Pamela saliera de su despacho ni que abriera la boca.

Cuando los miro, tras colgar, también a través del espejo, ambos detectives ya se estaban levantando y la miraron a ella.

Un solo gesto afirmativo entre las dos mujeres bastó para saber que había que hacer.

Lea se topó con un compañero que subía de recepción portando en un insignificante papel blanco el lugar al que tenían que ir y corriendo salieron de la oficina.

Pamela Borges apoyó su espalda en el respaldo del sillón echando hacia atrás la cabeza, también.

Entrelazó sus dedos y permitió que las lágrimas corrieran por sus mejillas a pesar de saber que cualquiera que mirara podría verla; pero estaba segura de que en aquellos momentos todos y cada uno de los componentes de su plantilla estaban igual que ella o incluso muchos peor.

Quizás después de aquello comenzara a entender un poco más a su antecesor...

Quizás ahora se sintiera tan inútil e impotente cómo se sintió él al no haber podido salvarla...

Pero de una cosa si estaba segura, con lo que ahora sabían tras haber hablado con el detective Rossberd, y después de haber conseguido que reabrieran el caso, y se lo cedieran ahora a ella, por ser en su jurisdicción donde ese hijo de puta estaba actuando, ella lo iba a atrapar, y no solo eso, iba

a conseguir que lo juzgaran allí, en Boston y que no volviera a ver jamás la luz del sol...

Si hacía falta estaba dispuesta a pulsar el botón que cerraría los muros de su jaula e ir a ver, año tras año como se podría en ella...

Cerró los ojos y se acarició las sienes con los índices.

Ahora quedaba la terrible tarea de comunicárselo a sus familiares y de llevarlos a identificar un cuerpo profanado, torturado, desfigurado...

Estaba convencida que iba a ser difícil y muy doloroso...

Por un momento deseó no ser ella quien tuviera que llevar esa carga; pero el día que tomó posesión del cargo se hizo responsable no solo ante sus superiores y ella misma, sino ante los padres de Katie y del resto de las víctimas. Y como tal era su labor y obligación dar no únicamente las buenas noticias, sino también las malas.

Por desgracia, hasta aquel momento solo éstas habían imperado en aquella investigación...

Intento dejar de pensar por unos minutos. Mantener la mente en blanco para prepararse al momento en que le llamaran para confirmar lo que ya todos sabían: que el cuerpo encontrado en la nieve, en medio de la terrible tempestad era el de Katie Glass y que la mano que la había llevado a aquel lugar y había terminado con su joven vida, de la forma más brutal jamás conocida por ella en todos sus años de ejercicio, era la del asesino apodado “El coleccionista de muñecas”.

Necesitaba la mente relajada...

Necesitaba salir de allí, no haber llegado nunca...

¡Dios!

¿Ahí se les decía a unos padres que su hija había sido asesinada de aquella forma? ¿Cómo se les consolaba?

— ¡Maldita sea mi suerte! —exclamó para sí misma—. Maldito hijo de puta...

La tempestad apenas les permitió ver con claridad el camino, aun y así en menos de media hora ya estaba en el lugar en que se había encontrado el cuerpo.

Salieron del coche con los cuellos de los abrigos alzados y miraron, ambos, a su alrededor.

Un coche, con los faros encendidos y la puerta del conductor abierta iluminaba la espalda del doctor Pruitt y algún otro oficial.

En uno de los coches de la policía había otro oficial hablando con un hombre de mediana edad cubierto con una manta y con un vaso humeante en sus temblorosas manos, y mientras, casi una decena de científicos. Vestidos con monos blancos iban levantando una especie de carpa sobre el cuerpo y aislando la zona donde podrían necesitar investigar, que ya habían llenado de enormes focos para poder ver y distinguir con claridad a que se debían a tener.

La tempestad, pareció que lentamente se iba relajando.

Puede que en un par de horas ya no quedara nada de esta, pero en aquellos momentos por débil que se estuviera volviendo, aunque hacia breves minutos a ellos apenas les permitiera ver, seguía siendo una tempestad y mejor proteger todo el lugar antes de que pudieran perder más pistas de las que seguramente ya se habían perdido...

—Ryker... —Martin saludo al hombre con una leve palmada en el brazo.

Estaba, al igual que el resto de los hombres que por allí pululaban, cubierto de un traje blanco, pero sin la parte de la cabeza.

—Martin, Mayo... —el forense suspiró, más que saludó.

— ¿Es ella? —Lea no pudo evitar preguntarlo a lo que Ryker se limitó a afirmar con la cabeza—. Maldito Hijo de la gran Puta... —Exclamó la detective entre dientes.

Nadie volvió a decir nada, durante unos minutos se limitaron a ver como la científica trabajaba y como cubrían toda la zona para preservar cualquier indicio

—No servirá de mucho —se lamentó el doctor Pruitt—. La tempestad, el hombre que cayó sobre ella, la tocó —resopló echándose su oscuro flequillo hacia atrás—. Esta zona está contaminada, cualquier prueba que podamos encontrar, cualquier huella. Todo lo vamos a tener que cotejar decenas de veces...—Dio una patada al suelo y bajo la vista a este, contemplando su blanco manto de nieve y murmurando más para sí que para los detectives que allí lo escuchaban—. Estúpido borracho, lo ha jodido todo...

Lea y Martin no contestaron.

Entendían su frustración perfectamente, ellos se sentían igual.

— ¿Ha aparecido la...?

—No —Ryker sabia de sobras a que se refería y su compañero también—. Imagino que el testigo al caer la empujaría, o que la tormenta la arrastro a algunos metros de ella.

—La nieve la ha cubierto... —Miró a Lea a los ojos fijamente—. Aparecerá esto es cosa de él y no estaría completa su obra sin la muñeca...

La mujer se limitó a asentir.

Pruitt tenía razón.

Aquel asesino era demasiado listo, detallista y vanidoso como para dejarse algo que no le diera o que hiciera dudar sobre la autoría de aquella monstruosidad.

Así eran los psicópatas y así era “El coleccionista de muñecas” ...

Tras unos minutos en los que el frío había calado a través de la ropa en su cuerpo, la detective Mayo comenzó a frotarse las manos con energía.

— ¿Falta mucho para que todo esté terminado de montar? —preguntó sin dejar de mirar como los hombres vestidos de blanco continuaban su labor.

La tempestad ya se había calmado casi del todo y con las luces que enfocaban el lugar, el suelo y la carpa se comenzaron a discernir detalles que a la vista de cualquier otro pasarían inadvertidos, pero no a los ojos de Lea.

Huellas de neumáticos que estaba segura no eran ni de los coches policiales, ni del coche del testigo. Pisadas que bien podían ser de todos los que por allí andaban pero que se adentraban en el bosque y no en círculo...

Aquel trabajo parecía de lo más chapucero...

En los otros lugares nada encontraron que no fuera el cuerpo, la muñeca y la purpurina sobre la niña, pero en este.

Podría ser que la tempestad hubiera jugado en su contra, pero si ya la había cuando decidió deshacerse del cuerpo... ¿Por qué no esperar a que parara?

¿Tanta prisa le corría dejar a Katie allí?

¿Sería posible que ya se hubiera encaprichado de otra niña, o es que pensaba irse, desaparecer...?

Si era lo segundo debía ser que estaba asustado, temeroso de que finalmente lo encontraran.

Y si era lo primero sería mejor que la capitán diera una rueda de prensa inmediatamente alertando a todas las familias con hijas de la edad de las víctimas, a la comunidad para que fijara un toque de queda...

¡Dios que locura!

Miro el perfil de Martin... Anna era de la edad de aquellas niñas, es más Anna y ellas habían estudiado juntas...

Recordó la tarde en casa de los padres de Julia... El padre insinuó que sabía algo que iría a contarlo, pero no llegó a ir...

La señora Bryan estaba desde aquella misma noche ingresada y el hombre no se quiso separar ni un momento de ella.

Cuando hablaron con la capitán, pidiendo permiso para ir a verlo ellos a él, la muy... No le dio importancia alguna aludiendo que solo fue una forma educada de echarlos de su casa.

Pero ella no estaba tan segura.

Estaba convencida de que les faltaba una pieza en aquel puzle macabro y que el señor Bryan podía tener, al menos, una pista para desentrañar la clave de por qué ellas; bueno eso lo intuía las conocía y ellas a quien fuera, si no hubieran gritado, corrido... Algo para huir de un desconocido, pero de alguien en quien confías... Sabía que lo que debía desentrañar era de que. Es decir que habían hecho todas juntas que pudiera unir las al asesino...

¿Y si quizás?

“No”, se dijo moviendo de un lado a otro la cabeza sin dejar de observar el rostro impertérrito de su compañero, que probablemente estaba pensando, como ella, en su hija.

Pero...

—Todo terminado —La voz de uno de los científicos vestidos de blanco la extrajo de sus pensamientos devolviéndola a la realidad, no sin antes apuntarse mentalmente que le importaba una mierda lo que dijera la Pamela Borges de los cojones; nadie podía impedirle que hiciera una visita en un hospital a una convaleciente a la que conocía, y ya de paso preguntar a su marido como se encontraba y si había algo que le pudiera contar.

Con cautela y pasos lentos los dos detectives siguieron a Ryker al interior de la carpa.

La niña continuaba en el suelo, nada se había movido para preservar el lugar y el cuerpo, pero, por caridad, le habían cubierto cuerpo y rostro con una funda que no permitiera que su estado cambiara ni que estuviera a la vista de todos.

Cuando Ryker terminó el estado de los tres era lamentable.

Una terrible mezcla entre rabia, dolor e impotencia parecía haberse acomodado en sus mentes y cuerpos.

El frío se hizo más potente si cabía calándoles aún más profundamente, llegándoles al interior, al alma...

—Creo que necesito una copa, ¿Os apuntáis?

Martin primero hizo un gesto negativo con la cabeza, pero a la que Lea contestó que sí, se sintió obligado a aceptar el también.

No estaba muy seguro si dar la respuesta afirmativa había sido cosa de celos, la necesidad de cuidarla o simplemente la costumbre.

Pero sin darse cuenta había dicho que sí.

—No necesito un hermano mayor, ni un padre... —Lea lo observaba fijamente y a pesar del frío el detective Wyse sintió como el calor y el color se apoderaban de su cuello y rostro.

El hombre dio gracias a Dios por que los focos no le alumbraran y en la penumbra de la noche ninguno de los dos se hubiera dado cuenta

—Lo sé... pero soy tu amigo y me apetece tomarme una cerveza contigo.

Lea sintió una sensación de malestar.

Se había propuesto llevarse a Ryker a la cama, y aunque acababan de encontrar y ver el cuerpo de la pequeña Katie asesinada, Aunque aquel no era momento para fiestas ni celebraciones, ella más que nunca necesitaba emborracharse y follar; y Martin acabaría estropeándolo todo...

Pero ¿Cómo negarse?

Tras unos segundos Lea levanto los hombros y se limitó a un “Vale” que hizo sonreír al forense y agachar la cabeza a Martin.

Llevaban una hora en la mesa del bar, sentados, y Lea ya había pedido cuatro jarras de cerveza.

Martin la miraba preocupado y Ryker divertido mientras la mujer hacía un gran esfuerzo por hablar sin balbucear.

—Esto se veía venir... —comenzó mientras levantaba la mano para que la camarera la viera y le trajera la quinta—. Pero ¿qué pasa?, que no se nos deja hacer nuestro trabajo... —Los dos hombres se arrellanaron en sus asientos, uno a cada lado de la detective y se cruzaron de piernas—. ¿Qué mierda os pasa, estáis sincronizados o algo? —les dijo, cuando vio como a la

vez habían tenido el mismo gesto, mirando a uno y a otro con la cabeza ladeada—. El otro día, sin ir más lejos... —Miró a su compañero que no paraba de observarla con cara de circunstancias—. Cuando llegó el detective tejano... —Miró a Martin que se limitó a fruncir el ceño, mientras Ryker descruzaba las piernas y se adelantaba para escucharla con más atención—. Que, por cierto, te fuimos a ver y no estabas —miraba al forense con los ojos entrecerrados—, tuvimos que hablar con ese ayudante tuyo...

—Cooper... —la interrumpió el forense algo decepcionado porque no recordara el nombre de su compañero, a pesar de llevar solo un par de meses menos que él en las oficinas forenses y de haber trabajado juntos. Pero, enseguida, le restó importancia achacándolo a lo ebria que estaba.

—Bueno, pues Cooper... —continuó Lea molesta porque la hubieran interrumpido y por qué pareciera que el hecho le divirtiera—. Lo que te decía era que vino el detective tejano ese, y nos contó la historia de unos asesinos en serie que cometieron hechos muy similares a los que está haciendo este cabrón asesino de niñas... —Martin se enderezó incómodo. A lo mejor se estaba excediendo en contar lo que habían hablado con el detective Rossberd en privado... Por mucha confianza que tuvieran quizás debiera haber pedido permiso a Borges, primero... Antes de difundir nada—. Por allá, por los ochenta, pero a esto los mataron, y no mataban niñas tan jóvenes, les gustaban más mayorcitas; además mato a su mujer y se dice que a sus dos hijos pequeños también...

— ¿Pero que le paso a ese tío?; menudo tarado...

Ryker iba a preguntar algo, la curiosidad lo estaba matando, pero Lea se había callado de golpe y su rostro estaba tomando un tono rojizo mientras parecían venirle fuertes espasmos

— ¡Joder va a potar! —exclamó Martín al verla. El forense comenzó a reír de buena gana, pero el detective no parecía encontrarlo tan gracioso—. Voy a por el coche...

Acababa de salir por la puerta cuando se dio cuenta de que las náuseas de la detective parecían haberse calmado un poco

— ¿Cómo estás? —El doctor Pruitt se acercó a su rostro y en ese momento la mujer lo miro fijamente y pasándole una mano por la nuca acerco sus labios a los de él y lo beso.

El forense no se resistió, al contrario, jugó con su lengua y mordisqueo sus labios. Pero cuando ella retiro su rostro el cogió la mano que

le rodeaba el cuello y la puso sobre la mesa.

—Follame Ryker —susurró ella con su rostro aún muy pegado al de él. —Se que te gusto, veo como me miras —volvió a decir mientras su aliento templado y con olor a cerveza penetraba en la piel y nariz de él.

El hombre sonrió sin decir nada y mirándola fijamente, repasando su rostro con detenimiento y lujuria en sus pupilas.

—No podemos follar Lea... —susurró finalmente —Estas muy borracha. No sabes lo que estás diciendo.

— ¿Por? —la mujer aun cerca del ladeo la cabeza y frunció el ceño —. ¿Eres gay o algo? —preguntó sin más, a lo que el hombre echó para atrás su cabeza sin poder dejar de reír, no sin antes haberla mirado con una expresión que ella no supo definir en aquel momento—. ¿De qué te ríes? — La detective Mayo parecía realmente ofendida por lo que le pareció un rechazo en toda regla y que es se riera no hizo más que empeorar su sentimiento de vergüenza y decepción.

—De nada, de nada —Ryker parecía no poder parar de reír y eso molesto más a la mujer si cabía, por lo que tambaleante se levantó, arrastrando con la manga de su chaqueta todo lo que había sobre la mesa y perdiendo el equilibrio.

Ryker se levantó con rapidez, justo a tiempo para sujetarla por la espalda y justo a tiempo para que Martin que entraba por la puerta corriera a ayudarlo levantándola por debajo del brazo.

—Ayúdame a llevarla al coche, anda —resopló el detective Wyse mientras caminaba con dificultad por el peso muerto que ella ejercía mientras el forense intentaba cogerla del otro lado. El frio de la calle le dio una bofetada en el rostro nada más cruzar la puerta, cosa que pareció espabilarla algo, pero su compañero sabio que no lo suficiente. Entre los dos la arrastraron al lado del copiloto y maniobraron para sentarla y atarle el cinturón.

—Gracias tío... —Martin miraba a Lea mientras hablaba al doctor—. La llevare a casa y que duerma la mona

—Ok —respondió Pruitt sin más y agazapándose para abrochar el cinturón de seguridad a la mujer—. Es a él a quien debes decírselo, estáis locos los dos... —susurro al oído de la detective que incluso en la semiinconsciencia había escuchado y entendido perfectamente y que volteo la cabeza de golpe para mirarlo como si estuviera loco.

Ryker se levantó, cerró la puerta del coche y se despidió con la mano cuando este comenzó a alejarse.

—Menudos dos gilipollas —se dijo en voz baja.

Moviendo la cabeza de un lado a otro y sonriendo volvió a entrar en el local.

—Joder Lea. —Martin apenas podía arrastrar de ella. Realmente había quedado KO, un peso muerto.

Suspiró, por lo menos aquella noche no había vomitado, y no perdería mucho tiempo en dejarla e irse a casa. Tenía ganas de llegar a casa.

Y más cuando sabía lo que sentía por su compañera. Lo sabía de sobras, no era un chiquillo. Pero, Lea Mayo era un caso perdido. Mejor dicho, no había caso, directamente.

Ella era una mujer con problemas que no dejaba que nadie la ayudara a resolverlos, ni que nadie entrara en su vida. Ella quería sexo, y punto. Ni complicaciones, ni romances ni gilipollecés y él. Bueno, él aun creía en el amor.

Y aunque quería estar con ella, aquella noche tenía tantas ganas de volver a casa.

Ann estaría acostada, pero por lo menos la vería, abrazaría y besaría. Dios, su niña se hacía mayor deprisa y él se lo estaba perdiendo.

Lea se revolvió en sus brazos. Agarrándola con fuerza para evitar que diera con sus huesos en el frío suelo de aquel baño, la miró con detenimiento. Más bien sus ojos fueron a detenerse en sus labios. Después, inconscientemente, aquella lineal abertura de la camisa que vestía captó toda su atención. Ella, y el exuberante canalillo que se abría paso entre la aterciopelada piel de sus senos.

La sensación de humedad que asedió la pernera de su pantalón lo devolvió a aquel momento.

—¡Mierda! —Resopló malhumorado.

La intento incorporar recta contra la pared del pasillo, pero ella solo se dejaba caer.

—Me cago en la puta. ¡Joder Mayo! —Exclamó cuando esta vez lo que le había vomitado era la camisa.

Ya estaba hasta los cojones.

Cada vez que ella bebía él, como un imbécil, la limpiaba, cuidaba y demás. Tenía que madurar, joder. Por eso aquella noche le iba a enseñar que no se podía pillar aquellos pedos y mucho menos vomitarle, de la forma en la que la que lo había hecho esa vez, encima a tus compañeros sin acabar bien escarmentada.

Arrastras, la llevo hasta el cuarto de baño, intento meterla en la ducha y sujetarla, pero era imposible que desde aquella posición él pudiera conseguir que se mantuviera erguida.

Finalmente decidió entrar con ella.

Suerte que aquella ducha era lo suficientemente amplia para poder manejarse con semejante peso.

Seguramente acabaría empapado junto con ella, pero cualquier cosa era mejor que ir apestando a vomito y alcohol rancio.

Respiró hondo.

Quizá cuando ella sintiera el agua fría recorrer su cuerpo, despertaría del letargo en el que estaba sumida. Y por descontado, le montaría una bien gorda. De eso estaba seguro. Pero tenía que despertarla. Necesitaba despejarla y hablar con ella, ahora, en aquel momento. Cuando estaba reciente su estado de embriaguez y el cabreo que lo estaba atormentando.

Joder, estaba cansado. Cansado y harto.

No de ser su compañero, no de ella, sino de cómo poco a poco se estaba envenenando, encerrándose en sí misma a la vez que se autodestruía.

Le dolía ver como mandaba su vida a la mierda sin que él pudiera hacer nada para salvarla.

A medida que iba pensando en ello, a medida que cada vez le daba más vueltas a las locuras y gilipolleces de su compañera. El ser una buena policia no le daba carta blanca para ser una mujer sin empatía, sin medida.

Una puta borracha es lo que era, en eso se había convertido. Pero no solo eso. Estaba destrozando su vida e iba a acabar destrozando su carrera.

Tras unos minutos observándola, allí dentro de la bañera, bajo el grifo, borracha, sin apenas sentido, toda cubierta de su propio vómito. La furia comenzó a apoderarse de él.

Si por él fuera, precisamente no la bañaría de agua helada. Si por él fuera, le daría unos buenos azotes y después la encerraría en un lugar en el que la ayudaran. Lejos de toda aquella mierda que la atormentaba, incluso lejos de él.

La volvió a mirar.

Sus ojos ahora cerrados, su pelo brillante, sus labios...

Hizo un gesto con la cabeza de negación.

Lo mejor sería abrir ya el grifo y de paso mojarse el también. Así que tomó posición junto a ella en la ducha.

El chorro de agua comenzó a caer con fuerza y la sensación de agua helada aun fue más intensa por lo que enseguida Lea reaccionó a este. Se revolvió, intento cubrirse con las manos, pero cualquier esfuerzo por evitar el agua resultó en vano. El detective Wyse la sujetaba de los brazos con fuerza contra la pared, y su cuerpo, alto y empapado, cubría la única salida hacia el exterior de la ducha.

—Para ya, joder —protestó Martin incrementando la fuerza con la que la sujetaba.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Lea en un vano intento de huida cuando sintió como Martin le quitaba la camisa sucia que vestía—. Suéltame joder. ¡Qué me sueltes!

—Deja de moverte, Mayo. No me lo pongas más difícil —replicó el detective mientras, con un morbo casi enfermizo y el pulso acelerado por la cercanía de Lea, continuó desvestiéndola. —Apesta.

—No, no joder. No...

Todo intento de Mayo de deshacerse de su compañero fue en vano. Indiscutiblemente él era más fuerte que ella y precisamente no se lo estaba poniendo fácil. Así que lo mejor fue dejarlo hacer.

El detective ante la entregada pasividad que Lea había asumido, y manteniéndola erguida en todo un acto de destreza, la despojó de su pantalón dejándola semidesnuda ante sus ojos, a escasos centímetros de él. Motivo por el cual debía actuar con cuidado, porque si se descuidaba, sería delatado por la considerable erección que ya presentaba su entrepierna.

—¿Contento? —Farfulló Lea tratando de apartar el agua de su rostro, así como algún que otro mechón de cabello.

—No. Ahora quiero que te enjabones. Apesta a vómito Mayo. Yo mismo apesto —le dijo alargando la mano derecha para tomar el desgastado jabón que reposaba en la repisa que se encontraba a su derecha—. Toma.

Lea clavó sus ojos en él.

—Y... Por qué no mejor me enjabonas tú —diciendo esto, Lea se giró dándole la espalda a la vez que se despojaba del sujetador—. ¿A qué

esperas?

Lejos de amedrentarse, Martin alimentó su perversión acortando la distancia que los separaba.

Contemplándola en silencio, subiendo su mirada desde sus pies hasta sus piernas, sus ojos se detuvieron en sus nalgas.

—¡Basta de tonterías! Dúchate, y hazlo rápido. —No debía caer en su juego—. Tenemos que hablar —gruñó.

—Vale, vale. No hace falta que te pongas así. Solo estaba bromeando.

—No estoy precisamente para bromas.

—Está bien. Ahora cierra la mampara y vete —dijo ella tapándose los senos totalmente avergonzada una vez lo enfrentó.

Se miraron en silencio.

—¿Sabes que te ves muy sexy, así, mojado?

Wyse apartó los cabellos de su cara enfrentándola, a ella y a su desnudez.

—No estoy para gilipollecés Mayo.

—Solo te digo que te ves muy sexy así. Nada más.

Sin tan siquiera pensarlo, Lea acertó distancia y tomándolo de la cintura lo besó en el cuello.

—No me hagas esto... —la voz de Martin sonó débil.

—Sé muy bien que odias que haga esto, pero no puedo evitarlo. Te deseo. —Su voz sonaba tan sensual—. Quiero que me folles.

Con los ojos cerrados, Lea lo besó en la boca.

El agua que recorría sus cuerpos era el único testigo mudo y el efímero muro que los separaba.

Martin gimió aferrándose al cuerpo de la mujer que tenía frente a él, la misma que lo estaba volviendo loco, la que solo con su cercanía lo excitaba. La que había logrado que su instinto animal emanara desde lo más profundo de su ser.

—Solo es solo sexo —recitó ella a los pies de su boca.

¿Cabía la posibilidad de que fuera solo sexo? ¿Dónde quedaba ese sentimiento entrecortado que hacía tiempo que sentía por ella?

—Soy tu compañero. Esto no está bien. Nada bien. —Le dijo apartándose de ella.

—No, no te vayas —lo volvió a besar.

—Comportarte Mayo.

Trató de apartarla sin éxito.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Vale, pero rápido.

—Martin —pronunció melosamente mientras le sujetaba la cara—. ¿Me deseas? —El tono de su voz aun presentaba el perjuicio de la bebida ingerida.

—No.

—Venga... No seas así de capullo conmigo.

Completamente cegada por la excitación que él provoca en ella, Lea ya estaba más que dispuesta a seguir hasta el final—. Fóllame.

—¡No Mayo, no! —Recitó su compañero en una renuncia que sonó a nada.

—Venga. ¿Me vas a decir que no lo estás deseando tanto como yo? —Le dijo a los pies de su boca mientras que le pasaba ambas manos por su fornido pecho.

—Para Lea, para...

—Mmmm... Parece que algo aquí ha crecido —el cuerpo del detective se sacudió cuando la mano de ella se aferró a su elevada masculinidad.

Tenía que ser el alcohol el que hablaba por su boca. Y a pesar de ello, de encontrarse medianamente perjudicada, este parece que le había conferido la facultad de ser quien tenía situación controlada.

—Esto no está bien —rezó a modo de mantra.

—Obviamente —le dijo mientras le obligaba a bajar su mano desde la espalda hasta su trasero donde la afianzó.

—¡Eh, ya vale! —No, no se valía. Ella quería mucho más de él.

—Acércate. Venga, no te alejes —con saña, la detective Mayo se aferró al trasero de su compañero mientras su boca, ansiosa hacía lo propio—. Así, quédate así...

Wyse se encontró completamente seducido, y con la respiración acelerada, como sus ganas por ella, deslizó sus manos por su costado hasta alcanzar sus firmes senos.

Ya no tenían control, lo perdió en el instante en el que la dejó hacer y su pantalón dio a parar a sus pies. Donde el agua fría formaba anillos antes de desaparecer por el desagüe.

En un despliegue de deseo, el detective abrió completamente las palmas de sus manos sin llegar a abarcar toda la superficie de aquellos majestuosos senos. Los que masajeara y apretaba cerrando sus dedos entorno a ellos, al igual que hicieron segundos después al atrapar sus pezones.

—Sí, sí, así.... Apriétame los pezones así, así...

Joder, estaba cachondo como un perro.

—Sí, sí. Agárramelas así...

—¿Así?

—Sí. Ahh, dios —gimió Mayo apretando los labios contra los de su compañero, quien parecía haber comenzado a bajar la guardia.

—¡Martin! ¡Cómo estás! —Diciendo esto, apostó sus manos en los lados del bóxer húmedo que tuvo el mismo fin que sus pantalones.

—Espera, espera. Déjame a mí —le solicitó nervioso. Los mismos nervios que para nada facilitaron, dada la elevada erección que atesoraba, la caída de su bóxer.

—¡Joder Wyse, se te ha puesto enorme! —Sus palabras acompañaron a sus manos—. Te confieso que más de una vez te he mirado el paquete, pero nunca he imaginado que la tuvieras tan, grande. —Las manos de ella recorrieron sin descanso todo lo largo de su erección—. ¿Te gusta que te la chupen? ¿Así? —Dijo agachándose en la ducha para comenzar a lamerle la polla—. ¿Te gusta que te la chupe así?

El bajó la mirada.

Ante sus ojos, el delicioso espectáculo de ver como su polla entraba y salía de la boca de Lea, le robó más de un gemido.

—¡Joder, Mayo! Uummm...

—¿Te gusta?

—Sí... Mmmm...

Borracha o no, Mayo sabía cómo utilizar su lengua. Y borracha o no, le estaba haciendo la mejor mamada de su vida.

A punto de correrse, la detuvo. Necesitaba entrar en ella, sentirla. Quería follársela como ella ansiaba que lo hiciera.

—Levanta —le ordenó.

Apenas hubo queja por parte de quien se vio atrapada entre la fría pared de azulejos y el ardiente cuerpo del hombre que, con mano ágil, asaltó la tibia y sedosa intimidad de su sexo. El mismo hombre que le abrió las piernas y adentró toda la dureza de su verga en ella de una sola vez.

—¿Te gusta? —Aquella pregunta fue toda una insinuación de intenciones.

—Mucho...

Minutos después, Lea comenzó a gemir de placer, a exigir más de Martin. Hasta que llegó el momento en que exclamó con voz entrecortada:

—Voy a correrme detective Wyse. Ahh...

—Hazlo —musitó él entregándose por completo. Pero aquello solo había sido el preámbulo de sus deseos por ella.

Tomándola entre sus brazos, desnudo como estaba y aún con la polla totalmente erecta, la llevó su cama donde la tiró

Su intención no era otra que la de continuar con lo que iniciaron en la ducha.

La sonrisa que se hallaba impresa en su boca, ligeramente torcida hacia la izquierda, instó una concisa demanda que ella asumió abriéndose de piernas para él.

—Todo tuyo. —Una invitación imposible de rechazar.

Martin trepó por sus piernas, acopló su sudoroso y aun palpitante cuerpo entre ellas, para segundos después, ungió con su boca su dulce coño.

—Sí, oh sí. No pares, no pares. ¡Aaaaaahhhh...!

Entregados el uno al otro, el tiempo parecía haberse detenido a su alrededor.

Violentemente, ella se corrió en boca.

Embriagado por aquel salino néctar, Wyse, haciendo caso omiso al desgaste que su cuerpo ya atesoraba, y una vez tomó las medidas oportunas, fue un paso más adelante.

Despacio, sin prisas, comenzó a metérsela.

Su ya dilatada abertura, recibió su polla con comprimida saciedad. La que acreditaba la forma en la que lo apesaba cada vez que se hundía en ella. Cada vez con más fuerza, con la misma violencia que ella demandaba. Hasta que, tras un dilatado suspiro ahogado, todo concluyó en un sonoro clímax. El más sonoro de los que recordaban.

Después, todo quedó en silencio.

CAPITULO 14

“Dallas, Texas, enero 1981”

— ¿Cuándo conoceré a tu familia? —Efron miraba los ojos de Ann mientras con las manos cruzadas sobre su pecho apoyaba la barbilla en estas.

—Efron... —Ann lo miraba con los ojos llenos de amor, exactamente igual a como él la miraba a ella—. Ya te dije que mi padre es muy conservador y desconfiado...

—Ya llevamos dos meses saliendo, nena... —El muchacho entrecerró sus ojos inmensamente azules consiguiendo que el corazón de la mujer latiera con más fuerza aún—. ¿Cuánto tiempo necesita ese hombre para querer conocer al novio de su hija?

— ¿Somos novios? —Ann enderezó un poco su cuerpo, tumbado sobre la cama de la pensión en la que se encontraban desde que comenzaron su relación y le miro con los ojos brillantes y húmedos.

—Pues claro...—Efron se enderezó, también, un poco preocupado de que ella no se sintiera igual con respecto a la relación de ambos, y le beso los labios con dulzura—. Bueno... Si, ¿No? —Parecía tener miedo a estar equivocado, a que ella no lo viera de la misma manera.

Y pensar que...

No quiso ni pensarlo. Ahora no...Solo quería disfrutar aquellos momentos, aquel momento con ella al máximo.

Abrazarla, besarla, hacerle el amor...

Dios... ¿En qué momento se enamoró?

Si padre se enteraba los mataría a los dos, pero a ella le haría todo lo que les habían hecho a las otras...

¿Qué mierda había estado haciendo?

¿Qué mierda le había pasado para no querer seguir haciéndolo? ¿Para no querer entregarle a Ann a su padre?

Miro su rostro sonrojado y sonrió.

Era la mujer más increíble, inteligente, divertida y sincera que había conocido jamás. Era el amor de su vida...

Y pensar que hacía apenas unos meses atrás su único pensamiento era como torturarla y hacerle pagar por su indiferencia la noche de la cena, y que

ahora lo único que quería era pasar el resto de su vida a su lado, lejos de allí, lejos de todo, lejos de su padre...

Necesitaba convencerla, hacerle ver que no necesitaba el permiso de su padre para huir con el pero que si era lo que ella quería estaba dispuesto a conocer a aquel hombre que y convencerlo el mismo.

Ann se había tumbado de nuevo y sus grandes pero perfectos pechos se movían al unísono al ritmo de su respiración.

Apoyo el rostro en ellos para escuchar el latido de su corazón y sintió como el suyo danzaba a la par.

Había sido...

Había sido una locura...

Una locura maravillosa y deliciosa.

Aun recordaba el primer beso que le dio, como esperaba, con este, conquistarla y llevarla a su terreno y como el que había sido atrapado, sin remedio había sido él.

La primera vez que hicieron el amor, apenas dos semanas antes, su cuerpo blanco y suave entre sus brazos, sus gemidos de placer, su primer te quiero...

Nadie antes lo habían querido.

Bueno madre sí, claro, pero nunca otra mujer.

Solo habían querido sexo fácil, con él. Sexo con un tío musculoso, de ojos azules y pelo negro.

Ya el primer día se habían dejado manosear y llevárselas a padre le había resultado facilísimo. Ni un ápice de mala conciencia...

Disfruto cada momento de dolor, de tortura, de agonía.

Un velo de tristeza se puso en su mirada

— ¿Está todo bien? —Ann lo miraba preocupada.

Por un momento quiso confesar, descargar toda su culpa y limpiarse ante ella, pero el miedo lo evito.

Él era un monstruo y ella lo odiaría para el resto de su vida y lo alejaría de su lado.

Solo de imaginar el terror en sus ojos, la repulsión en su rostro se le venía el mundo encima.

Se había enamorado, ¡Dios y como!, de aquella muchachita gruesa de larga y frondosa melena oscura; Sus ojos serenos le transmitían paz, ternura y lo miraban como si fuera el único y más maravilloso hombre sobre la capa de

la tierra; sus labios...Sus labios lo volvían loco, como recorrían cada milímetro de su maltrecho y apalizado cuerpo, sin preguntar, sin querer saber más; solo curándole cada golpe, cada cicatriz...

—Todo bien amor —respondió finalmente tras acariciarle con ternura la mejilla.

Ann, cogió su mano y la acerco a sus labios para besarle la palma.

El la miraba con aquellos inmensos ojos azules que la capturaron desde el primer momento y la muchacha sintió como el corazón se le aceleraba y un cosquilleo le bajaba desde la boca del estómago hasta mucho más debajo de su cintura.

Intento cerrar las piernas para que él no se diera cuenta de que con solo mirarla conseguía humedecerla, pero el cuerpo de Efron no se lo permitió.

El rostro de Ann comenzó a sonrojarse y mientras continuaba besándole la mano, el reverso del brazo, el bíceps el noto, al tocar sin querer con el codo su vagina como esta se había mojado y sonrió.

No una sonrisa sádica, ni maliciosa; si no una sonrisa tierna mientras la miraba con pasión.

Se enderezó hasta su rostro y con la punta de la nariz jugueteo con sus labios, para después buscarlos con su boca y comenzar a mordisqueárselos suavemente.

En cuestión de segundos los mordiscos dieron paso a la lengua y los besos apasionados hasta que Efron comenzó a besarle la barbilla, el cuello, el pecho, los pezones, el abdomen y bajo a su pelvis.

Ann ya no podía más, se retorció de placer y gimiendo su nombre con cada roce de sus labios, con cada caricia con sus manos ásperas de tanto trabajar, poniéndolo a él cada vez más y más cachondo, excitándolo hasta un punto insufrible; pero quería hacerla gozar, lo necesitaba más que gozar él y eso era algo que le encantaba y le aceleraba las pulsaciones.

Bajo hasta su vagina y comenzó a jugar, con su lengua, en el clítoris de Ann haciéndola gemir más y más y poniéndolo a él más y más caliente

—Fóllame —susurró levantándole el rostro con ambas manos cuando creyó que iba a explotar de placer y el obediente, con calma y dulzura la penetro.

Sin dejar de mirarla a los ojos la llevo al clímax mientras él llegaba

con ella y empapado en sudor y extasiado, a la vez que agotado se dejó caer sobre ella mientras con la lengua acariciaba su blanco y suave cuello, relamiendo las gotas de sudor que le recorrían por este en dirección al pecho.

Tras unos minutos sin hablar, solo respirando jadeantes se durmieron.

—Maldito hijo de puta... —se dijo mientras lo veía salir del edificio cogido de la mano de ella.

Dio una patada a la lata que había tirado instantes antes y maldijo en voz baja.

Ese gilipollas no había aprendido ninguna de las lecciones que él le había intentado inculcar.

Por más varas que le rompiera en la espalda seguía siendo un gilipollas que lo retaba y aquello, él no se lo iba a permitir...

La gorda la quería para él, se lo había dejado bien claro.

¡Aquella puta gorda era suya! ¿Y que había hecho él? Apropiársela, follársela y no compartirla...

Chasqueo la lengua un par de veces en señal de negación mientras movía la cabeza con la mirada en el suelo.

Menudo mamonazo de mierda...

Su desafío le iba a costar caro, les iba a costar caro a los dos.

Si a palos no aprendía, aprendería de otra forma; una forma más vergonzosa y dolorosa.

Pero de él no se cachondeaba nadie. A él, no le llevaba la contraria nadie.

El muy imbécil era como su madre...

A ella también le tuvo que dar un par de lecciones para que aprendiera quien mandaba allí y, sinceramente, creía que él ya había tomado nota, pero estaba claro que no.

Bueno eso se solucionaba.

Resoplo con fuerza.

Mira que encoñarse de la puta gorda...

No se podía haber liado con cualquier otra, no tenía que haber sido con la que él le pidió que le llevara. Tenía que ser con la que él quería culminar su trabajo antes de retirarse una temporada...

Ya le extrañaba que a pesar de las palizas siempre tuviera una excusa

para no cumplir con su obligación; ya decía el que era raro que a esta no hubiera conseguido camelársela...

Menos mal que se veía venir las cosas a la legua y que sabía distinguir perfectamente cuando alguno de los suyos le estaba mintiendo.

Por eso lo había seguido aquella tarde. Por qué vio con que primor se arreglaba y dudaba que fuera para ir a cerrar a las vacas.

Soltó una carcajada y escupió.

La saliva marrón, con olor a tabaco fue a parar justo delante de la punta de su pie y por un momento fijo la mirada en ella.

Que terrible decepción...

Que desagradable todo aquel asunto...

Qué bien se lo iba a pasar castigándolo por su gran error...

Asomó un poco la cabeza, intentando no ser descubierto, por detrás del gran árbol que presidía la plaza en la que se había apostado para vigilar donde y con quien se iba a ver su hijo, su vergüenza y los observo entrar en la camioneta de él.

Seguramente la acompañaría a su casa.

No le hacía falta seguirlos, sabía de sobras de donde era Ann, a donde iba y que hacía con su vida.

Antes de que el acabara sucumbiendo, a vete tú a saber que, la había estado vigilando largo tiempo y manteniéndolo informado de todo.

Tal vez ese había sido su error, dar por sentado que con ella el muy imbécil sería igual de imparcial que con las otras.

Pero bueno, está claro que no pensó.

Cuando la furgoneta salió del aparcamiento se volvió y descansó todo su cuerpo en el ancho y alto tronco mientras dirigía su mirada al cielo y volvía a maldecir.

Una y otra vez se imaginó de qué formas joderlo, cuál de ellas podría ser la más destructiva para darle un buen golpe y dejarle bien claro por enésima vez en aquellas semanas que eran solo suyas; todas y cada una de ellas era y serian, siempre, solo suyas.

Maldito mocoso...

¡Qué bien se lo iba a pasar, joder!

Se frotó las manos y se dirigió a su propio auto, silbando.

¿Ahí había escuchado aquella melodía?

Bueno ya lo recordaría... Ahora tenía cosas que comprar para el gran

momento.

CAPITULO 15

“Boston, 2017”

Esta vez no fue una pesadilla, ni la alarma de su teléfono móvil; ni siquiera las ganas de echarse un trago, lo que la despertó, sino unos fuertes brazos que rodeaban su cuerpo desnudo...

Se giro en la cama lentamente, con cuidado de no despertarle y puso su rostro delante de el de él.

Mientras lo observaba no pudo evitar que su boca dibujara una sonrisa en su rostro recordando lo sucedido la noche anterior.

Lo había estado deseando durante tanto tiempo...

Por mucho que su cerebro hubiera negado lo evidente. Por mucho que ambos se hubieran resistido durante años; y por más que había intentado saciar su deseo con otros incluido el amigo de ambos, finalmente había sucumbido a él.

Lo había disfrutado como jamás, lo había deseado como una loca y curiosamente no estaba para nada arrepentida, al revés. Pero ¿Y él?

Ya podía imaginarse el discurso que en cuanto abriera los ojos iba a soltar sobre lo mal que estaba aquello, que eran compañeros, que algo de aquella magnitud les podía costar el puesto, etc., etc., etc.

Su sonrisa aún se hizo más amplia solo de pensarlo.

Coloco ambas manos sobre la almohada y su mejilla encima de estas y lo miro aún más detenidamente.

Se había dado cuenta, de sobras, de lo que sentía por él, ya no era una niña.

Ahora estaba convencida.

Ya podía entender todas las preguntas, que las sensaciones causadas durante aquellos meses cada vez que él se le acercaba, habían asaltado su cabeza.

Ahora tenía claro porque creía flotar cada vez que él la tocaba.

En cualquier otro momento hubiera gritado, maldecido y negado lo evidente una y otra vez; pero viendo su rostro allí, tan cerca de ella no pudo más que suspirar y agradecer a lo que fuera que había arriba, que le hubiera dado el valor necesario la noche anterior.

Probablemente los sentimientos de Martin fueran otros, y él sí maldijera y gritara, pero ella no quería hacerlo ya.

Se alegraba de haberse quitado aquel resquemor, y se alegraba más aun de haber averiguado que no estaba loca, que no era la necesidad de sexo lo que le hacía sentir aquel calor cuando sus manos le rozaban, se alegraba, a pesar de haber creído siempre que si aquello le pasaba a ella iba a pegarse un tiro, de saber que lo que le pasaba era que lo amaba...

Con la misma cautela con la que se había girado sacó un brazo, aprisionado por los suyos y acercó su mano al rostro de Martin para acariciarlo, pero tal y como la acercó la retiró. A lo mejor si lo tocaba lo despertaba y quería tenerlo siempre allí, a su lado, con sus cuerpos desnudos pegados el uno al otro un poco más.

Pasó sus ojos por su cabello rizado y canoso, para bajar a sus ancas cejas que enmarcaban aquellos enormes ojos oscuros ahora cerrados y cubiertos de unas inmensas pestañas... Su nariz, ancha; su rostro cuadriculado, como forjado a piedra; sus labios gruesos y aquel hoyuelo de la barbilla del que tantas veces se había reído y que incluso con las facciones descansadas tanto se le marcaba.

Los años no habían pasado en balde, para ninguno, claro, pero a él los años lo habían maltratado levemente. Ella en cambio... El estrés, el alcohol, la falta de sueño la habían avejentado y la diferencia de edad apenas era ya visible, por no decir que era ella la que a pesar de las canas de Martin parecía la mayor.

Respiró hondo y volvió a armarse de valor.

Quería tocarlo. El tener sus cuerpos juntos no era desde aquel momento, ya suficiente para ella.

Volvió a estirar la mano que minutos antes había liberado y esta vez sí que acarició su frente, su nariz, sus labios con su dedo índice.

Un mohín de él al sentir su tacto la hizo detenerse.

¿Ahí le iba a decir cuándo despertara?

¿Qué aquel era un error que podía volver a ocurrir?

¿Qué era mejor hacer ver que aquello no había pasado?

¡Pero es que si había pasado! Y ella quería que volviera a suceder y no una vez, sino otra y otra.

Ahora sabía que lo necesitaba en su vida y no solo para que le limpiara los restos de las borracheras o le protegiera durante una emboscada o

un tiroteo.

Lo quería a su lado para despertar junto a él cada mañana de la misma forma en que había despertado aquella.

Para que le hiciera el amor, con pasión, con furia, como si fuera la mujer más hermosa sobre la capa de la tierra, de la misma manera que la noche anterior.

Lo quería en su vida para vivirla con él.

Con él y con Ann...

La imagen de su coleguilla se formó en su mente y de nuevo sus labios pintaron una gran sonrisa.

Acerco su mano al cabello rizado del hombre y lo acarició.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos mientras lo hacía que no se dio cuenta de que él había abierto los ojos y la observaba también.

—Buenos días.

La voz de su compañero la asustó y con timidez apartó su mano de sus rizos

—Buenos días.

Martin la miraba.

Lea intentó descifrar aquella mirada, averiguar qué pensamientos estaban pasando por su cabeza, pero era imposible.

—Sabes que esto es una locura, ¿verdad? —Susurro Martin y ella se vio venir todo lo que venía a continuación. Pero para su sorpresa el no dijo nada de todo aquello que había imaginado. Solo la abrazó con más fuerza aún y la besó en los labios —Una locura que me encanta... —volvió a susurrar.

Por unos instantes Lea creyó haber ido mal, pero Martin solo sonreía y la miraba.

Tras unos minutos en que ambos estuvieron en silencio ella fue la que necesitó hablar.

— ¿No me vas a echar el discurso de: esto es un terrible error que no se debe repetir, o, ¿hagamos ver que no sucedió nunca? —Lo miraba con el ceño fruncido mientras él seguía observándola y sonriendo.

Martin negó con la cabeza y continuó repasando con la mirada cada milímetro de su rostro.

—Te amo —dijo finalmente, sin más, tras unos segundos. Los ojos de la detective Mayo se abrieron desorbitados y sus labios se abrieron para crear una especie de gesto de sorpresa que hizo que Martin estallara en una

carcajada—. ¿No me creo que no te hayas dado cuenta de que llevo años loco por ti? —Lea seguía sin poder articular palabra. Aquello no era lo que esperaba, aquellas palabras no eran las que creía saldrían de su boca. Una quemazón en los ojos le hizo darse cuenta de que se le estaban empañando por las lágrimas y sintió que se enfadaba con ella misma por emocionarse, a la vez que sentía como el corazón le latía desbocado y la boca del estómago se le cerraba.

Martin vio la primera lágrima que recorrió su rostro y la abrazó, cubriéndola con su pecho para no verla llorar.

Sabía que ella no soportaba que la vieran llorar; sabía que la avergonzaba que la gente conociera sus emociones o sentimientos; sabía tantas cosas de aquella mujer a la que desde la noche anterior tenía entre sus brazos...

Sentía como el líquido salado mojaba su pecho recorriendo éste y un sentimiento de ternura indescriptible, igual que él que sintió cuando tuvo que consolarla al salir de la casa de los padres de Julia, lo embargo.

¿Era posible amar, necesitar y desear tanto a una persona? Si, lo era...

Acaricio su sedoso cabello y bajo su mano, poco a poco, hasta su cuello.

Con suavidad comenzó a bajar por él para pasar a recorrer su espalda con las yemas de los dedos.

Lea levanto la mirada.

Tenía todo el rostro húmedo y aun salían lágrimas de sus ojos, pero en ellos había pasión, deseo y amor.

Martin suspiro profundamente.

¡Dios cuanto había soñado con aquel momento!

Pero...

¿Y si estaba equivocado?

¿Y si había leído las señales equivocadas?

Volvió a mirar dentro de los ojos de la mujer a la que tenía abrazada y desnuda junto a él, la mujer con la que había hecho el amor la noche anterior desenfrenadamente y sin dejar de acariciarla alejo unos milímetros su rostro del de Lea.

La detective Mayo lo miraba fijamente, con la misma intensidad en la mirada con la que Martin la miraba a ella y le sonrió con ternura.

¡No, no se había equivocado!

Ahora se daba cuenta de que, aunque ella aun no hubiera dicho nada los sentimientos eran mutuos y su pecho se agito con fuerza.

Con la misma mano con la que la había estado acariciando rodeo la nuca de Lea y acerco el rostro de su compañera al suyo.

Lentamente, como si le diera miedo se fue acercando y poso sus labios sobre los de ella.

Su boca, húmeda lo recibió sin poner impedimentos y el beso cada vez se hizo más y más exigente.

Lea mordisqueaba sus labios mientras el jugueteaba con sus dedos en su cuello.

Un gemido de placer broto de la boca de la mujer cuando el aproximó su cuerpo un poco más y ella sintió su miembro eréctil, completamente ansioso de poseerla.

Bajo su mano y lo acaricio con cuidado, pero con firmeza, consiguiendo que Martin gimiera también.

Necesitaba sentirlo dentro, quería que la poseyera, que la follara con tanta fuerza que sus embestidas la llevaran al clímax total, pero debía esperar un poco más...

Quería disfrutar de aquel momento.

Necesitaba sentir su lengua dentro de su boca y el placer que sus manos le estaban provocando mientras acariciaba sus pechos. El calor que irradiaban su piel y su vagina. La sensación de necesidad la apremiaba y hacía que le doliera el pecho, la boca del estómago y cada fibra de su ser. Pero quería que la siguiera acariciando y besando.

Martin sentía como el dolor por la necesidad de estar dentro de ella se apoderaba de su pene. Pero quería oírla gozar... escuchar sus gemidos de gusto cada vez que él la tocaba.

Con sus labios recorrió su cuello, su pecho y poco a poco bajo hasta sus pezones.

Con calma, pero sin pausa los lamio. Su lengua saboreaba cada trozo de aquellos pitones rosados que tanto lo provocaban y que erectos como su polla le pedían que los mordisqueara.

Por un momento Lea creyó morir de gusto. Y cogió la mano de él para que sin despegarse de su cuerpo fuera bajando poco a poco, guiada por ella hasta su coño.

Martin no necesito que le dijera que era lo que quería. Lo sabía, lo

intuía y con sus dedos comenzó a acariciarle los labios de la vagina, con calma se fue adentrando poco a poco para acariciarle el clítoris...

Tras unos minutos en los que ella no pudo parar de gemir y moverse al compás de sus caricias él introdujo estos dentro de su vagina y comenzó a meterlos y sacarlos con calma.

— ¡Por Dios Martin! —exclamó ella completamente extasiada de placer—. Fóllame —le ordenó exigente mientras levantaba el rostro del hombre con las manos y lo besaba con premura.

No se hizo de rogar, a punto de explotar de un momento a otro sin pensárselo dos veces la penetra, con fuerza, con hambre.

Los gritos de Lea lo ponían cada vez más y más cachondo, aquella mezcla de dolor y placer, de sueño y realidad lo estaba volviendo loco, consiguiendo que cada embestida fuera más potente que la anterior, que cada grito de ella le supiera a gloria y que cada espasmo de placer le hiciera desear más y más...

Cuando ambos llegaron al orgasmo, estaban empapados en sudor, extasiados del gusto y agotados.

Martin se dejó caer, de espaldas, sobre el colchón, poniendo su mano sobre el vientre de ella para no dejar de sentirla, de tocarla.

Con la respiración agitada se miraron y sonrieron.

—Aún son las cuatro de la mañana... —la voz de Lea era un susurro quebrado por la pasión.

—Vamos a dormir —Martin se giró sobre su brazo y volvió a rodear el cuerpo de la mujer.

“DALLAS, TEXAS”

Alan Rossberd llegó a paso rápido a las oficinas de Dallas con el expediente de los años ochenta en las manos.

Tenía las facciones desencajadas y un sudor frío que le corría por la frente.

Debería haber llamado, haber contado de lo que se había dado cuenta por teléfono, pero el descubrimiento que lo carcomía lo había dejado tan impresionado que ni siquiera se lo planteó o lo pensó, tal cual lo vio, cogió

las llaves y salió pitando.

Hacia horas que había anochecido.

Las calles, aquel lunes estaban desiertas y el no sentía ni el agotamiento de no haber apenas dormido durante todo el fin de semana.

Había querido tener algo con que ayudar a los detectives de Boston tras haber conseguido reabrir el caso, y de verdad, en aquellos momentos no sabía qué hacer.

¿Qué iba a explicar?, ¿Cómo, ahora, iba a colaborar?

Respiro hondo en cuanto llego al interior del edificio y se mordisqueo el labio inferior.

Ahora que había un nuevo sospechoso... ¿Cómo lo planteaba?

¡Por Dios!

Se amaso el cabello y desacelero el paso...

Aquello iba a ser una bomba, y podía andar equivocado, ser solo una suposición mal llevada o un terrible error que podía costarle la vida a alguien...

Tenía que pensar muy detenidamente que hacer...

Tras unos segundos de indecisión ante las puertas de los elevadores que lo llevarían a la planta en la que estaba su capitán, dio media vuelta y se sentó en uno de los bancos de la recepción, con la carpeta en la mano y temblando.

Tenía que tomar una maldita decisión, lo sabía, pero en su vida había tenido tantas dudas sobre algo, menos sobre algo de aquella magnitud y gravedad.

Tenía en sus manos lo que podía ser la respuesta a dudas que se crearon hacia tres décadas atrás y resolver los brutales crímenes de la actualidad, pero o bien había encontrado al culpable o bien podía involucrar a alguien inocente...

Comenzó a taconear en el suelo pulido de la sala intentando que el silencio que allí reinaba no le volviera loco.

Estaba todo tan vacío, que sintió hasta angustia de estar allí.

Volvió a abrir la enorme carpeta de la que no se había despegado en días y observo la dichosa foto con más detenimiento.

Estaba convencido, y cuanto más la miraba más seguro de lo que sus ojos y sus tripas le indicaban.

¡Ahí estaba la respuesta y probablemente parte o toda la solución a

aquella monstruosa locura!

Se echó hacia atrás en los asientos de plástico y cerró los parpados.

¿Qué hacía...?

Tomará la decisión que tomara el golpe y las consecuencias iban a ser malas para unos, otros o ambos, a menos que...

Se acarició el puente de la nariz y suspiró.

Por unos momentos, después de aquello pareció dormitar y tras meditar tomó la única decisión que creyó factible y sensata.

Sabía, asumió, que podía costarle el puesto, pero solo si no cogían a aquel monstruo reencarnado y él estaba seguro de que, si lo hacía correctamente, lo atraparían, lo sentía en cada fibra de su ser...

Cogió el móvil y marco.

—Etmont... —la voz al otro lado de la línea le contesto medio dormido—. Creo que tengo respuestas y probablemente al asesino, —no esperó contestación, no hizo falta. Podía imaginarse a su compañero levantándose sobre la cama como si tuviera un muelle en el culo y sonrió—. Vístete y ven a las oficinas, yo haré una llamada y luego te cuento... —David dijo algo y Alan se sintió obligado a darle una mínima explicación—. Encontré a los hijos perdidos de nuestro asesino en Dallas... —suspiró y se masajeó, de nuevo, el puente de la nariz—. Encontré a los pequeños Gagnon. O al menos a uno...

CAPITULO 16

“Boston, 2017”

La sala del Hospital estaba desierta y Lea se sintió tranquila. Necesitaba hablar con el padre de Julia en privado.

—Voy a ver si está en la habitación y lo envié para aquí mientras yo hago compañía a la señora Bryan. —Martin tenía la mano apoyada en su hombro y le sonrió con la cabeza ladeada.

Lea afirmó con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

A medida que su compañero ya no solo de trabajo desde hacía apenas cuarenta y ocho horas, la detective Mayo no pudo evitar recorrer su espalda con la mirada y recordar cómo sus manos la habían acariciado y sus labios besado.

¿Cómo podía ser que le embargara un sentimiento tan íntimo en aquellos momentos?

Hizo un movimiento negativo con la cabeza y se sentó en una de las sillas de la enorme estancia.

Era curioso lo vacía que estaba...

Daba una sensación de frialdad que le erizaba el vello de la piel.

Se quitó la chaqueta, hacía calor allí dentro... ¿O eran los nervios de saber que no debería estar allí?

Había desobedecido a su capitán, e incumplido su orden.

Bueno habían...

Ella y Martin se estaban jugando una buena bronca, pero tenía que hacerlo.

Eran detectives que investigaban unos brutales asesinatos. A la hija de aquel pobre matrimonio la había asesinado un animal...

¡Hacia lo correcto!

Se recogió la melena castaña en una cola justo en el momento en que el señor Bryan llegaba como si anduviera perdido

Se le veía destruido, agotado y muy nervioso.

—Buenos días detective Mayo —se acercó estirando la mano para saludar.

Lea se levantó rápidamente y devolvió el saludo

—Buenos días señor Bryan... —La mujer le indicó con una mano un asiento junto a ella y el hombre, ahora desgarbado y pálido obedeció sin más y se sentó—. ¿Cómo se encuentra su esposa? —Lea sonrió con ternura y el señor Bryan suspiro.

—Ahora sedada... —el hombre se frotó los ojos con las manos y respiro hondo—. Sale de una crisis y entra en otra —giró su rostro y la miro de frente con ojos vidriosos—, es como un bucle, ¿Sabe usted? —Lea afirmo con la cabeza—. Nunca fue muy fuerte mentalmente, pero Julia le daba vida, la... —Un nudo en la garganta le impidió continuar.

—Tranquilo —le hablo Lea poniendo una mano en su pierna

—Tuvimos a Julia ya mayores, ¿sabe usted? —el señor Bryan miraba a algún punto en la pared y sonreía, y la mujer no pudo evitar sentir un arranque de ternura por él—. Ya creíamos que el señor no tenía previsto para nosotros que pudiéramos sentir la gran alegría de la paternidad. Y entonces llego Julia .

—Señor Bryan... —Lea no quería cortarlo, ni arrebatarlo de su mundo de recuerdos, pero era importante que le explicara lo que sabía. Por poco que fuera ya era mucho más de lo que tenían y seguramente de algo les podía servir, algo podrían averiguar si había un mínimo vínculo entre las fallecidas como quiso dar a entender el hombre el día que fueron a su casa tras el funeral—. Sé que está muy agotado y destrozado tanto física como mentalmente, pero necesito hacerle unas preguntas, debemos encerrar de por vida a quien le hizo esto a su hija y a las otras niñas. ¿Lo entiende verdad? —El hombre parecía no escuchar, era como si aun siguiera sumido en sus recuerdos o en algún lugar donde estaba su hija que le hacía sonreír. La mujer aguardo, en silencio, unos instantes, viendo como una lagrima caía de sus ojos y resbalaba por su mejilla. Iba a volver a hablar cuando el padre de la pequeña pareció volver a la realidad y limpiándose la con la palma de la mano la miro a los ojos.

—Quiero que lo detengan, lo encierren y tiren la lleve tan lejos que jamás pueda volver a ver la luz del sol... —se quedó en silencio y pareció pensarse mejor lo que había dicho—. ¡No quiero que me lo entreguen a mí y hacerle con mis propias manos lo mismo que él le hizo a mi hija...! —sonrió y ladeo la cabeza—, pero ese es imposible ¿verdad? —Lea hizo un leve gesto con la cabeza respondiendo a la pregunta que el señor Bryan le había hecho—. Entonces pregunte, haré lo que pueda por ayudar...

—Será muy breve, se lo prometo. —La detective sonrió y el señor Bryan le dio unas palmaditas en la mano que aún mantenía apoyada en su pierna—. En su casa, la última vez que fuimos hizo un comentario. —Él no acabó de entender—, algo de que usted debía habernos dicho que las tres víctimas iban juntas y paso algo por lo que discutieron o algo parecido...

El señor Bryan volvió a meditar unos minutos.

—Si bueno algo de eso sabía. Julia se lo contaba todo a su madre, pero cuando el “grupito” —hizo un gesto con sus desgarrados dedos encodillando lo de grupito—, se disolvió no quiso contar el por qué, era como si quisiera guardar algún tipo de secreto de esos que se hacen las jovencitas. —Sonrió de nuevo al pensar en su hija mientras su mirada parecía perderse de nuevo. Lea espero—, pero no eran tres...

El cuerpo de la detective Mayo se tensó

— ¿Qué quiere decir que no eran tres? —su pulso comenzó a acelerarse, ¿podiera ser que realmente, no solo el que se conocieran fuera lo que las mató, sino que además aun hubiese más chicas en peligro y aun estuvieran a tiempo de salvarlas?—. ¡¿De qué se conocían?! —por un momento elevó el tono de su voz, se había impacientado y eso no era bueno; podía poner nervioso al padre de Julia.

—Pues lo que he dicho... —el hombre levanto la mirada hacía el techo como si estuviera meditando—. Si no me equivoco eran cuatro, o quizás cinco... —El señor Bryan se rasco la nuca pensativo—. ¡No eran cuatro, seguro! —exclamó finalmente, completamente convencido.

— ¿Y sabe de qué se conocían? —Lea lo miraba esperanzada de que pudiera darle una respuesta a aquello también—. Por que sepamos no iban a la misma escuela —Abrió su libreta de bolsillo y le echo una ojeada—. Su hija iba a un colegio católico..., Jenny Pure a uno publico... Y Katie, la última chica encontrada a uno privado en la otra punta de la ciudad. —continúo revisando sus apuntes y hablando mientras el señor Bryan escuchaba atentamente y afirmaba con la cabeza—. Cada familia residía en una barriada distinta y lo comprobamos, hasta que usted no nos ha dicho que se conocían y bien, no habíamos encontrado relación alguna entre las otras hijas y su Julia... Ni amigos comunes, ni jamás se las vio juntas... —cerró la libreta se rascó la frente y lo miró con cara de preocupación—. ¿Ahí es posible que se conocieran, no solo eso, sino que además fueran amigas y nadie, más que ustedes lo supieran?

El señor Bryan miraba a la detective Mayo a los ojos.

Se le veía tan triste, que ella estuvo tentada de no insistir más, pero no podía...

Lo sentía en el alma; sabía que estaba perturbando la poca paz que le quedaba a aquel hombre, trayendo recuerdos de cuando su hija aún vivía que, a lo mejor por los motivos que fuera, él no quería o no podía recordar.

Pero estaba tan convencida de que parte de las respuestas estaban ahí.

Estaba tan segura de que averiguar la relación entre las niñas podía llevarlos a su asesino y capturarlo...

—No sé mucho, la verdad, —seguía con la mirada fija en ella—. Usted me agrada, ¿sabe? —los ojos se le empañaron—. Estoy segura de que si mi Julia hubiera vivido y crecido habría sido tan guapa e inteligente como usted... —Una lagrima comenzó a descender por su mejilla y los ojos de la detective comenzaron a humedecerse, también. Tras unos segundos en los que el hombre necesitó recomponerse, el señor Bryan bajo la mirada a su mano, que descansaba en su regazo y jugueteó con sus dedos unos segundos. De nuevo ella le dejó que se tomara su tiempo, que duró poco más y él, de nuevo, levantó hacia ella la mirada y habló—. Mi mujer era con la que más confianza tenía, ¿sabe? A ella sí que se lo confiaba todo...—se acarició la frente y desvió la mirada durante unos segundos—. Yo recuerdo que mi esposa me comentó algo de que nuestra pequeña quería hacer alguna actividad de estas de... No sé ahora cómo se llama... —El señor Bryan pareció meditar, durante unos instantes, intentando recordar—. A si, algo para la prevención de agresiones y eso... —comentó chasqueando la lengua—. Nos pareció algo muy bueno teniendo en cuenta como está la vida hoy en día...

Lea hizo un gesto afirmativo y volvió a echar un vistazo en su libreta

— ¿Y sabe por qué dejaron de ser amigas y verse? —preguntó tras unos momentos repasando sus notas.

—Algo de un chico, que les gusto a unas y que era más amable con otras... —de nuevo se miró las manos, parecía avergonzado de no poder decir más—. Ya le digo que yo sé poco, solo algún comentario de mi mujer así por encima; —se cubrió los ojos y suspiró—. Siento no poder decirle mucho más...

La detective Mayo le puso una mano en el hombro y sonrió, intentando restarle importancia y que el hombre no se sintiera peor de lo que

ya se sentía.

Entendía la situación.

A ella le pasaba lo mismo de joven, se lo contaba todo a su madre, pero, aunque lo adoraba, casi nada a su padre, y el pobre hombre se enteraba de trazos por lo poco que oía hablando entre ellas o por comentarios al aire que su madre lanzaba en algún que otro momento, pero que ella enseguida acallaba con un gesto por vergüenza.

Se emocionó, unos instantes, al recordar a sus padres, ya fallecidos.

Había tenido mucha suerte con ellos, los adoraba y la adoraban y una parte de ella falleció el mismo día que ellos, en aquel accidente...

—Tranquilo —su voz gutural dejaba ver su dolor por sus recuerdos—. Eso pasa en todas las familias...

La figura de Martin apareció en la puerta.

—Señor Bryan —dijo en voz baja acercándose a ellos y poniendo su mano sobre el brazo del hombre que levanto la mirada, sorprendido—. Tranquilo su esposa está bien —el detective le habló con voz suave y cuando vio que suspiraba de alivio continuó—, el doctor quiere hablar con usted.

El padre de Julia Bryan se levantó lentamente, con dificultad mientras hacía gestos con la cabeza.

—Siento no haber podido ser de más ayuda —se lamentó alargando la mano a Lea para despedirse.

—Me ha servido de mucho señor Bryan —susurró ella mientras apretaba la mano del hombre y ladeaba la cabeza—. Más de lo que se imagina.

Y aunque no lo pareciera era cierto.

El hecho de que todas las niñas se hubieran conocido, tuvieran algo en común y ese algo se pudiera rastrear de alguna forma, ya era un avance y muy grande.

El hombre dio la mano a Martin también y con su cuerpo desgarrado y a paso lento salió de la sala de espera.

— ¿En serio te ha ayudado? —Preguntó el detective Wyse a su compañera cuando el hombre ya había salido.

La mujer afirmó con un movimiento de cabeza y comenzó a recorrer el mismo camino que minutos antes había recorrido el padre de Julia, saliendo de aquel frío y solitario lugar con Martin siguiendo sus pasos impacientes por saber que había descubierto.

La capitán Pamela Borges no hacía otra cosa que caminar en círculos ante la gran mesa que presidía este.

Furiosa era la palabra que la hubiera descrito en aquel momento.

Furiosa, frustrada...

Se echó las manos a la cabeza. Se habría arrancado los pelos si hubiera podido.

¿Cómo se atrevían?!

¿Desde cuándo un estado podía interferir en la investigación de otro?!

Vamos si ni entre comisarías del mismo se mezclaban en las investigaciones que no llevaban...

El asesino de Dallas fue, en su momento, el asesino de Dallas.

Le importaba una mierda que fuera un imitador que hubiera venido de allí o el mismo al que dieron caza, reencarnado.

¡Aquella era su jurisdicción, su investigación, su asesino!

Malditos cabrones burocráticos...

¡La que acababan de liar y que forma de joderla!

Se puso de frente a las cristaleras esperando ver entrar a los dos detectives que sí o sí tenían que ir a Dallas si querían averiguar qué era lo último que allí, repasando el caso, de nuevo, reabierto de mil novecientos ochenta, habían descubierto; y a pesar de que no era culpa ni de la detective Mayo ni del detective Wyse, el cabreo fue aún mayor al ver que no estaban, aun, sentados en sus sillas.

No tenía muy claro que decir cuando llegaran, ni de qué forma.

Al igual que no tenía claro si ellos estuvieran dispuestos a cooperar y cumplir con las demandas del capitán del detective Rossberd y sus vasallos

Aunque en su fuero interno sabía de sobras que sus detectives eran ante todo profesionales y que por capturar a aquel monstruo estarían dispuestos a todo aquello que fuese necesario, el hecho de que, por fuerza, sin siquiera dar un motivo justificado se les obligara a desplazarse hasta Dallas y llevar desde allí parte de la investigación, era algo a lo que no estaban acostumbrados.

A parte de que conocía el celo de su gente por sus casos y jurisdicción...

Debía de reconocer, muy a su pesar, que su admiración por aquel equipo, su equipo y en especial por la curiosa pareja que formaban Mayo y Wyse, que, aunque no quisieran admitirlo desprendían chispas con cada roce y mirada casual o no.

A pesar de que con ella no empezó con muy buen pie, y a pesar de que era orgullosa, hilarante y excéntrica, debía de reconocer que también era perspicaz, obstinada y sin miedo a nada ni nadie. Había llegado a admirar en los pocos meses que ya llevaba en su puesto a aquella detective que sabía no iba a parar hasta alcanzar su objetivo. Y ahora el objetivo de ambas, de todos, era atrapar al coleccionista.

Respiró hondo y justo en ese momento los vio llegar.

Con paso rápido se encamino a la puerta de su despacho

—Wyse, Mayo —llamó sin alzar la voz, pero con tono contundente que no dejaba opción a negativas ni esperas mientras con el índice les hacia un gesto para que fueran hasta allí. Se sentó en su sillón con los dedos cruzados bajo la barbilla y esperó a que entraran, cerraran la puerta y tomaran asiento.

La cara de ambos parecía algo pálida...

—Señora —saludó Martin al sentarse.

Pamela los observó unos instantes.

¿Por qué tenía el presentimiento de que estaban preocupados al entrar allí?

Hizo un gesto con la cabeza, ya se preocuparía de sus impresiones más tarde; y quitándose las lentes se acarició el puente de la nariz.

Señal inequívoca de que algo no iba bien que consiguió que los detectives se pusieran nerviosos por momentos.

Lea miraba a Martin de reojo.

¿Cómo demonios se habían enterado?

Era imposible que el señor Ryan la hubiera llamado o informado de alguna manera.

¿Podiera ser que alguien los viera y le hubiera venido a Pamela con el chisme?

¡Cuando pillara al bocazas gilipollas le iba a romper los dientes; como fuera por eso!

O a lo mejor...

Miro al hombre que ya no era solo su compañero de trabajo, esta vez

directamente, y este le devolvió la mirada con un gesto de interrogación en el rostro.

Tras unos segundos de indecisión sobre si hacerle o no algún gesto a Martin, para preguntarle si aquella reunión sorpresa podía ser debida a que se hubieran enterado de la relación que ahora existía entre ambos, hizo un gesto con la mano y volvió a mirar al frente, a su capitán.

Borges tardó aun unos minutos más en comenzar a argumentar. Minutos que a ambos detectives se les hicieron eternos y muy incómodos.

—Bien... Ante todo, quiero comunicarles que los de la científica ya estudiaron e investigaron posibles restos en la muñeca...— Observó en espera de alguna pregunta, pero todos sabían que era innecesario. Entre el tiempo que se tardó en encontrarla, que fueron casi veinticuatro horas por culpa de la tempestad y sus consecuencias; y que el cabrón era muy precavido, sabían de sobras que era innecesario esperar algo significativo de aquello. Se volvió a colocar los lentes y echó un vistazo a un papel que tenía sobre la mesa, garabateado—. Bien ahora pasemos a lo que de verdad les ha traído ante mí... Los detectives de Dallas, como ya sabrán, reabrieron el caso y estuvieron muy pendientes de las averiguaciones realizadas aquí en lo referente a nuestro asesino... —Hizo una pausa y acomodó la espalda en su sillón, mientras observaba y tomaba notas mentales de sus escasas reacciones—. Parece ser, y digo parece, porque a mí no me han querido dar más detalles, por más que he insistido y he intentado hacer valer mi caso y las leyes que nos avalan, que han dado con alguna relación. —Los cuerpos de la detective Mayo y el detective Wyse se enderezaron en señal de alerta y sorpresa.

— ¿En que se basan para no explicarnos sus averiguaciones exactamente? —Martin parecía realmente molesto al igual que su compañera; aunque se abstuvo de decir nada—. ¿Cómo puede ser que siendo en nuestro estado, nuestra jurisdicción y nuestro caso se nieguen? —Poco a poco alzó la voz—. ¿Qué quieren apuntarse las medallas y quitárnoslo?

Pamela Borges hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Para nada es eso, exactamente...

Ambos detectives se miraron encogiéndose de hombros

— ¿Entonces? —Lea estaba realmente asombrada y llena de curiosidad.

—Ellos no quieren compartir “conmigo” —dijo recalcando esto

último—, sus averiguaciones, pero si con ustedes dos que son los que llevan la investigación. —Una sonrisa de incredulidad apareció en el rostro de la mujer, mientras su compañero se revolvía incomodo en la silla—. Insisten en que ustedes se desplacen al estado de Texas, con la excusa de que es información confidencial muy delicada y no se pueden permitir darla por teléfono o cualquier otro medio comunicativo por miedo a filtraciones, y tal, y tal...

La mujer no paraba de hacer leves aspavientos con sus manos a medida que iba hablando.

—Pero eso es un despropósito Capitán —Martin desconocía el por qué, pero no le gustaba lo que estaba sucediendo por mucho que sirviera en la investigación—. ¿Desplazarnos nosotros a Texas? ¿Por qué no al revés? Al fin y al cabo, el asesino estaba en Boston, ¿No? —La pregunta la realizo más para sí mismo que para las mujeres que allí se encontraban, pero aun y así Pamela contestó.

—Ni lo sé, ni, realmente, sé si lo quiero saber. —Se volvió a colocar los lentes que se había quitado para masajearse el puente de la nariz y los miró directamente—. Solo espero que atrapemos a ese hijo de puta y que sean ustedes quienes lo hagan. —Sonrió y se enderezó en el asiento apoyando los codos sobre la mesa—. De verdad espero que lo entiendan y colaboren en todo aquello que sea necesario. —Martin y Lea hicieron un esto afirmativo con la cabeza—. ¡Bien! —La señora Borges hizo un gesto con la cabeza y sonrió ampliamente—. En ese caso, ya deberían partir esta noche.

Los detectives se levantaron preparándose para ir cada uno a su casa y preparar el equipaje necesario, no sin antes sonreír débilmente a la mujer de pelo canoso.

—El tiempo de preparar la maleta y partimos hacia allí. —El detective Wyse miró a Lea—. ¿En coche o en avión? —preguntó a su compañera con una sonrisa burlona en el rostro.

—El avión, si quieres, lo coges tu —La respuesta hizo soltar una carcajada en Martin que ya se olía un comentario como aquel y se encaminaron a la puerta.

—Señores... —Pamela Borges se había levantado y se dirigía a ellos con el brazo estirado—. Déjenlos con la boca abierta —Sonrió mientras se despedía dándoles un buen apretón de manos a ambos.

Sorprendidos ante tanta cordialidad y confianza en ellos, los dos

salieron del despacho y fueron a despedirse de sus compañeros y explicarles, a medias, el porqué de la necesidad del viaje.

Prefirieron mantener parte de la información en privado con la capitán, para remediar aquello que tanto miedo parecía darles a los detectives tejanos, aunque la confianza en el equipo fuera indudable.

— ¿Nos despedimos de Ryker?

La pregunta de Martin pilló a Lea por sorpresa y por un momento se sintió incomoda ante las perspectivas de encontrarse con aquel hombre, al que apenas un par de días antes había llegado a hacer, en estado ebrio, claro, preguntas e insinuaciones de las que ahora se arrepentía.

¡Si hasta lo había besado por Dios!

Un sentimiento terrible de vergüenza se apoderó de ella y sintió como se sonrojaba.

Solo esperaba que él no se hubiera dado cuenta...

—Tranquila —el comentario del hombre la descolocó por un momento—. Os vi, vi como... Bueno, como os besabais... —ante aquello el rostro de Lea palideció y el no pudo evitar una carcajada.

— ¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora? —Lea se sentía terriblemente mal, en aquel momento deseo que se la tragara la tierra, pero esta no se abría—. “Ábrete, maldita sea” —se dijo mentalmente.

Sin que ella lo esperara Martin la cogió de la cintura y la arrastro hacia uno de los huecos del pasillo

—Porque con quien te acostaste fue conmigo, con quien estas es conmigo y de quien estas enamorada, aunque seas una cabezota que no lo quiere reconocer, es de mi. —Susurró en su oído; tan cerca de su cuello que Lea podía sentir su aliento en la piel sintiendo como todo el vello de esta se erizaba del placer y de las ganas de volverlo a sentir dentro de ella.

Poco a poco el detective acercó sus labios a su mejilla y la recorrió con suavidad hasta llegar a sus labios que comenzó a acariciar con la lengua, consiguiendo que un torbellino de sensaciones se adueñara de la mujer.

Un ruido, lejano, puso a la detective nerviosa que dio un suave empujón al detective.

— ¡Quita loco! —Exclamó en voz apenas audible mientras apartaba su cuerpo del de ella—. Como nos pillen se nos cae el pelo —continuó con los dientes apretados y completamente acalorada.

Martin no pudo evitar reír y le acarició el pelo.

— ¿Te crees que son tontos? —El hombre no paraba de reír—. ¡No hay más que ver con que ojos de lujuria me miras para saber que me deseas locamente! —continuó entre carcajadas.

La detective, por un momento lo miro de reajo, pero finalmente tuvo que reír con él, mientras le daba un suave golpe en el brazo

—Anda vamos a hacer las maletas, te acompaño luego a tu casa que quiero ver a Anna y despedirme

Martin sonrió.

La idea de que su hija y la mujer a la que amaba se llevaran bien era maravillosa.

La relación entre ambas siempre había sido perfecta y sabía que mejoraría aún más con el tiempo.

Al fin y al cabo, fue su hija la que le dijo que fuera feliz, que se lanzara.

Así que...

¿Qué más podía pedir?

CAPITULO 17

“Dallas, Texas, febrero 1981”

Avery miraba, destrozada y con sus ojos empañados en lágrimas, como la ranchera de su hermana se alejaba, levantando polvo y alejando a sus dos hijos de su lado.

Aun se mantuvo un poco más, arrodillada en el suelo. No tenía fuerzas para levantarse, ya no quería vivir.

Pero a pesar de ello, en el fondo de su corazón sabía que había hecho lo correcto, que aquello era lo mejor para sus dos pequeños; que aquella era la única forma de mantenerlos a salvo y de que no padecieran el mismo destino que, estaba segura, la vida le deparaba a ella.

En el tiempo que se mantuvo allí, sobre la polvorienta tierra a la entrada del rancho, no desvió la vista ni un momento de la parte trasera del vehículo.

Quería ver, aunque fuera de lejos, los dos rostros inocentes y dulces de sus niños.

Necesitaba, aunque fuera con la mirada, despedirse de ellos. Porque, si de una cosa estaba segura, era de que en aquella vida no los volvería a ver.

Aquel había sido su último de acto de rebeldía, y estaba a acarrear con las consecuencias, pero solo ella...

A uno, no lo pudo salvar, pero a ellos sí.

Había llegado a tiempo, o por lo menos eso esperaba.

La idea de que en su vida algo hubiera hecho bien, de saber que había intentado que sus dos pequeños no acabaran de la misma forma en que, por desgracia y para su destrozado corazón, había acabado su primogénito, la consolaba de aquel terrible y horroroso dolor que le estrujaba el pecho; no dejándola, apenas, respirar.

—Es lo que tienes que hacer Avery... —se repetía mentalmente una y otra vez mientras el coche dejaba de ser visible ante sus ojos—. Es lo mejor para ellos Avery.

Aquel sufrimiento terminaría...

En cuanto el supiera lo que había hecho, y descubriera lo que de un momento a otro iba a hacer, él se encargaría de solucionarlo.

El eliminaría el dolor acabando con ella.

Obligándola a eximir su último aliento.

Suspiró.

¿Por qué a pesar de todo, no tenía miedo?

Al revés...

¿Por qué saber que probablemente desde ese momento y hasta el anochecer serian sus últimas horas en aquel asqueroso mundo, le provocaba tantísima paz...?

Se frotó los ojos y con la palma de la mano se limpió las mejillas.

Por primera vez en todos aquellos años su corazón y su alma se sintieron bien.

Miró al suelo, sus manos y se aliso la falda y el delantal.

Con calma se comenzó a levantar y con un suspiro se endereza moviendo el cuello de un lado al otro.

Ya anochecía...

El estaba en el granero; sabía que aún le quedaba un poco de tiempo hasta que entrara en la casa a reclamar la cena y presintiera que algo andaba mal.

Un grito, lejano, le erizo el vello de la piel.

Aquello terminaba allí y aquel mismo día.

Un poco más, el tiempo justo y necesario para que ella preparara su alma y expiara sus culpas antes de llegar su destino y por fin, gracias a Dios, todo habría terminado.

Apoyó las palmas de sus manos en el delantal y con paso lento se encamino a la casa por la puerta de entrada de la cocina.

No lo pensó ni por un solo instante y despacio descolgó el teléfono y marco el cero noventa y uno.

—Con el detective Sebastien Meier, de la oficina del sheriff, por favor —respondió cuando al otro lado de la línea alguien descolgó y preguntó con la extensión con la que se quería comunicar.

La casa estaba en completo silencio...

Raro a aquellas horas del día. Normalmente ya nada mas acercarse a la casa le vendría el olor del guiso al fuego, el grito de los mocosos y los de la inútil de Avery reclamándoles o pidiéndoles que se mantuvieran en

silencio...

Pero, aquel atardecer ni una cosa ni la otra...

No creía que hubiera pasado nada, conociendo a su mujer hubiera escuchado sus lamentos por encima, incluso, de los de la gorda.

Entro sigilosamente, sin quitarse siquiera las botas cubiertas de sangre, aun fresca y a paso lento se encamino a la cocina.

Su esposa estaba sentada, de frente a la puerta, en la silla que ocupaba el normalmente en la mesa de la cocina.

Iba a reclamarle que aquel era su lugar, pero algo en el rostro y la mirada de la mujer le detuvo.

La observo detenidamente durante unos instantes.

Era una lástima como se había echado a perder. Con lo guapa que fue en su momento...

No bonita, ni nada espectacular, todo fuera dicho, pero si bonita.

Ahora estaba arrugada, llena de canas; siempre vestida como una vieja y peinada con aquellos moños que aun la hacían parecer más mendiga, con todos los pelos en la cara...

Hizo un gesto de desagrado, pero Avery ni se inmutó.

El levanto una ceja y ladeo la cabeza. ¿Qué coño estaba pasando allí? ¿Por qué No temblaba con solo su presencia como antes?

— ¿Por qué no está la cena preparada, mujer? —Preguntó con aquella voz gutural que tanto terror había provocado en Avery en tantas ocasiones, pero que ahora, bien porque ya había perdido el miedo, bien porque ya todo le daba igual, la dejo impasible.

—No va a haber cena hoy —respondió ella con la barbilla levantada.

Su esposo la miró con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Algo olía terriblemente mal.

— ¿Dónde están mis hijos? —Su voz sonó como un silbido cerca del rostro de ella.

—Se los ha llevado mi hermana

—¿Con el permiso de quién? —Ella sintió como su mano se iba cerrando sobre su cabello, recogido en lo alto de la nuca; y sintió la presión de esta que la obligaba a echar la cabeza hacia atrás.

El marido se colocó delante de ella, abierto de piernas y presionando los muslos de ella contra los de él, mientras ponía su rostro justo sobre el suyo.

Pero Avery no se amilano y lo miro desafiante

—Con el mío. —dijo con sencillez—. También soy la madre —
Terminó encogiéndose de hombros.

La carcajada del hombre retumbó en la cocina y en sus tímpanos.

Avery entrecerró los ojos esperando el golpe que imaginaba llegaría por contestarle de aquella forma, pero este parecía retrasarse.

—Estas hoy —él se acercó y aspiró su olor—. Diferente... Como envalentonada... —Casi arrastraba las palabras sin retirar su rostro, sucio y sudoroso de el rostro de ella. Con parsimonia volvió a acercar su nariz al cuello de ella y tras esto, saco su lengua y la paso por las mismas partes por las que había pasado primero su nariz, llenándola de su saliva y del mal olor que su aliento despedía a alcohol y tabaco—. Pero sigues oliendo y sabiendo a miedo... —Susurró sonriente.

Tras unos instantes se enderezó y soltó el pelo de su mujer

—Me voy a acostar... —Intentó levantarse de la silla, pero su marido seguía aprisionando sus piernas

—Así que ¡mis hijos! Están con tu hermana... —dijo en tono alegre.

Avery afirmó lentamente.

El golpe llegó justo en ese momento. Cuando ella ya no lo esperaba, cogiéndola desprevenida y haciendo que su cuerpo menudo se balanceara en el asiento al no poder caer por tenerlo aprisionado entre las piernas de Greyson.

No soltó una lágrima...

El dolor era intenso, pero no soltó una lágrima; ni siquiera se llevó la mano a la mejilla o se protegió por si venia un segundo golpe.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

—Me voy a acostar —repitió ella finalmente intentando liberar sus piernas.

Asombrosamente el abrió sus muslos dejando que ella pudiera moverse.

La mujer se levantó con cuidado, pero sin agachar la cabeza ni un instante y comenzó a caminar hacia la puerta que la alejaría de él...

No se atrevía ni a respirar.

Siempre después de la primera hostia venia la segunda, así que aún no estaba del todo convencida de que aquello hubiera terminado.

Y no se equivocaba.

La mano de Greyson volvió a aprisionar su pelo con una rapidez asombrosa, estirando de ella hacia atrás y tirándola de espaldas en él a marmolado suelo de la estancia.

—Así... —comenzó mientras le lanzaba una patada a las costillas, con la punta de la bota—. Que mis hijos están con el maravilloso matrimonio de capullos... —continuó con voz calmada, echándose el flequillo oscuro y lacio hacia atrás, a la vez que volvía a lanzar una segunda patada contra el estómago de Avery, tumbado y encogido por el dolor del primer golpe. La mujer no dijo nada, no gritó, ni le pidió que no le diera más... Solo esperó, doblada, el tercero. Mientras levantaba su rostro y lo miraba desafiante. Greyson rodeó el cuerpo de su mujer mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y la miraba con una mueca de burla y la cabeza ladeada—. A sí que envías a mis hijos con gentuza, no tienes tus quehaceres preparados y te atreves a mirarme con esa cara y esa falta de respeto. —Se agachó a su lado y volvió a cogerle del moño que llevaba en lo alto de la cabeza mientras chasqueaba la lengua—. Muy mal Avery Gagnon. —Hizo un gesto negativo con la cabeza sin soltarla y frunciendo el ceño.

—Es lo mejor para ellos... —La mujer siseó sus palabras, provocando en su marido una especie de ataque de risa, exagerado.

Greyson se puso a horcajadas sobre su cuerpo, dolorido y sin soltarle el pelo puso su rostro encima del de ella, escupiendo restos de saliva con cada palabra que pronunciaba.

—Lo mejor para mis hijos es estar con su padre... —Sonrió ampliamente, —así que ya le estás diciendo a tu maravillosa hermana que los traiga de vuelta...

—No... —Avery no desvió la mirada un segundo de los ojos de el

—¿NOOO? —la furia comenzó a enrojecer el cuello de aquel al que ella una vez amó y su mano cada vez se cerraba sobre el cabello de ella con más fuerza—. ¡Que le digas a la zorra de tu hermana que me traiga a mis hijos a casa! —gritó pegando sus labios al oído de ella y comenzando a poner sus enormes manos alrededor del cuello de ella mientras acariciaba su piel con los pulgares sucios y llenos de sangre ya seca.

—Mi hermana los cuidara bien... —Escupió cada palabra sabiendo que aquello lo enfurecería hasta el punto de apretar; pero eso era justo lo que quería. Que apretara y terminara con todo aquello de una maldita vez.

Y eso fue lo que Greyson comenzó a hacer...

—Mis hijos son míos, no tenías ningún derecho a separarlos de mi — iba siseando a medida que sus manos poco a poco se ceñían más a su frágil y pálido cuello. Ella no se movía, no intentaba separar sus manos de él, no hacía nada para pedir que no continuara, a pesar de que cada vez el dolor era más intenso, y le costaba que el aire pasara por este. El la miraba con frialdad. Veía como su rostro iba cogiendo un tono rojizo, pasando al morado; sentía como todo su cuerpo se convulsionaba luchando por respirar a pesar de que para nada intentaba apartar sus manos e impedir que apretara—. Mis hijos son míos la has cagado dejando que se los lleven tu hermana y el hijo de puta de Conor Mayo.... —Avery le sonrió, a pesar de estar a punto de perder el conocimiento por la falta de oxígeno y aquello aún lo enfureció más. Estaba tan fuera de sí que no escuchó el coche que entraba por el camino de gravilla aparcando justo delante del granero. Para entonces, Avery Gagnon ya no se movía. Su cuerpo inerte había dejado de respirar y una sonrisa desfigurada por la forma en que fue asesinada cubrían su rostro, mientras dos lágrimas escapaban de sus ojos ya vacíos de toda vida y de toda esperanza de volver a ver a sus pequeños.

CAPITULO 18

“Dallas, Texas, primera semana de enero 2018”

Cuando Lea y Martin entraron en las oficinas del Sheriff, en Dallas, Alan Rossberd los esperaba.

Su semblante, preocupado y desconfiado a la vez, sorprendió a ambos detectives que ya desde el momento en que llegaron a la frontera del estado sentía una sensación de incomodidad que no sabían describir.

La idea de que algo andaba mal, y de que se les estaban ocultando los verdaderos motivos por los que debían personarse ellos allí y no al revés, no les había permitido barajar ni una sola idea de que podía ser lo que los detectives que se encargaban de ayudarles en aquel terrible caso hubieran podido descubrir.

Y Alan sintió esa sensación, reflejada en ellos, en cuanto los vio entrar por la puerta.

—Bienvenidos —saludó cordialmente estirando la mano para saludarlos.

Martin sonrió débilmente, pero el rostro de la detective permaneció impasible, aunque devolvió el saludo.

—Sentimos el retraso... —Comenzó el detective Wyse sin tener muy claro que decir—. Tuvimos que encontrar hotel, etc.

Alan hizo un gesto con la mano quitando importancia al motivo por el que se habían personado a aquellas horas de la mañana y les indicó con la cabeza que le siguieran.

Todo parecía desierto.

Seguramente se debía a que casi era la hora de comer y Lea imaginó que allí era como en Boston.

“El estómago no perdona sea de donde seas”. Se dijo mentalmente mientras sonreía sin ser vista.

Los dos hombres caminaban delante de ella, pero pudo advertir como el detective Rossberd, a cada momento iba mirando hacia atrás, pendiente de que ella no dejara de seguirles.

El hombre llevaba una carpeta en la mano, que apretaba con fuerza

contra su pecho desde que entraron y comenzaron a caminar con él.

En ningún momento volvió a decir nada hasta que paró en seco ante una puerta que rezaba ARCHIVOS en un letrero en blanco y negro.

—Necesito que paséis aquí, por favor...

Los detectives de Boston se miraron encogiéndose de hombros y obedecieron.

Cuando entraron pudieron observar una habitación llena de estanterías y archivadores, que seguramente hacia años nadie se molestaba en abrir. La tecnología había reemplazado todo aquel papeleo y polvo por documentos en Word, y archivos con códigos a veces imposibles de descifrar.

Justo en medio de la sala una mesa, con tanto polvo sobre ella, como el resto de mobiliario allí presente.

—Tomad asiento —el hombre parecía ponerse nervioso, o como mínimo incomodo, por momentos. Y tomando ejemplo de sus propias palabras se sentó en una silla ante ellos.

—Algo me está oliendo raro aquí... —Lea no pudo evitar expresar sus pensamientos en voz alta—. ¿Reunís a todos vuestros colaboradores o a todas vuestras visitas en la sala de archivos? —preguntó en tono malhumorado y con el ceño fruncido.

Martin le dio un suave codazo en el brazo al que la detective hizo caso omiso.

—No déjala —Alan resopló—. Perdonad tiene razón —se disculpó cuando Martin lo miró con una ceja levantada y Lea cruzó sus brazos sobre el pecho—. Pero es que todo esto no es ni una investigación normal, ni lo que hemos descubierto tampoco.

—Explicate —Esta vez fue Martin quien se cruzó de brazos.

El hombre respiró fondo y abrió la carpeta de la que no se había separado desde que llegó, cogiendo una foto entre sus manos que volvió boca abajo.

—Ante todo deciros que no solo respetamos vuestro trabajo, si no que por ser colegas hemos decidido hacer esto de forma no convencional. —esperó una respuesta que no llegó, por lo que continuó hablando—. Mi jefe, mi capitán —corrigió—, está al tanto de todo, y por respeto a ciertas personas, por respeto a la memoria de ciertas personas y a vosotros, además de que existen dudas y incongruencias que no se pueden obviar, me ha permitido hacerlo de esta manera, para demostrar, ante todo que solo

queremos ayudar, que no queremos conflictos mayores y que todos estamos en el mismo bando. ¿Ok? —miro de nuevo a los detectives y comprobó como parecían impacientarse.

—Al grano —Dijo Lea mientras se removía en su asiento ante todo aquel sermón que el detective Rossberd había soltado.

—Bien, empezare por el principio, sino el resto os sonara a chino, pero antes necesito hacerle una pregunta personal a la detective Mayo...— Martin miro a su compañera sorprendido, mientras ella, con más sorpresa aún, miraba perpleja al detective Rossberd.

— ¿A mí? —por un momento sintió una angustia terrible, que ni sabía ni podía identificar a que era debida—. ¿Qué tiene que ver mi vida personal con todo esto?

El detective Rossberd hizo un movimiento con la cabeza.

—Lo lamento, pero te aseguro que más de lo que crees...

—Esto me huele a encerrona Alan —Se enderezo Martin poniéndose a la defensiva

—Os pedido perdón de antemano, y os e avisado que lo estamos haciendo de esta forma por un motivo. —el hombre se encogió de hombros—. Pero si la detective Mayo quiere ponerse primero en contacto con un abogado, está en todo su derecho...

La respuesta dejo a ambos boquiabiertos desatando la furia de la mujer que se levantó de golpe dejando caer, hacia atrás la silla en la que estaba sentada.

— ¡¿Me estas acusando de los asesinatos?! —preguntó incrédula mientras daba vueltas por la estancia echándose las manos a la cabeza.

—No —Alan respondió con calma—. Pero...

— ¡¿Pero?! —la mujer no daba crédito a lo que allí estaba sucediendo y la ira, cada vez era más profunda.

—Esto debe ser un error —Martin tampoco daba crédito, pero tenía que haber una explicación a aquella especie de trampa que les habían preparado y a lo que el detective Rossberd estaba sugiriendo.

Alan no dijo nada.

Se limito a darle la vuelta a la fotografía y arrastrarla por encima de la mesa hacia Wyse, que la miro sin entender muy bien que era lo que estaba viendo.

La incógnita se desvelo en solo unos segundos, cuando fijó la vista

detenidamente y comprendido lo que en aquellos instantes estaba pasando.

—Siéntate Lea —dijo siseando tras volver a mirar la fotografía detenidamente.

— ¡¿Qué me siente?! —la mujer seguía histérica, aterrada por las insinuaciones y a punto de estallar en lágrimas.

— ¡Que te sientes, joder! —El detective Wyse se había puesto de pie y la miraba suplicante.

Jamás le había alzado la voz, ¡Jamás! Y aquello bloqueó momentáneamente a la mujer que sin decir palabra se acercó a la silla que había dejado caer, la puso bien y se sentó en ella.

Martin, sin decir ni una palabra más, copió a Alan y le pasó la imagen arrastrándola por encima de la mesa.

Lea la observó por encima...

Una pareja joven; se veía antigua, descolorida. No en blanco y negro, era en color, pero ella le hecho a la imagen más de treinta años... Una fotografía como las que hacía su padre cuando ella aun era pequeña, y que salía instantáneamente de la cámara.

El era atractivo, mucho... Aunque se veía que era granjero, y rudo.

Ella...

Por un momento Lea se tuvo que frotar los ojos.

Aquello debía de ser una especie de broma...

¡¿Era ella?!

Cogió la fotografía en sus manos, mientras sentía como comenzaba a faltarle el aire...

Los dos hombres no hablaron, solo la miraban con una mezcla de congoja y algo similar a la lastima en sus ojos.

La mujer de la fotografía... Su cabello largo y castaño; su rostro ovalado, su sonrisa...

¡Dios!

¡Aquello era otra pesadilla!

—Despierta Lea, es otra pesadilla, despierta joder —susurró.

Levantó la vista y miro a ambos detectives con un gesto de pánico en el rostro y los ojos empañados en lágrimas. Su piel había perdido cualquier atisbo de color y ni la mano que Martin puso sobre la de ella pudo reconfortarla de la angustia y el terror que estaba sintiendo.

— ¡Puedo hacerte la pregunta ahora? —El detective Rossberd habló

pausadamente y en su mirada había compasión.

Lea miro a Martin que hizo un movimiento afirmativo con la cabeza

—Adelante...—Respondió con un nudo en la garganta, tras unos segundos en los que había estado intentando contenerlo, pero en los que no lo consiguió.

— ¿Qué recuerdas de tus padres y de tu hermano, Mayo? —

— ¿Hermano...?

La mujer abrió los ojos como platos, y acabó de confirmar lo que el detective ya imaginaba.

Tara Gagnon, o Lea Mayo, como le llamaron Connor y Reagan, el matrimonio que finalmente la adoptó, desconocía la existencia, o como mínimo no recordaba esta, de su hermano Tyler Gagnon.

Hijos, ambos junto con Art que falleció aquel día de febrero de mil novecientos ochenta y uno, del asesino de cuatro jóvenes, que se tuvieran confirmadas, y de su esposa, y madre de los niños.

Más de tres horas después, Lea y Martin salían de la sala de archivos.

Ella perturbada y destruida por todo lo que acababa de descubrir; por haber estado a punto de convertirse en sospechosa y por averiguar de dónde provenía y que no estaba sola en aquel mundo, como siempre, desde el fallecimiento de sus padres, había creído.

El conmocionado al saber el pasado de la mujer a la que amaba con locura, un pasado que ni ella conocía hasta aquel momento, pero tranquilo por saber que estaba exculpada de cualquier tipo de culpa, fuera de cualquier sospecha que sobre ella hubiese recaído a raíz de lo descubierto.

La detective Mayo aun en Shock camino hacia la salida sin siquiera despedirse de el detective ni esperar a Martin, que tras agradecer a Alan que lo hubiera llevado de aquella forma y comprometerse a dar explicaciones de cualquier avance en Boston corrió tras ella.

Rossberd la vio alejarse y se sintió miserable.

Acababa de destruir todo aquello bueno que Lea Mayo hubiera guardado de su vida desvelándole de forma abrupta quien era en realidad.

Acababa no solo de comunicarle que sus padres no lo eran realmente, que eran sus tíos; si no que a su verdadera madre la asesino su padre, que era un perturbado asesino en serie junto con su hermano mayor; y que probablemente su otro hermano, del que ella no recordaba ni su existencia, era el autor de las terribles barbaridades que estaban investigando. Motivo

por el cual ella podría haber, bueno llego a ser, mínimamente sospechosa de complicidad.

Si él no hubiera, durante aquella semana, investigado, hablado con todos los que conocieron, tanto a los Gagnon como a los Mayo y no hubiera descubierto la realidad de lo que paso, probablemente ahora estaría de camino a una celda.

Eso le ayudo a llevar un poco mejor el sentimiento de culpa por haber hecho aquello y de aquella manera.

Pero mejor así, que oficialmente.

Mejor así que ante un juez con todo lo ello le hubiera quitado a Tara, o Lea, o como fuera que ella se llamase...

Hizo un ademán de despedida cuando el detective Wyse se giró para despedirse también, mientras sentía la presencia de su Capitán, el hombre que disparo al padre de la mujer, justo a su altura.

— ¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó el hombre a su subordinado.

—Ella no sabía nada —Alan lo miró de reojo—. Sé cuándo alguien miente y ella no sabía nada.

— ¿Ahora?

—Tiene que asimilar que ni siquiera es quien pensaba —Rossberd se encogió de hombros—, y aceptar quien es en realidad y de donde viene. Si no, quizás nunca cojan al verdadero asesino, ni ella pueda llegar jamás a encontrar su identidad.

— ¿Y él?

Rossberd entendió enseguida que se refería al detective Wyse

—Él la ama incondicionalmente, la ayudara —se giró sonriendo y miró a su superior de frente—. Él la ayudara y la salvara de sí misma y de sus fantasmas, estoy seguro...

Sin añadir más se encamino a la puerta de salida y vio como ambos se metían en el coche.

“MIENTRAS EN BOSTON...”

El doctor Pruitt entro completamente desenchajado en el despacho de Pamela

Borges.

La mujer levantó la mirada dispuesta a poner firme a cualquiera el que fuera el que hubiera osado a entrar en su despacho sin llamar, y sin esperar a que ella concediera permiso, pero el ver allí al forense, sin resuello y con el rostro terriblemente pálido la retuvo.

— ¿Qué sucede doctor Pruitt? —preguntó con preocupación en la voz y completamente desencajada.

El hombre apenas podía hablar.

Le faltaba el aliento de haber subido a la carrera desde la sala de autopsias y necesito unos minutos, que a la mujer se le hicieron eternos, para poder contestar.

—Acaban de venir a poner otra denuncia de niña desaparecida. —dijo finalmente.

La mujer se tambaleo.

Aquello era una pesadilla, algo que la sobrepasaba en aquellos momentos.

No solo por que los detectives que llevaban el caso llevaban fuera ya dos días y parecía, por lo poco que había podido hablar con Wyse que lo que se sabía iba a ser demoledor para la investigación, o como mínimo, perturbador.

Si no porque aún no había pasado el tiempo estimado entre secuestro y secuestro.

La noticia no solo la estaba cogiendo por sorpresa, además le estaba destrozando por dentro.

Otra niña...

Otra posible víctima de “El coleccionista de muñecas” ...

¡Debían actuar lo antes posible!

Pamela se dejó caer en la silla que había al lado de Ryker y, como tenía por costumbre cada vez que algo la preocupaba, se quitó los lentes y se masajeo el puente de la nariz.

Pareció asimilar, por unos instantes, la noticia, pero entonces una pregunta pareció asaltar sus pensamientos.

— ¿Por qué sube usted ha informarme doctor Pruitt? —preguntó mirando con el ceño fruncido al hombre que parecía estar a punto de llorar y temblando, sentado ante ella.

—La persona a cargo de la niña me ha informado antes de venir a

poner la denuncia... —el hombre intento ser coherente en su explicación—. Yo soy quien le ha dicho que viniera a denunciar que la pequeña había desaparecido.

— ¿Entonces debo entender que usted conoce a la familia de la niña? —la mujer no salía de su sorpresa, aunque buen, Boston, después de todo no era tan grande; sin ir más lejos su predecesor había sido amigo de los padres de la pequeña Katie. Eso y el saber que nada se podría hacer por ella fueron lo que le llevo a su trágico final...

—Señora... —él la miro con los ojos desorbitados, el pelo completamente enmarañado y los labios temblorosos de la emoción—. Usted también conoce a la familia de la niña. —La mujer lo miro asombrada y perpleja. ¿De qué demonios estaba hablando?—. ¡La niña desaparecida es Anna Wyse! —dijo Ryker de pronto con los ojos llenos de lágrimas y espasmos, por el llanto, que hacían temblar todo su cuerpo—. ¡La niña es la hija de el Detective Martin Wyse, señora! —La mujer quedo inmóvil y sin habla ante lo que acababa de escuchar—. Me llamó la hermana de Martin para pedirme consejo, no se atrevía a llamar al padre sin primero saber que podría haber pasado...

Pamela Borges, no tuvo ni capacidad ni fuerzas para reaccionar.

La noticia la dejo en tal estado de Shock que fue Ryker, quien, a pesar de su lamentable estado emocional, tuvo que obligarla a reaccionar sacudiéndola por los hombros.

La Capitán levanto la vista.

Sus ojos tan empañados en lágrimas como los de su interlocutor denotaban a la legua que en aquellos momentos se encontraba perdida. Su capacidad de reacción había que dado mermada ante la noticia que le acaban de dar y, su decir nada, solo con los ojos pidió ayuda al forense que no necesito que lo dijera con palabras para saber lo que había que hacer en aquel mismo instante.

El hombre la dejo allí, tras una última sacudida mirándola con frialdad.

¿Cómo podía venirse abajo estando al mando en un momento como aquel?

¿Qué clase de líder era si se venía abajo en una crisis como aquella; cuando la hija de uno de los suyos estaba en peligro de muerte?

El desprecio en sus ojos era tan patente que la mujer se sintió

empequeñecer, pero por más que lo intentó las palabras no salían de sus labios.

El pánico se había apoderado completamente de ella...

Ryker se dio cuenta de que de nada serviría zarandearla, ni presionarla.

Estaban perdiendo un tiempo primordial...

Ann llevaba, ya, casi cuarenta y ocho horas desaparecida.

El hombre no esperó más.

Con la misma rapidez con la que había entrado en el despacho, y visto que aquella mujer que se hacía llamar “Capitán”, no iba a saber resolver la situación, la soltó y se dirigió a la acristalada puerta del despacho.

Asomado desde ella observó al equipo de detectives que aún no sabían nada y habló alzando la voz

— ¡Hay otra niña desaparecida! —Todos giraron sus rostros al unísono—. Es la hija de Wyse...

Los murmullos y los gestos de sorpresa y furia se adueñaron del lugar.

—Llamaré a Wyse sin asustarlo para presionarle y que vuelva rápidamente —dijo uno.

—Hablaré con la hermana de Martin —dijo otro cogiendo el teléfono y marcando el número de la mujer.

—Recorreré los lugares que se que puede frecuentar, es amiga de mi hija, que ella me ayude —respondió otro...

En cuestión de minutos la búsqueda e investigación estaba organizada y sin necesidad de la intervención de Borges, que aun continuaba sentada y lamentándose de su ineptitud.

Ryker no se digno a mirarla una segunda vez, se fue derecho a donde estaba el grupo y como uno más, a pesar de ser el forense, ayudó en todo lo que pudo y se le solicitó.

CAPITULO 19

“Dallas, Texas, febrero 1981”

Cuando aparcó el coche delante de el granero se dio cuenta, enseguida de que algo no iba bien.

Aquel silencio proveniente de la casa no era, a aquellas horas normal...

Pero lo que realmente le angustiaba, y le tenía si resuello era averiguar si su peor pesadilla estaba haciéndose realidad.

Aquella tarde no había aparecido...

La estuvo esperando horas en la habitación, pero no llegó.

Solo cuando su corazón se sintió oprimido dentro de su pecho cogió el valor necesario para atreverse a plantarse ante la puerta de su casa y preguntar.

Podía estar enferma...

O simplemente que su padre se hubiera enterado de lo de ambos y la hubiera prohibido acudir...

Pero cuando saco fuerzas de donde ni él sabía que las tenía y llamó a la puerta, el hombre que le abrió le explico que Ann había salido muchas horas atrás.

Si en aquel momento le hubieran clavado algún cuchillo, como los que él había utilizado con las otras, no hubiera soltado ni una gota de sangre.

Se disculpó con el padre de ella y como si un rallo le hubiera dado en el pecho, su corazón comenzó a latir de forma desmesuradamente rápida.

Todo su cuerpo se sintió hervir y la furia lo dominó.

No se paró en buscarla en ningún sitio más, ni en volver al hotel a ver si por casualidad había aparecido.

Intuía, no, sabía dónde estaba y quien la tenía y aquello hizo que la sangre se le agolpara a las sienas sacando en él su más vil instinto asesino. Sin importarle a quien iba este dirigido.

—Mataré a ese hijo de puta —se decía a medida que pisaba cada vez con mas y mas fuerza el acelerador de la furgoneta—. ¡Como le haya puesto una mano encima, juro que lo mato! —exclamó mientras golpeaba el volante con fuerza y se imaginaba a su Ann allí tumbada, siendo manoseada, torturada y violada por el cabrón de su padre...

No calculó el tiempo que tardó en llegar.

La velocidad a la que conducía excedía los límites por mucho, pero en aquellos momentos todo le importaba una mierda.

Aquel había sido el último de Greyson Gagnon...

Cogería a su madre, a Ann y los niños y se los llevaría bien lejos de allí.

Tan lejos como les permitieran el dinero que tenía ahorrado.

Eso si no lo mataba y tiraba su cuerpo a los Cerdos.

Sonrió solo de pensarlo, a pesar de su miedo a llegar demasiado tarde. La sola idea de ver como los animales hacían buena cuenta de él le provocaba una sonrisa incluso sin el quererlo.

A paso ligero, se dirigió al granero.

Ya había amanecido...

Las luces del alba iluminaban el interior y la mesa en la que las chicas habían estado tumbadas y habían sido asesinadas.

Y allí, adormilada, llena de sangre y con la ropa desgarrada estaba Ann, su Ann...

Quiso morir.

El corazón se le paro, la sangre no fluía y él no podía respirar.

Sus enormes ojos azules empañados en lágrimas la miraban desde la puerta.

No podía acercarse.

No quería acercarse...

¿Estaba muerta?

Como calambres se apoderaron de las yemas de sus dedos y la rabia mezclada con el dolor, hicieron que su grito pareciera más un alarido que otra cosa.

Finalmente, la necesidad de comprobar con sus propios ojos que no respiraba le obligó a acercarse a ella lentamente.

Con cada paso las piernas le temblaban, debilitando su cuerpo y obligándolo a parar y caer, sollozando, para tras unos segundos volver a sentir que las fuerzas se hacían con él y le dejaban enderezarse para dar un paso más...

Ni siquiera se había molestado en cubrir su cuerpo y su rostro...

La había dejado allí, semi desnuda como si fuera un animal al que exhibir.

No llevaba sus braguitas y sintió como su instinto asesino cada vez era más y más fuerte.

Su rostro desencajado por el terror, sus cortes en él, en los pechos y muslos, en su cuello...

La sangre ya no manaba de la yugular. Hacía rato que la había asesinado y la firma de la que tanto se habían, ambos, vanagloriado, en ella no estaba.

Con la manga de la chaqueta se limpió los mocos de la nariz y las lagrimas que no dejaban de salir de sus ojos, ahora muertos en vida.

La acaricio...

Primero su mejilla, aquella que tantas veces había besado desde que se enamoraron. Luego su frente, apartando de esta los pocos cabellos limpios de sangre que habían quedado en ella pegados por el sudor; y acaricio su oscuro y ondulado pelo, peinándolo mecánicamente mientras el nudo de su garganta se hacía cada vez más asfixiante.

Sin dejar el gesto mecánico que lo impulsaba recorrió el cuerpo de Ann con la mirada.

¿Aquello era lo que él había provocado?

Todo aquel dolor era por su culpa y no podía soportarlo.

Si se hubiera alejado cuando aún estuvo a tiempo de él...

Si no se hubiera acercado a ella, ni se hubiera acabado enamorando...

¡Ann estaría viva ahora!

Con rabia y muchísimo odio y dolor miro hacia la puerta por la que había entrado.

Aquella sería la última...

Su última víctima, su ultimo resuello, su ultimo día...

Con ternura, sin dejar de sollozar y con su cuerpo dominado por los espasmos acerco sus labios a los de ella y con dulzura la beso sin dejar de acariciarla, durante largos segundos.

—Perdóname... —suplicó entre lágrimas—, te prometo que dentro de nada estaremos juntos... —Susurro con firmeza en la voz y seguridad en sus palabras.

Se alejó del cuerpo y cogió una manta de una estantería con la que la cubrió, no sin antes darle un último beso en la frente mientras seguía llorando.

Respiró hondo y de nuevo con las mangas limpio su rostro.

De la pared, descolgó la escopeta con la que padre le enseñó a disparar y la cargó.

Algo dentro de él no le dejó dudar, ni tan siquiera planteárselo.

Ya la vida no tenía sentido, nada era digno ya de que él lo viera o tocara.

¡Se iría con Ann, pero se lo llevaría con él!

Lentamente, pero con paso firme se encaminó a la casa y sin hacer ruido entro en esta encaminándose a la cocina.

Por un momento no tuvo muy claro si lo que allí veía era fruto de su imaginación o realidad.

¿Estaba dentro de un terrible mal sueño que comenzó en el granero y había terminado en la cocina?

En el suelo, reluciente de la cocina, ese que su madre siempre pulía un día tras otro de rodillas estaba el cuerpo de la mujer que le dio la vida.

Aquella a la que amaba por encima de todas las cosas, incluso más que a su Ann.

Tirado, como si fuera un saco de papas, completamente inerte y sin vida.

Y sentado en la mesa, comiéndose un plato de alhóndigas, como si allí no hubiera nada estaba él, que ni siquiera levanto la vista al oírlo entrar.

Si el odio y la rabia se podían potenciar hasta extremos inimaginables era algo que averiguo en cuestión de centésimas de segundo mientras las lágrimas recorrían su rostro y barbilla, acabando en el suelo; el mismo suelo en el que descansaba, por fin, el cuerpo de su madre.

Puso la culata de la escopeta apoyada en su hombro y apunto a aquel mal nacido asesino a la cabeza.

—No tienes huevos... —dijo Greyson sin dejar de comer—. Jamás los tuviste. Por eso me ayudaste hasta que apareció la cerdita esa que ahora se desangra en el granero... —Su rostro dibujo una macabra sonrisa llena de salsa que revolvió el estomago de su hijo provocándole nauseas.

—Te voy a matar maldito hijo de puta... —siseó el muchacho entre dientes mientras enrojecía de la furia.

— ¿Y después qué? —el hombre se echó hacia atrás apoyando la espalda en el respaldo de la silla mientras con un palillo de mondar se limpiaba entre los dientes—. Vamos Art, sabes que era lo mejor. Tarde o temprano se hubiera enterado de todas tus mentiras y de que eres un asesino

—se encogió de hombros—, como yo. —Art Gagnon no bajo el arma. El flujo sanguíneo que se acumulaba en sus sienes lo estaba volviendo loco y el dedo que tenía justo donde el gatillo, cada vez se acercaba más a este—. En cuanto a la inútil esta... —siguió señalando con el pulgar el cuerpo de Avery —le envió a mis hijos a su hermana y me desafío negándose a traerlos de vuelta—. Se levantó de golpe de la silla, cogió el plato y con toda la calma del mundo lo llevó a la pica de la cocina arrojándolos allí con fuerza—. ¿Te lo puedes creer? —se carcajeó—. ¡Mis hijos los tienen los hijos de puta de los Mayo...!

No intento acercarse a Art, no se movió de donde se había quedado, pero a pesar de ello pudo ver las llamas de furia y el odio en sus ojos.

Sabía que le iba a disparar, ahora solo se trataba de ver quien era más rápido y quien recibía antes el puto tiro de gracia.

Si él o su hijo, que, de todas formas, al igual que su mujer ya no le era útil para nada.

Aun le quedaban dos más, que ya se encargaría de recuperar y aleccionar...

Tara sería muy bonita cuando creciera un poco más, seguro que como lo fue su madre...

Y Tyler llevaba la maldad en la mirada y en las venas. Lo pudo ver el día que lo pilló espiando en el granero...

Sonrió al pensar en ellos, y en todo lo que su imaginación le dejaba vislumbrar.

El silencio y la tensión se podían cortar con un cuchillo.

Mientras el dedo de Art cada vez se acercaba más al gatillo acariciándolo con suavidad.

¡Por qué mierda no lo apretaba ya?

¿Qué esperaba una disculpa de el por Ann y por madre?

El corazón que no había dejado de latir con frenesí se aceleró aún más, podía escucharlo en sus oídos...

Tras unos segundos comenzó a apretar, lentamente el dichoso botón que llevaría a aquel cerdo al infierno de cabeza, pero un ruido a lo lejos volvió a detener.

— ¿Qué mierda? —Greyson miró por la ventana que había sobre el fregadero al exterior, y pudo vislumbrar el color de las sirenas de los coches de la oficina del Sheriff que uno a uno se adentraba en la propiedad. Miró el

cuerpo inerte de Avery y la amplia sonrisa en su rostro, con la que había muerto, a pesar de estar desencajado por la fuerza que el ejerció para asfixiarla—. ¡Maldita zorra hija de puta! —exclamó—. ¡Baja eso gilipollas, tu madre nos vendió! —gritó viendo como sus hijos seguía apuntándolo—. ¡Hay que salir de aquí...!

Art no se movía....

Quizás aquella era la solución.

Quizás aquella era la forma de espiar sus pecados y reunirse con ellas que seguro si irían al cielo, como verdaderos ángeles que eran.

Cogió aire a pesar de sentir que tanto el pecho como la garganta estaban obstruidos por el dolor y miro a padre que, por primera vez desde que el tenia uso de la razón miraba aterrado como los coches de policía rodeaban la casa bloqueando cualquier salida del rancho y sonrió con vehemencia.

—Camina —dijo con voz aguda y serena mientras si dejar de apuntarlo le hacia un gesto con el arma para que se dirigiera a la puerta de salida.

— ¡¿Estas fuera de tus cabales imbécil?! —le gritó con los ojos fuera de las orbitas—. ¡¿No ves que caeremos los dos?! —Greyson no se movió—.Tu eres tan asesino como yo... —dijo esta vez con voz más baja, intentando hacerle entrar en razón

—Si es mi castigo por todo el mal que he hecho que así sea —Art estaba sereno y sintió como la paz inundaba su corazón, al tomar aquella decisión.

— ¡Pues sal tu retrasado de mierda! —el hombre no se movía de donde estaba.

— ¡Qué camines joder! —la voz autoritaria de su hijo le hizo ladear la cabeza y maldiciéndolo en voz alta comenzó a caminar hacia donde el joven le indicaba.

Nada más abrir la puerta se oyó el ruido de decenas de armas cargándose, preparadas para ser disparadas, y la voz haciéndose oír sobre ellas del detective Meier se dejó oír por encima de estas.

—Entrégate Greyson —Dijo aceleradamente, sintiendo como el alma se le partía en dos, al ver que su viejo amigo aparecía cubierto de lo que parecía sangre con su hijo, un niño al que conocía desde que nació, le seguía apuntándolo con una escopeta—. ¡Suelta el arma hijo...! —vociferó a Art que no hizo caso alguno a la advertencia.

Los Gagnon, padre e hijo, continuaron caminando hasta ellos...

Varios agentes comenzaron a caminar, también, saliendo de detrás de los vehículos con sus armas por delante.

Fue una fracción de segundo.

Un alarido y después varios disparos seguidos, que ni Art ni Meier esperaban.

El cuerpo de Greyson Gagnon cayó desplomado y el joven, por unos instantes se quedó petrificado.

Bajo la mirada y vio que un muslo le sangraba...

Uno de los disparos dirigido a su padre, o quizás, incluso, también a el impacto en su muslo, pero sonrió...

Levanto la mirada y miro tras los vehículos de la policía muy a lo lejos mientras cogía la escopeta y la bajaba hacia el suelo, mientras apuntaba su cuerpo con el cañón.

Sin dejar de mirar en la misma dirección sonrió al niño de enormes ojos y pelo negro que miraba todo lo que sucedía desde la ventanilla trasera de un todo terreno que se quedó sin entrar en la propiedad y de él que salía con rapidez una mujer.

Reconoció a su tía Reagan enseguida.

Volvió de nuevo la vista hacia su hermano Tyler, que miraba hipnotizado hacia él.

Le guiño un ojo y se sentó, con las piernas cruzadas ante el arma.

— ¡No lo hagas hijo! —gritó Meier intentando disuadirlo—. ¡Todo se pue...!

El sonido del disparo, tapo el resto de la frase del detective, que solo pudo ver como la cabeza del muchacho parecía abrirse dejando salir una masa rosada de esta y sangre que salpico la blanca pared del rancho, mientras la parte de arriba del cuerpo de Art Gagnon se desplomaba hacia un lado del empedrado suelo.

La velocidad de todos los agentes que allí se encontraban llego tarde para salvar al joven.

Ahora por más que corrieran hasta el, era inútil.

Reagan giró la vista en el momento del impacto, no quería guardar en su mente el recuerdo de como la cabeza de su sobrino se abría debido al impacto del tiro, pero Tyler no lo hizo.

Seguía allí, mirando fijamente, sin parpadear, como los agentes

comprobaban que tanto su hermano como su padre estaba realmente muertos.

En ese momento la señora Mayo supo que lo había perdido para siempre...

No espero más, no quería, no podía saber más ni dejar que el niño viera más.

Con la misma rapidez con la que llegó se alejó, levantando un polvo que nadie llegó a divisar en ningún momento.

Los agentes se adentraron en el interior de la casa.

— ¡Señor, ella está en el suelo de la cocina, muerta!

Horas después, el agente Cohen, que había, con sus tiros dado muerte a Greyson Gagner y herido en el muslo a su hijo Art, ya parecía haber recuperado algo de color.

El doctor Eduard Deen, había hecho una introspección en los cuerpos de Avery Gagnon y Ann Slora, aunque no le hizo mucha falta entrar en profundidad, allí, para saber de qué habían muerto.

La búsqueda de los dos hijos pequeños de los Gagnon continuó incluso después del anochecer.

En las noticias se dijo que probablemente el padre los había asesinado también, y que se creía que estaban enterrados en algún lugar de la propiedad.

Mientras ellos, muy lejos ya de toda aquella tragedia, viajaban en compañía de su tía Reagan Mayo, camino de Canadá.

El caso por la desaparición de los pequeños, jamás se cerró...

CAPITULO 20

“Boston, enero 2018”

La llamada a Martin por parte de sus compañeros solo fue para decirle que otra niña estaba desaparecida, en ningún momento se le informo de que esa niña era su propia hija.

La pregunta que todos se hacían era, ¿Cómo transmitirle algo así cuando lo tuvieran delante?

El dolor entre los compañeros era intenso.

Por ello, cuando los detectives Wyse y Mayo llegaron a la jefatura, todos hicieron corrillo alrededor de ellos.

Poco a poco, todos y cada uno de ellos se sentaron cerca de él, Pamela Borges se quedo de pie en la puerta. Ryker tras él con un maletín cerca suyo, por si debía utilizarlo en algún momento...

Cuando el detective Wyse, tras mucho rodeo fue informado, por unos segundos quedo petrificado.

Lea sintió, al oír que la niña era Ann, como todos sus músculos se tensaban.

Ambos se miraron por encima de las cabezas que se interponían entre ambos y el rostro pétreo de Martin que se encontraba en estado de Shock, dijo más de lo que su corazón quería.

El cuello de la detective Mayo comenzó a tomar tintes rojizos mientras sus ojos se abnegaban en lágrimas, que se convirtieron en sollozos que ya no pudo ocultar cuando vio como su compañero de trabajo, el hombre al que amaba perdía el control, levantándose furioso y lanzando todo aquello que encontraba en su camino mientras gritaba desesperado el nombre de su pequeña.

Ni los intentos de Ryker de inyectarle un calmante, ni del resto de compañeros, pudieron pararlo.

La ira fue dando paso a la furia y solo cuando una de las sillas que lanzo por encima de sus hombros, fue a chocar con la cristalera del despacho de la Capitán, pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Creo que es el momento de calmarlo... —el doctor Pruitt se acercó a él con una jeringuilla de calmante, pero Lea lo cogió del brazo,

reteniéndolo.

—Déjalo que este en sus cabales...

— ¿A esto lo llamas tu estar en sus cabales? —preguntó Ryker señalando con una mano el destrozo ocasionado en la oficina.

—Se está desahogando... —lo miró con el ceño fruncido—. Es su hija la que ha desaparecido, la que puede estar en manos de ese psicópata. — Miró a Martin y comenzó a sentir como los ojos se le abnegaban en lágrimas —. Tú has visto lo que les hace, ¿Qué pasaría si fuera la tuya?

La pregunta obligo a Ryker a recapacitar y volvió a guardar la jeringa en su maletín.

— ¿Cómo es que tu estas tan serena...? —Le preguntó el forense.

—Ya tendré tiempo de derrumbarme más adelante. —Lea se encogió de hombros e intentó que no se notara el desgarró que sentía en su interior ni los temblores que se habían apoderado de sus manos—. Ahora necesito estar centrada y buscar la manera de encontrar a Anna.

Martin se había derrumbado en una silla y con las manos cubriéndole la cara sollozaba con un dolor tan intenso que hizo llorar, con él, al resto del equipo, Pamela incluida.

La Capitán no habló, en ningún momento abrió la boca. Solo cuando Lea se acercó a ella la miró a los ojos fijamente.

—Caza a ese hijo de puta, vivo o muerto. ¡Trae a Ann sana y salva! —Le dijo poniendo una mano sobre su hombro.

Lea, no se molestó en dar explicaciones, solo afirmó con la cabeza.

Lo que habían descubierto le vendría bien para encontrar a la niña, y si contaba lo que ahora sabían, quizás y solo quizás, no la dejaran seguir con aquello adelante.

Le daba igual quién era el maldito “Coleccionista de muñecas”.

Le daba igual si era su hermano, su padre o el mismísimo diablo.

Solo quería encontrar y eliminar a aquel monstruo con sus propias manos.

Si ya antes ese era su único objetivo ahora estaba dispuesta a llevarlo hasta el fin de sus días.

Uno de los dos moriría, y si era aquel su destino, lo arrastraría hasta el infierno con ella si era necesario.

Se acercó a Martin y le tocó la espalda con miedo.

Realmente estaba aterrada, no solo porque era Ann, su Ann, la niña

que ahora estaba en las manos de aquel animal, si no porque estaba segura de que Martin la detestaba, la odiaba, la repudiaba por ser quien era y tener, posiblemente, sangre de aquel monstruo recorriendo sus venas.

En seguida se arrepintió del gesto.

Martin levantó su rostro, ceniciento, demacrado, que tanto le recordó al de los padres de las otras niñas, y la miró fijamente. Pero no dijo nada...

Allí sentado, con los hombros hundidos parecía tan frágil...

Lea comenzó a alejarse cuando sintió como una mano cogía la suya y al girarse vio como el detective Wyse lloraba desconsolado agarrado a ella.

Instintivamente se acercó y abrazó su rostro que él apoyó en su pecho mientras pasaba sus fuertes brazos alrededor de su cintura, sollozando.

Se mantuvieron así unos momentos, en los que ninguno de los dos dijo nada.

Los compañeros se alejaron de ellos, dejándoles algo de intimidad y con énfasis continuaron toda búsqueda posible desde allí.

Tras unos minutos el detective pareció calmarse.

—Ve a casa —susurró Lea en su oído.

—No, —el hombre se limpió el rostro con la palma de la mano—, voy a salir a buscarla.

—Eso lo haremos Ryker y yo —Lea señaló al forense que hizo un gesto a modo de saludo a su amigo—. Tú ves a hablar con Ellen, que te explique todo de principio a fin...

Martin iba a negarse de nuevo, pero pareció pensárselo mejor.

—Está bien —dijo tras unos segundos, poniéndose de pie y respirando hondo. — ¿Tu qué vas a hacer?

—Ryker y yo miraremos de hablar con alguna amiga y pasar por donde se dice fue vista antes de desaparecer...

Martin afirmó con la cabeza y cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla se encaminó a la puerta.

Estaba a punto de cruzarla cuando volvió hacia atrás

—Te quiero —dijo a Lea estampándole un beso en los labios que dejó a todos los allí presentes anonadados.

—Yo también te quiero.

Cuando ya había salido por la puerta Lea se dio la vuelta y vio que todos la miraban con cara de sorpresa y Ryker cruzado de brazos la observaba con una sonrisa burlona dibujada en su rostro.

El tono de su rostro enrojeció, pero no habló.

Cogió a su amigo de la manga de la camisa y estiró de él hasta que salieron de las oficinas.

Veinte minutos después, Martin entraba por la puerta de su casa.

Su hermana, sentada en un sillón, lloraba desconsoladamente mientras dos agentes hacían guardia en la puerta del salón y otro, a pesar de que ya habían pasado veinticuatro horas desde que se supo la noticia, tomaba notas de nuevo de todo lo que ella pudiera recordar.

— ¡Martin! —Exclamó la mujer mientras se lanzaba a los brazos de su hermano—. Lo siento —gimoteó—, lo siento tanto.... —la mujer se agarraba con fuerza al cuerpo del detective pidiendo perdón constantemente.

—Tranquilízate —el detective apartó un poco su rostro para verle la cara de frente—. Esto no ha sido culpa tuya, ¿de acuerdo?

Ellen Wyse hizo un gesto con la cabeza, sin acabar de estar convencida del todo.

—Si no hubiera esperado a que aquel hombre me llamara.

Martin la miró un poco inquieto y sin acabar de entender lo que había escuchado.

— ¿Aquel hombre...? —El pulso del detective se aceleró de golpe—. No te entiendo, ¿De qué hombre hablas?

La mirada de Martin hizo que su hermana comenzara a temblar y a sollozar, por lo que el detective no podía entenderla bien...

—El doctor Pruitt —El agente que había estado tomando notas y que se había mantenido callado hasta aquel momento habló por la mujer.

— ¿El doctor Pruitt? ¡¿Ryker?! —

Ellen afirmó con la cabeza.

—El me llamó para decirme que el día antes había visto a nuestra Ann subir al coche de un desconocido, que pusiera una denuncia. —La mujer se encogió de hombros—. Yo no me había preocupado por que en teoría la niña se quedaba a dormir en casa de su amiga Liona...

Martin comenzó a sentir náuseas y con fuerza cerraba y abría los puños intentando mantener algo de calma

— ¿No fuiste tú la que le llamo a él para decirle que Anna no volvía y que estabas asustada? —la voz del hombre apenas fue un susurró.

— ¡¿Yo?! —la mujer lo miró con los ojos muy abiertos—. ¡Yo no conozco de nada a ese hombre! —exclamó—. Además ni siquiera estaba preocupada, ya te dije que ella se quedaba a dormir e....

Martin no escucho el resto de la respuesta.

Con una furia, mezclada con un intenso dolor que apenas podía controlar y que le provocaba unas intensas ganas de vomitar corrió hasta el coche, y saltándose todos los semáforos, sin levantar, ni un momento el pie del acelerador se dirigió de nuevo al edificio de la policía.

— ¡Localizad a Mayo! —gritó entrando como una tromba en la oficina—. ¡Encontrad todo lo que podáis de Pruitt! —Exclamó con rabia y autoridad.

— ¿Ryker? —La pregunta la hizo un compañero que aún no salía de su asombro al ver de qué forma había vuelto Martin y la demanda que le estaba haciendo.

—La detective Mayo no coge el móvil...

— ¡Insiste joder! —El rostro de Martin era una roca—. ¡No dejes de llamar hasta que lo coja!

—Detective Wyse, ¿Qué demonios está pasando aquí? —La voz de Pamela Borges obligó a todos a voltear los rostros hacia el detective.

—Mi hermana jamás llamó a Pruitt para decirle que mi hija había desaparecido... —el hombre respiró hondo antes de continuar—. Al revés, él fue el que la llamó a ella para que viniera a poner la denuncia.

— ¿Cuántos locales más nos quedan? —Lea tachaba otro nombre de su libreta mientras Ryker hacia lo propio de la suya.

—Tres más, creo...

La mujer resopló y se masajó las sienes mientras iban caminando en dirección al coche.

En ese momento su móvil comenzó a sonar de nuevo...

Comenzaba a exasperarse, era de la oficina, pero cualquier cosa que fuera se la podían decir cuando fuera allí, ¿o no?

—Buffffffff —resopló cuando vio la cantidad de llamadas perdidas que ya tenía.

— ¿Sucede algo? —Ryker caminaba a poca distancia, tras ella.

—La oficina —Lea miró de nuevo la pantalla de su teléfono justo en

el momento en que paraba bajo una pequeña farola acoplada a la pared de la esquina del local en el que habían estado preguntando.

—Si quieres vamos para allá y que te expliquen que les urge tanto...

El doctor seguía sin ponerse a la altura de la mujer, por lo que ella decidió seguir parada, esperando a que se pusiera a su lado. Siempre era lento caminando, estaba acostumbrada, pero aquella noche llevaba algo de prisa.

—No mejor la devuelvo —el sonido del timbre del teléfono la interrumpió, mientras hablaba dándose la vuelta para ver la cara a su amigo —, anda mira vuelve a llamar, —dijo—, mejor lo coj....

El golpe en la cabeza, impacto en la sien izquierda de la mujer, dejándola inconsciente al instante.

Ryker corrió a cogerla antes de que acabara de caer al suelo y mientras con una mano la mantenía erguida, con la otra le tocaba el cuello, comprobando que no se la había cargado del golpe.

Sonrió mientras miraba su rostro.

Por unos momentos sintió la tentación de lamérselo.

Había soñado tantísimo con aquel momento...

Tantos años imaginando como sería tenerla ante él, de aquella forma...

Y pensar que hasta ella le ofreció aquello mismo, poco tiempo atrás.

Soltó una carcajada.

Maldita borracha inconsciente.

Miró a los cuatro puntos cardinales de la calle, asegurándose que desde donde estaban hasta el coche no los vería nadie, y cogiéndola por las axilas la arrastro hasta el vehículo.

Rápido, por si acaso algún coche se perdía por aquel callejón, casi la lanzo en la parte trasera y cerró la puerta con fuerza.

Mientras silbaba y jugueteaba con las llaves se sentó ante el volante y arranco.

El final se acercaba.

Tantos años esperándolo y por fin lo tenía al alcance de su mano.

Había hecho las cosas tan a la perfección... Añadiendo un poco de su cosecha, claro, para perturbarla más y arrastrarla a la locura.

Pero era dura la hija de puta.

No consiguió hacerlo tan bien como pretendía, al parecer.

Pero bueno, así también le gustaba.

Un pack completo. Y con el mínimo esfuerzo.

Por el retrovisor interior miro hacia atrás.

El parecido con madre era increíble...

Debía de reconocer que el día en que por fin la encontró, a punto estuvo de joderla, al creer que veía un fantasma...

Menos mal que supo reaccionar a tiempo.

Hizo un gesto con la cabeza mientras chasqueaba la lengua y sonrió.

Un subidón de adrenalina se apodero de todo su cuerpo, haciéndole casi perder el control del coche en un arranque de euforia.

Enderezó el volante y volvió a mirar hacia atrás no fuera que el movimiento la hubiera despertado.

Allí seguía, tumbada, con el hilo de sangre que había recorrido su rostro, seco.

Decidió tomárselo con más calma, por lo menos durante el camino que era angosto y peligroso.

Ya tendría tiempo de saciar sus ganas y de descargar adrenalina cuando la tuviera en casa...

Puso la música del coche y ¡sorpresa! Tenían, también los mismos gustos musicales.

Aunque él era por recuerdos...

Aquella canción:

*“You an always on my mind.
You an always on my mind...”*

Elvis Presley, todo un Rey del rock.

¿Por qué la escucharía ella?

Bueno, es que era Elvis.

CAPITULO 21

“Boston, enero 2018”

Llamada tras llamada las oficinas eran un ir y venir de todo tipo de personas, que habían conocido a Ryker, o que lo habían visto en un momento a otro desde que llegó a la ciudad.

Ni una propiedad a su nombre... Ni un lugar que frecuentara con más asiduamente que otro...

Martin se amasó el pelo, desesperado...

Ya hacia doce horas de la desaparición de Lea y casi setenta y dos de la de su hija.

Sabía que a las niñas las mantenía vivas durante muchos días, pero habiéndose llevado a Lea...

El pánico se apodero de él instantáneamente, y comenzó a respirar lentamente y acompasado para evitar entrar en pánico.

Debía mantenerse despejado y en plenas facultades para encontrar a aquel hijo de puta...

Una mano en el hombro le sacó, por un momento de sus pensamientos.

El rostro de Cooper, el ayudante de Ryker lo miraba fijamente.

—Hay algo que debería decirte —Comenzó en voz baja.

— ¿Qué ocurre? —Martin levanto una ceja—. ¿Es sobre el cuerpo de la pequeña Katie?

Martin se giró hacia el sin levantarse de su asiento y lo miró con el ceño fruncido.

Cooper negó con un gesto leve.

—Es sobre el Doctor Pruitt, Ryker... —El cuerpo de el detective Wyse se tensó y el resto de los detectives que estaban cerca giraron sus rostros hacia ellos.

— ¿Sabes algo? —El hombre no pudo evitar levantarse de golpe y coger al forense por los hombros, desencajado.

Cooper se encogió un poco, pero entendió perfectamente la reacción

—Hace un año, aproximadamente... —el hombre habló con timidez—, sé que no estuvo bien... que no debería haber mirado papeles que no son

míos... —Cooper comenzó a sonrojarse y a atrabancarse con las palabras. El detective Wyse se sintió, por un momento irritado, pero respiró hondo e intentó controlarse—. Bueno vi unos papeles en su cajón...

— ¿Y? —Aquello no era lo que esperaba, aun y así lo dejo hablar.

—Eran sobre una propiedad muy vieja, en las montañas, cerca de Beacon Hill...

Tal y como termino la frase todos los allí presentes comenzaron a coger sus abrigo

— ¿Recuerdas donde era? —Martin ya estaba en la puerta.

—A ha...

— ¡Manda la ubicación a mi móvil! —Gritó el detective Wyse mientras salía a toda prisa de la oficina en dirección a su vehículo.

Cooper se sintió aliviado por haber servido de algo.

Cuando todos se fueron, Pamela Borges fue a su encuentro y lo hizo pasar a su despacho.

— ¿Cómo recuerda tan bien el lugar? —Le preguntó después de que pasara la ubicación a los detectives.

—Me llamó la atención, y me gusto la idea, la ciudad y nuestro trabajo ejerce mucho estrés. —se sonrojó. Así que apunté los datos en mi libreta y ahí los dejé hasta hoy que me enteré de lo sucedido al entrar a mi turno y lo busqué por si podía servir para algo...

—Bueno hace más de un año. Y ni siquiera sabemos si llegó a estar allí, y en caso afirmativo se pudo ir en cualquier momento —La Capitán pensaba en voz alta mientras se amasaba el pelo canoso—. Pero igualmente menos teníamos antes. —Sonrió a Cooper como si acabara de recordar que estaba allí y puso su mano sobre la de él—. Recemos para que vayamos en alguna dirección, por pequeña que sea...

Pamela Borges no recordaba la última vez que rezó...

Pero aquel día sus ojos miraron al techo, sus manos, inconscientemente, se unieron sobre su falda; y sin darse apenas cuenta estaba suplicando ayuda, misericordia y un milagro.

Tanto para Anna Wyse como para Lea Mayo y los detectives que arriesgaban sus vidas buscándolas.

Un gemido, lejano la obligo a abrir los ojos. Pero el dolor que le llego a la

cabeza fue tan intenso que de nuevo los tuvo que cerrar...

Otra vez...

El gemido...

Finalmente se forzó a abrir los parpados y no cerrarlos.

— ¿Ryker?

¿Qué le había pasado a su amigo?

¿Y a ella?

¿Les había atacado?! Y ¿Si era así, estaría Ryker mal herido o peor aún muerto?

— ¿Lea...? —Una voz que conocía a la perfección, suave y melodiosa hizo que se decidiera a abrir los ojos sin importarle o más mínimo el dolor.

— ¡Ann cariño! —exclamó emocionada, sintiendo como se le inundaban de lágrimas los ojos y el corazón le cabalgaba a mil por hora...

—Shhhh —La pequeña Wyse le chisto—. No grites, —susurró—, si te oye, vendrá y nos hará daño.

— ¿Quién...?

Ann iba a decir algo, pero el sonido de unos pasos la detuvo,

—Hazte la dormida, corre —Le pidió en un tono de voz apenas audible, pero con un terrible temblor en la voz.

Lea obedeció y cerró los ojos de nuevo.

El sonido de unas llaves en el exterior; de como una era introducida en la cerradura y de el ruido de esta al abrirse, hizo que su cuerpo comenzara a temblar.

¿Estaría en la guarida de EL Coleccionista?

Sí, se respondió mentalmente, si Anna estaba allí, es que aquel era el lugar donde el hijo de puta las llevaba, y ahora ella estaba tan cerca de él que casi podía oler su maldad solo con inhalar el aire de aquella estancia. Que también olía a orines, mierda y sangre putrefacta...

Pero...

¿Cómo diablos había llegado ella allí?

¿Y su amigo?

La puerta cedió, y ella continuó con los parpados cerrados.

—Hermanita... —Una voz melodiosa y en falsete canturreo—. ¿Dónde está mi hermanita...? —dijo mientras ella sentía como quien fuera que hacia aquello se colocaba justo delante de ella, que, arrodillada en el

suelo, sentía como sus brazos y piernas estaban atados a algún tipo de gancho que sobresalía de este—. ¡Anda si aquí esta!!

El dueño de la voz le cogió por los hombros y la balanceo, obligándola a abrir los ojos.

Enseguida los volvió a cerrar, alarmada y muy asustada.

El golpe le hacía ver lo que no era... Claro debía de ser eso...

Lentamente comenzó a abrirlos de nuevo pero él, sonriente, con los ojos inyectados en sangre y unas facciones apenas reconocibles seguía allí, mirándola...

—Esto es un mal sueño... —dijo en voz baja—. ¡¿Ryker?!

¿Su amigo, una de las pocas personas a las que habría confiado su vida era el “Coleccionista de muñecas”? ¿Él era el monstruo al que ella y Martin, junto con el resto del cuerpo de policía estaban buscando?

El corazón se le paralizó al instante del dolor y la impresión.

Sintió como si parte de su mundo se derrumbara entre aquellas cuatro paredes malolientes y frías, mientras él seguía sonriendo si apenas pestañear y mirándola con una cara que ella jamás hubiera reconocido como la de su amigo y forense Ryker Pruitt.

—Lea, Lea... —suspiró el cortando las cuerdas que la ataban mientras con la otra mano apuntaba a la niña con una arma—. ¡O no, espera! —exclamó en tono jocosos y sin dejar de sonreír—. Quizá debería de decir Tara...Tara...

Con fuerza estiro de su cuerpo hacia arriba enderezándola y con el cuchillo, sin dejar de apuntar a Ann le indico que se dirigiera hacia la camilla.

Ya de pie, Lea pudo ver a la hija de Martin con más claridad, la luz de la ventana, aunque débil por los maderos que cubrían esta, y la puesta de sol, era suficiente para distinguir el estado en el que la mantenía.

Desnuda, cubierta de sangre seca y completamente decaída...

Toda la sorpresa y dolor inicial dieron paso a un terrible sentimiento de ira y odio que no se molesto en ocultar cuando lo miró a la cara.

—No, no... —suspiró Ryker mientras ante ella movía el cuchillo de un lado a otro—. No debes mirara así a tu hermano ni dejar que el cariño por una desconocida te haga valorarla más que a tu propia sangre... —Chasqueó la lengua mientras movía su cabellera negra de un lado a otro, despacio y sin apartar de ella la mirada.

— ¿Mi hermano? —La mujer puso expresión de asco al pronunciar la

palabra, y Ryker la miró fijamente

—Tu hermano... —puso su mano sobre el hombro de la mujer y ejerció presión sobre este obligándola a sentarse sobre la fría mesa de metal—. Qué tu no me recuerdes por que la zorra de Reagan, “tu mamaíta”, —dijo esto último haciendo gesto de encomillado con una mano—, me alejara de ti, enviándome a un internado por que mi comportamiento dejaba mucho que desear —continuó siseando la frase—, no te exime de ser hija de padre y madre ni de llevar mi sangre, podrida, en tus venas...

Lea miró a Ann que levantó la cabeza al oír aquello y comenzó a sollozar, sin abrir los ojos y sin atreverse a dirigirles la mirada.

—Suéltala... El tono suplicante de la detective mientras miraba con dolor a la pequeña hizo que el estallara en carcajadas.

—No querida. Debo acabar lo que empecé. —Miró a la pequeña y luego a ella—, primero te hare gritar un poco, después. —Hablabla a medida que, con cuerdas iba atando sus pies a los barrotes que sobresalía de la enorme mesa en la que la había tumbado—. Te destrozaré el corazón dejando que veas todo lo que le hago a la hija de tu novio... Esa otra —dijo de repente mientras se la quedaba mirando—. ¿De verdad me pediste que te follara, a mí, a tu hermano, por no querer reconocer que quien querías que lo hicieran era Martin? —De nuevo chasqueo la lengua—. Eres una enferma...

—No sabía quién eras en realidad...

—Ni lo hubieras sabido nunca si no adelanto mis planes para que no te me adelantaras tu al volver de Texas... —miró al cielo, un momento—. Si la idiota de tu capitán no me pone sobre aviso de tu viaje.... —movió la cabeza, meditabundo—, menuda estúpida confiada, esa también...

— ¿Por qué haces esto...? —la mujer intentaba ganar tiempo. Esperaba que de alguna forma u otra alguien las rescatara y él se dio cuenta, pero sonrió.

—No vendrá nadie hasta aquí... Nadie sabe de la existencia de este lugar... —No dejaba de sonreír y aquello a Lea le provocaba una náuseas y ganas de meterle el cuchillo por la boca, hasta atravesárselo por la nuca—. Pero mira, como me gusta hablar contigo te lo contaré —dejó de atar a la mujer y se sentó junto a la mesa, en una silla, mirándola de frente—. ¿Lo llevo en los genes? —volvió a poner rostro de estar meditando—. Si. Se podría decir así, como tu querida hermanita.

— ¡No me llames así! —Exclamó ella furiosa haciendo ademán de

tirarse para él.

—Ehhhhh —Ryker se echó hacia atrás riendo—. Tranquila fierecilla. No solo te pareces físicamente a madre, ¿eh? —El la miró con detenimiento—. Tú eras muy pequeña y no recuerdas nada, pero madre era así, valiente... Hasta que padre le quito la valentía a palos... Esta vez no se rio.

La mujer vio como parecía emocionarse y sus ojos humedecerse.

—Deja a la niña —suplicó—. Ya me tienes a mí. ¿Por qué las niñas?

El deje de amargura y pesar de su voz hizo que el la mirara con algo de compasión, aunque esa mirada duro poco, si es que existió y no fueron imaginaciones de ella.

—Para destruirte a ti, por supuesto...En este tiempo me he dado cuenta de cómo te afectan los casos de menores... —Se observó las manos, con detenimiento y con la punta del cuchillo pareció limpiarse una de ellas—. No te haces idea de lo que me costó inventarme una identidad, mail, tarjetas... Para atraerlas a un curso de defensa personal inexistente y elegir entre todas la que fueron. Una vez allí, ya fue más sencillo; cinco ilusas se hicieron amigas y ¡voilà! —hablaba con orgullo de toda su tela de araña, con satisfacción por un trabajo conseguido y bien ejecutado. —La miró y sonrió—. Antes de que me preguntes... Decirte que las muñecas son tuyas —Sonrió al ver la cara de sorpresa de la mujer. —Las tuneé un poco y después me di cuenta de que quizá por eso no las reconocías, pero bueno, el ver como os comíais la cabeza averiguando el por qué de estas y vuestras caras cada vez que se encontraba una y de después cuando esta no aportaba nada —Ahora su risa fue más estridente—. Era para veros...

—¿De dónde las sacaste? —La pregunta le salió sin querer, pero ¿realmente quería saber la respuesta?—. De nuestra casa, por supuesto —Agachó lo mirada unos instantes—. Volví y la compré cuando me fue posible, con otra identidad, por supuesto...

—Por supuesto...

Ryker miro a su hermana de reajo y Lea temió que le clavara el cuchillo allí mismo, pero en cuestión de unos segundos, el tono del hombre era jovial, de nuevo

—Todo estaba como yo lo recordaba —su mirada, vacía ahora, se posó en un punto inexistente—, hasta la sangre de padre y nuestro hermano seguía donde murieron. —Pareció volver en sí—. Bueno no la sangre, si no la mancha...

El silencio se hizo de golpe.

Ella se negaba a hablar más, pero necesitaba hacer tiempo, encontrar la forma de alargar lo que fuera que les iba a hacer lo máximo posible.

El por su parte solo la miraba.

—Te pareces tanto a madre... —alargó la mano para apartar un mechón, pero ella se alejó todo lo que pudo, dejándolo allí, con los dedos estirados y el brazo extendido hacia ella.

Pero Ryker no se inmuto.

Un ruido, en el exterior, llamó la atención de ambos

— ¡Socorro! —gritó Lea pillando al hombre desprevenido.

Ryker se levantó furioso y le estampó una bofetada.

—Calla zorra —susurró a su oído—. Voy a ver que ha sido eso, mejor será que no hagas ninguna tontería.

La mujer lo miro.

Solo cuando él salió por la puerta se atrevió a destapar la mano que había escondido bajo la mesa y que al parecer a él se le había pasado por alto amarrar a las barandillas.

Con facilidad se quitó el resto de las ligaduras y bajo de la mesa

—Tan listo para unas cosas y tan estúpido e inútil para otras —dijo en voz baja cuando estaba delante de Ann.

Desató los tobillos completamente llenos de yagas y sangre de la pequeña y la ayudó a ponerse en pie.

—Va a volver y nos matará... —sollozó la niña abrazada al pecho de Lea

—Nos matará de todas formas si nos quedamos a esperarle... —levantó el rostro de la niña con suavidad por la barbilla y le besó con dulzura la punta de la nariz—. Podemos tener una posibilidad en campo abierto.

—Pero ya oscureció...

—Lo sé cariño. —La mujer tenía la voz temblorosa, pero intentó disimular tanto como pudo—. Pero vamos a intentarlo de todas formas, ¿Sí?

Ann pareció dudar, pero finalmente hizo un gesto afirmativo.

Lenta y sigilosamente caminaron hacia la puerta que el muy estúpido había dejado abierta, y de ahí al pasillo, igual de ruinoso que la habitación, por el que continuaron, abrazadas y mirando en todas direcciones.

La casa era realmente minúscula y antes de lo que pensaban ya habían alcanzado la puerta de salida, y con ella un gran pasó hacia la salvación de

ambas, o al menos hacia la oportunidad de morir con mayor dignidad...

CAPITULO 22

“Ahora”

El ruido de los pasos al correr era amortiguado por la nieve. Sabía que disponían de muy poco tiempo antes de que él regresara y se diera cuenta de que habían conseguido deshacerse de las ligaduras y huir. Necesitaba algún lugar en el que protegerse, ponerse a cubierto y poder pasar desapercibidas.

¿Pero dónde?! Aquel enorme lugar estaba abarrotado de arbustos, árboles y era su hogar... Había sido su escondite ves a saber desde cuándo y Lea estaba segura de que lo conocía como la palma de su mano incluso a oscuras, como en aquel momento.

Cogiendo a la cría por debajo de los hombros, casi a la altura de la cintura intentó acelerar aún más y poner toda la distancia posible entre ellas y aquel macabro y aterrador lugar en el que ambas habían estado encerradas, presas de un loco que se guiaba por la sed de sangre y de venganza, pero una rama cubierta de el gran polvo blanco y frio hizo que tropezaran.

—Mierda... —susurró la detective Mayo a pesar de que lo que quería era aullar de dolor por haberse torcido el tobillo. Se mordió la lengua para aguantar el intenso dolor que cruzaba toda su extremidad e hizo nimio caso a este para seguir corriendo y alejar a Ann de allí.

Involuntariamente no cesaba de mirar hacia atrás, aunque se había propuesto no hacerlo ni una sola vez. Debía mirar hacia adelante, solo hacía adelante; y encontrar un lugar donde poder refugiarse. Un lugar donde poder pasar la noche o por lo menos el tiempo suficiente para que él se alejara de ellas lo suficiente; que esto les permitiera coger algún otro camino que las alejara de allí.

En la profunda oscuridad de la noche en aquellas montañas, arrecidas de frio y a punto de que la pequeña llegara al punto de no poder continuar huyendo, Lea vio algo...

Un ápice de esperanza se comenzó a abrir en su corazón y una especie de sonrisa muy leve, algo que no se podía considerar siquiera como gesto, se pareció dibujar en su pálido y congelado rostro.

—No hables... —su voz apenas era audible inclusive en el silencio

que allí reinaba—. Creo que encontré donde escondernos hasta que hayamos podido descansar...

Anna Wyse, débilmente, movió la cabeza en lo que intento fuera un gesto afirmativo que diera a entender a Lea que la había escuchado y entendido, pero fue tan imperceptible que a la detective le pasó inadvertido.

La detective necesitaba parar un momento. Lo necesitaba realmente...

El dolor de su tobillo, junto con el frío de sus pies solo cubiertos por unos calcetines, al haberle entregado sus botas a la niña que estaba completamente descalza, era ya tan insoportable como si una bala hubiera atravesado su abdomen. Ella conocía esa sensación y el dolor que se padecía, lo había vivido en sus propias carnes, y estaba segura de que, ahora a pesar de que entonces estuvo entre la vida y la muerte, prefería mil veces aquel momento al que ahora estaba viviendo.

Jamás había estado tan asustada...

Ya no solo por ella sino también porque si no conseguía salvar a Anna todo aquello, todo su pasado, su vida y su futuro ya no tendrían un sentido, un porque...

Por unos segundos recordó sus pesadillas...

Se había dado cuenta de que eran recuerdos, no malos sueños.

Huir, salvarse, le ayudaría a vencerlos, también. Y quizás jamás volvieran a despertarla en mitad de la noche...

Debía conseguir vencer y no ser vencida.

En medio de la penumbra y de la nieve guio a la niña al lugar que había divisado.

Para nada estaba resguardado y sabía que no podrían mantenerse allí por mucho tiempo, el frío las vencería, las dormiría y les bajaría la temperatura hasta el punto de matarlas, pero sería solo un rato...

—Por favor solo será un rato...—se dijo interiormente. Necesitaba parar, el dolor de su pierna...Si no descansaba, si no lo calmaba se retrasarían, las atraparía—. Por favor solo un rato —se volvió a decir mientras levantaba la vista al cielo, rezándole a algo en lo que ella jamás había creído pero que esperaba que a pesar de todo fuera verdad que estaba ahí. Algo que no podía permitir que aquella pobre niña terminara como las otras o incluso peor, solo por ser quien era...

Agazapadas miro en la dirección por la que habían venido y logró distinguir las marcas de las pisadas de ambas en la nieve.

Un arrebato de cabreo se apodero del lugar que había ocupado el miedo hasta aquel momento y sintió el brazo de Ann que ahora se aferraba al suyo

—Tengo que intentar borrarlas... —le susurró cuando ella se aferró con más fuerza al ver que Lea tenía intenciones de salir de donde se habían escondido.

—No puedes volver...—gimió la pequeña.

—Shhh... —puso un dedo en sus labio y le sonrió—. Te va a oír... — con ambas manos y olvidándose de su propio dolor y terror, cubrió el rostro de la niña y le besó la frente—, solo un trozo, —dirigió la mirada hacia donde sus huellas descubrían el lugar en el que estaban y con un gesto de la cabeza se lo indico a ella también—. Nos encontrará si no lo hago.—Volvió a besarla y con los pulgares limpio las lágrimas que comenzaban a rozar sus azuladas mejillas—. Te juro que volveré enseñuida.

Anna no dijo nada más, y Lea agazapada salió de entre los matorrales y de rodillas, intentando que estas dejaran el mínimo resto visible de su paso volvió por donde habían venido; para después recorrer de nuevo el mismo camino, esta vez utilizando sus pequeñas manos desnudas para borrar las huellas de sus pies y los de Anna.

No supo cuánto tiempo tardo, pero se le hizo tan eterno como las pocas horas que había estado capturada y torturada no solo viendo como torturaban a la pequeña sino sintiendo como en sus propias carnes también era infringido dolor.

Un dolor que comparado con el de su corazón y el de su alma no sería jamás más que unas cicatrices, mas, que si conseguían salir de aquella su cuerpo llevaría sin ser ocultadas; las otras, las que nunca serian vistas ni expuestas ya eran otra cosa.

Cuando creía haberse perdido a pesar de todas las medidas que había puesto para ello, un brillo en la oscuridad le hizo dar un respingo, pero se llevó la mano al pecho al ver que se trataba de los ojos de Ann y volvió a refugiarse junto a ella.

—Ya estoy contigo —dijo tan bajo que creyó oírse solo ella, y abrazo con fuerza a la pequeña que lloraba en silencio mientras temblaba del frio.

Escuchaba la respiración entrecortada de Anna ...

El frio y las heridas, junto con la poca ropa que llevaba puesta y la sangre que había perdido, acabaría provocándole un colapso. Tenía que

encontrar la forma de detenerle y salir de allí con la pequeña viva.

No podía, no iba a permitir que él ganara; que hiciera daño a otra criatura inocente, aunque su propia vida dependiera de ello.

Rezó en silencio, mentalmente, para que, en la oficina, su gente se hubiera dado cuenta de algo; lo que fuera que pudiera llevarle hasta ellas antes de que las atrapara y todo terminara ahí, de aquella trágica manera.

—Ten-go fri-o... —La voz de Anna sonaba débil, casi inexistente y a Lea le preocupó que aquello fuera el final para ella.

La miró de arriba abajo. Sus brazos menudos y delgados estaban completamente repletos de laceraciones por las que había perdido mucha sangre; al igual que sus pechos y piernas.

Sin pensárselo dos veces Lea se quitó la camiseta de manga larga que llevaba sobre una de tirantas y se la puso a la pequeña de cabellos rubios y ojos verdes que la miraba, entre adormilada y asustada, con lágrimas en los ojos. Unos ojos que habían visto, para su juventud ya demasiado...

Tanto como los de...

No quiso pensar en ello. Ahora necesitaba despejar su mente de cualquier cosa que no fuera salir de aquel bosque nevado, en el que a aquellas horas estarían como mínimo a cuatro o cinco grados bajo cero, y a ser posibles sanas y salvas.

El cuerpo de la adolescente se tensó en el mismo instante que el suyo.

El silencio era tal que podían oírse, la una a la otra, los latidos de sus corazones, y el crujido de las ramas...

— ¡Vamos...! —La voz, histérica, estaba algo lejana, pero no tanto como ellas hubieran deseado—. ¡No hay bosque suficiente para esconderos! —Exclamó de nuevo—. ¡¿Es que no lo ves Lea?! —Se carcajeó—. ¡No podrás salvarte a ti ni tampoco podrás salvarla a ella, por mucho que te juegues la vida! Anna ya está muerta... —dijo, en aquel momento, en un tono más bajo. Como si el hecho de que la niña oyera aquel comentario fuera a hacerle más daño de él que el mismo le había inculcado con sus propias manos—. ¡Ella morirá, tú morirás y el círculo, por fin quedará cerrado! —La voz parecía cada vez más cerca, como si pudiera sentirla u oler el rastro de la sangre que escapaba aún de sus cuerpos—. ¡Es, ha sido y será tu destino! —Gritó ahora casi fuera de sí—. ¡Y yo soy el destinado a hacértelo cumplir...!

¿Por qué esperaba diciéndole todo aquello? Se pregunto mientras con la mirada ya acostumbrada a la oscuridad que envolvía el lugar, buscaba un

agujero por el que escapar sin que el percibiera el mínimo movimiento. ¿Qué perdiera la cordura y cometiera algún error?

No, se respondió a sí misma; no iba a jugarse el todo por el nada, no iba a darle a aquel cabrón la satisfacción de salirse con la suya.

Quizás fuera verdad que su destino era morir, y quizás después de todo lo que había sucedido, en el fondo, en lo más hondo de su alma ya estuviera muerta, pero no iba a dejar que aquello mismo le pasara a la niña. No iba a permitir que aquél monstruo se llevara otra vida que no fuera, en todo caso, la suya.

Miró de nuevo aquellos enormes ojos y supo que la vida de aquella criatura nunca más iba a ser normal, aún y así le sonrió con tanta ternura como le fue posible. Con la misma ternura con la que su madre la miraba y arropaba en aquellas terribles noches de pesadilla que tanto significado tenían ahora. En aquellos momentos entendió las lágrimas que en aquellas noches de terror y sudor no entendía, y una comenzó a rodar por su mejilla.

Acercó sus labios al oído de la niña.

A punto estuvo de susurrarle algo al oído, cuando se dio cuenta de que el silencio, otra vez, era tan palpable que cualquier sonido, por pequeño que fuera: un susurro, la respiración de ambas entrecortada, un movimiento; podía darle a él una pista de cómo llegar a donde estaban.

Comenzaba a desesperarse.

El frío ya dentro de su cuerpo le estaba entumeciendo las extremidades y el pánico a no poder defenderse llegado el momento la atenazó de la misma forma que si la mano de aquél asesino la hubiera agarrado de la cola rojiza que coronaba su cabeza.

Los labios de Ann completamente morados ya estaban cogiendo el tono azulado que advertía a Lea que o salían rápidamente de allí, de la nieve y del refugio de los árboles, a buscar ayuda, o la pequeña no sobreviviría mucho más.

Débil como estaba no podía pedirle que comenzará a correr, además, ella ya no le oía... Nada, ni un crujir, ni una pisada. ¿Cómo saber dónde estaba o qué dirección había tomado para ellas coger la contraría?

Entonces, todo pasó ante ella como en un tráiler y tomó la decisión.

La decisión que las sacrificaría o las salvaría.

Era arriesgado, por supuesto, pero no les quedaba otra. No veía más opciones, no lograba verlas por ningún lado...

—Escúchame —susurró tan bajo al oído de Anna que no estuvo segura de si ella había llegado a escucharla—. No te muevas, ¿me oyes? —La niña no se movió y a Lea se le paralizó el corazón pensando que ya estaba muerta. Acercó su oído a los labios azulados de la cría y prestó toda la atención que pudo para escuchar cualquier atisbo de vida, de respiración. Sonrió levemente al comprobar que aún estaba allí, terriblemente débil, pero con ella, y eso aún le propino más fuerza para continuar adelante con su plan—. Por Dios peque, —volvió a susurrar—, no te muevas oigas lo que oigas, ¿me oyes? —Un débil movimiento afirmativo le respondió—. Te juro que volveré enseguida, no tardare en acabar con ese cabrón y volveré a por ti. ¿De acuerdo?

Una manita, manchada de sangre reseca acarició la suya y Lea no pudo contener las lágrimas que llevaba intentando no dejar escapar desde que la encontró y vio el estado en el que la había dejado.

Con muchísima ternura le beso la mejilla y la cubrió con tantas hojas y ramas como encontró cerca de ellas, para cubrirla y así protegerla de él.

Acaricio su cabello dorado y salió a campo abierto.

—¡¡Aquí estoy hijo de Puta!! —Gritó a pleno pulmón mientras a paso lento y caminando de espaldas se iba alejando de Ann—. ¡¡Ven a por mí cabrón!! ¡¿No es lo que querías, matarme?! —Escuchó el silencio. Su corazón latiendo a latidos tan potentes que los oía dentro de sus propios tímpanos, y de pronto la pisada, el sonido de una segunda respiración, tranquila, fría.

Ya venía...

Llegaba para darle caza, si no lo cazaba ella primero...

Ya llegaba... Podía oírlo, sentirlo como si lo tuviera encima.

Y entonces, con un palo que había cogido al salir del escondite como única arma de defensa en sus manos se giró.

—¡¡Arghhhhhhhhhhhhhhhhhhh!!

Lea se giro con el palo que llevaba en las manos sin estar muy segura de donde daría en cuanto sintió, tras ella, su presencia.

Esa presencia que le ponía, desde que se había enterado de quien, era el vello de punta y conseguía que la sensación de nauseas se apoderara de su estómago.

Esperaba, aunque solo fuera rozarlo, distraerlo de alguna manera y conseguir que únicamente se concentrara en ella, que olvidara a Ann.

Si el odio era tan intenso como él le había demostrado la ira inundaría su ser, haciendo que la viera a ella como único enemigo, que solo fuera a por ella y la atacara.

Entonces, quizás, tendría una oportunidad...

En la lucha cuerpo a cuerpo siempre fue la mejor.

Pero se sentía tan cansada...

Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que no había estado tan desatinada, después de todo, y a pesar de que la noche cubría el lugar, la luz de la luna, ya alta, dejó que vislumbrara líquido rojo en el rostro del hombre.

El sonrió tocándose, primero, y llevándose el dedo con sus fluidos a la boca para relamerlo, después.

—Vaya, vaya... —susurró—. La fierecilla saca sus garras... —La miró muy fijamente. Lea podía sentir sus inmensos ojos en su rostro y percibir su odio en la forma en la que le hablaba.

—Yo no tuve la culpa... —comenzó. Quizás si le hacía entrar en razón, darse cuenta de cuan equivocado estaba...

Bajó el palo, solo un poco.

Estaban a tan corta distancia que si alargaba la mano podría tocarlo.

De frente, hermano contra hermano, Tara contra Tyler.

¿Qué demonios los había llevado a verse así, en lugar de haberse, simplemente buscado y disfrutado de la única familia que les quedaba? ¿Por qué verse eligiendo entre matar o ser matado?

— ¡Tú eres la culpable de todo! —exclamó él elevando la voz. Ladeo la cabeza y de nuevo la observo de arriba abajo—. Estás agotada, débil... Se ve con solo mirarte. ¿De verdad te crees que la vas a salvar? ¿Qué tú te vas a salvar? —Una carcajada llegó hasta ella. Acabaré contigo, con mis propias manos. No me hará falta ni la pistola...

La detective Mayo respiro hondo

—Por lo menos no me rendiré... —le costaba respirar y el frío, que se estaba adueñando de su cuerpo, comenzaba a hacer que las extremidades le cosquillearan. Si no terminaba con aquello deprisa, moriría por el frío y el no necesitaría ni tocarla. Y Anna... Oh Dios Anna... Moriría congelada, allí, sola, agazapada o a manos de aquel hijo de puta por el que también corría la misma sangre que la suya—. No dejare de luchar hasta que uno de los dos esté ahí, —dijo señalando el manto de nieve que cubría la hierba del bosque—. Muerto, desangrándose y dejando ir su último aliento...

Ryker bajó el arma, de la misma forma en que ella había bajado el palo.

Fuerte, cargado de ira y de odio, no pudo menos que admirar el valor de aquel doble de su madre.

Aquella mujer había nacido en la misma casa, había estado en sus brazos, había aprendido a caminar cogida de su mano... ¿Cómo podía ser que no lo recordara, maldita sea?!

¿Por qué lo dejó ir y lo olvidó, así, como quien se olvida de un juguete roto?!

El comenzó a caminar, despacio hacia un lado y ella lo siguió con su cuerpo y su mirada.

— ¿Sabes? —sonreía—. Tienes una cicatriz en el codo derecho. —La observación sorprendió a la detective—. Te la hiciste un día que salías de la cocina de nuestra casa para venir a recibirme al autobús de la escuela. —el dio un paso hacia ella y Lea retrocedió, levantando de nuevo el palo en señal de defensa, pero Tyler no hizo lo mismo con su arma, se limitó a sonreír más ampliamente—. Corrí desde la entrada de la propiedad hasta ti para ayudarte a levantarte y llorando me pediste que te aupara en mis brazos... —La mujer comenzó a sentir como un nudo se le formaba en la garganta—. Te cargué y me sonreíste... —Por un momento el pareció dejar vagar su mente en los recuerdos y Lea tuvo una leve oportunidad, pero algo la retuvo.

— ¿Por qué no dejamos estos? —Preguntó retrocediendo un paso más.—. Dejémoslo aquí, por favor... —Suplicó mientras levantaba los brazos y lo miraba fijamente —No tienes que seguir, no tienes que hacerme daño ni a mí ni a la niña, solo sentémonos, hablemos...

El hombre levantó de nuevo el arma, lentamente y Lea pudo ver, bajo el reflejo de la luna el brillo del cañón

—No puedo... —Tyler levantó los hombros sin dejar de apuntar a su hermana—. Tengo que cerrar el círculo; tengo que acabar con esta maldición que se apodero de todos nosotros y tu eres, junto a mí, la última Gagnon. —El puso el dedo en el gatillo—. No podemos quedar ni uno...

—Tyler... —La voz de la mujer era conciliadora

—Tyler... —repitió el—. Hacia tanto que no oía mi nombre en tus labios...

—Escúchame —La detective Mayo no podía evitar que el nudo de la garganta fuera creciendo. Tenía tantísimos sentimientos encontrados hacia

aquel ser, que era un vil asesino, pero que a la vez en otra época fue su amigo y mucho antes su... ¡Dios no sabía ni como decirlo! La sangre de él corría también por sus venas. Habían nacido de la misma madre y el mismo padre —. ¿Qué vas a hacer? —Ella dio un paso hacia adelante con el arma casual, que llevaba en la misma posición de defensa.

— ¡No des un paso más! —Gritó Tyler con el pulso menos seguro que cuando todo empezó.

—No podrás huir...

— ¿Quién te dijo que quiero hacerlo?

Las fuerzas en Lea eran cada vez más débiles.

Hubiera utilizado la vara como apoyo si no fuera porque ella sabía que eso era lo que su hermano esperaba.

Su hermano...

Los ojos comenzaron a empañarse.

El dolor de su cuerpo, el agotamiento, el miedo por la vida de Ann que seguía allí, sola, luchando contra el frío por su vida.

Él no tenía nada que perder, por lo visto. Ella tenía tantas cosas que ahora sabía no quería que desaparecieran, ni dejar de vivir...

— ¿Qué piensas hacer, entonces? —Lea se dio cuenta de que al pensar en Martin y Anna su valor había regresado y su voz se había endurecido

—Primero acabar contigo —la voz de Tyler tenía un tono irónico y parecía que reía, lo que aún la encendió más, mientras apretaba el trozo de madera con tanta fuerza como sus manos congeladas y doloridas, casi insensibles le permitieron—. Después iré a por tu niñita... —Ahora sí que Lea percibió su sonrisa y luego. No le hizo falta decir más. El gesto de su índice y pulgar formando una L inversa apuntando a su sien fue suficiente—. ¿O te esperabas que fuera a dejar que me cogieran...? —Volvió a reír—. Nuestro hermano, Art, así termino. Yo le seguiré y tú vendrás con nosotros...

—Estás loco... —Lea susurró entre dientes.

— ¡No querida hermanita! —exclamó Tyler—. ¡Estoy cerrando el círculo, nuestro círculo!

La ira, unida a un miedo desconocido hasta entonces en ella, mas una furia que resurgió desde sus entrañas comenzó a cegar su pensamiento.

Quería hacer daño a Ann.

Quería destruir a Martin.

Quería eliminar todo lo que ella amaba, solo porque él era un puto desgraciado infeliz.

Había matado a niñas inocentes, mutilado sus cuerpecitos y los había exhibido como muñecas desechables, trozos de porcelana o plástico deformando así los últimos recuerdos de sus seres queridos.

Había destruido vidas, familias enteras, llevando a la muerte a personas buenas que jamás hicieron daño a nadie.

Mientras él se divertía viéndolo todo y burlándose de todo aquel dolor al lado de ellos...

¡No era su hermano!

¡No!

¡Solo era un monstruo apodado el Coleccionista de Muñecas!

¡Solo era un asesino mezquino y salvaje que no merecía salirse con la suya ni librarse de la cárcel!

Y aunque su corazón le pedía que acabara con él, su cerebro le decía que aquello sería salvarlo, justo lo que él quería.

Seguía escuchando como reía, y la imagen de la pequeña en las mismas circunstancias que las otras, la cegó.

— ¡No te dejare que llegues hasta ella y le hagas daño! —Gritó de pronto con la vara en alto y corriendo hacia él.

Más adelante, viéndose los pies se pregunto cómo pudo conseguirlo, pero en aquellos momentos no sentía nada.

Solo un asco y odio tan profundos que comenzó a dar a ciegas con la vara.

Sabía que acertaba, podía oír los lamentos mezclados con las risas.

Un golpe, otro golpe, un grito de ella otro de él...

Tras unos segundos que a la detective se le hicieron eternos el soltó su arma y se abalanzó sobre ella tirándola sobre la nieve, con los puños la golpeaba una y otra vez.

Pero ella no se amedrentaba, no se quedaba quieta.

Algo en ella, algo que nunca entendió, la dirigía.

Dirigía su odio, su asco y sus ganas de vivir.

Sus manos se dirigieron a la cara de Tyler y la arañó, abofeteo; estiro su cabello entre grito y grito

— ¡No la tocas hijo de puta, ¿Me oyes?!

Se revolvía en el suelo, haciendo que el cuerpo de él se tambaleara,

siendo mucho más grande que ella.

Lea siguió luchando con todas sus fuerzas y mas que no sabía de dónde sacaba hasta que finalmente un rodillazo en los testículos de él le obligo a aflojar su peso, permitiendo que ella pudiera reptar y salir de debajo de él.

Quería encontrar el palo, iba tanteando por allí por donde lo había tirado y sintió el frio metal.

Tyler volvió a lanzarse sobre ella, debía evitar que la cogiera, que se apoderara de su arma.

La arrastro por las piernas intentando alejarla de allí, pero ella se apodero de la culata.

El hombre volvió a abalanzarse sobre ella, poniéndose encima de su cuerpo lastimado, intentando quitarle la pistola de las manos.

Ahora, los hermanos Gagnon luchaban por hacerse con ella, uno sobre el otro, revolviéndose en la nieve y pataleando como animales entre más gritos y gemidos de dolor...

Minutos después el sonido de un disparo envolvió el silencio que, en aquellas montañas, recubiertas de un gran manto blanco, reinaba; haciendo que el corazón de la pequeña que yacía tumbada y en completo silencio comenzara a latir desenfrenadamente a causa del terror.

EPILOGO

El estruendo llegó a la explanada en la que se encontraban los coches de la policía que apenas habían podido avanzar por culpa de la oscuridad y la nieve.

Martin enderezo su cuerpo al reconocer aquel sonido como el de un disparo y su corazón pareció pararse por unos segundos.

—Dios mío que no sean ellas —lloró en voz alta mientras corría en la dirección de la que provenía el sonido.

Tras el resto de las detectives, arma en mano lo siguieron deseando que no fueran ni la hija de su compañero ni la Detective Mayo, las que hubieran recibido el impacto.

Ahora convencidos de que estaban buscando en el lugar correcto, dejaron cualquier atisbo de duda y corrieron hacia la arboleda.

La noche, profunda apenas les permitía ver, ni siquiera con la luz de las linternas y la subida empinada le dificultaba la respiración y el acceso a la casa, que, aunque no se viera, se levantaba allí, envuelta en sombras; testigo mudo de la maldad de algunas personas y de la locura de otras...

Martin avanzaba sin descanso, andando, corriendo, a cuatro patas, arrastrándose...

Daba igual mientras encontrara la forma de llegar hasta el maldito edificio y pudiera averiguar qué era lo que allí había sucedido.

Solo quería ver a su hija, ver a Lea, y matar, con sus propias manos al maldito loco que las había secuestrado.

Pero el sonido del disparo, por un momento, mermo su esperanza.

Esa arma no la habían disparado las mujeres, ¿o sí?

Con el corazón en un puño, cada vez sintiéndolo más aprisionado, llegó más alto que ninguno de sus compañeros.

El dolor, o la esperanza. Daba igual cual de los dos, lo empujaba a subir sin importarles los obstáculos ni heridas que se fueran haciendo en el camino.

Un ruido, como el de una rama rota, lo detuvo un momento.

Parecían pasos...

Se agazapo entre la maleza, y espero...

De nuevo, otro crac.

El detective Wyse sintió como su corazón se aceleraba mientras el flujo sanguíneo se acumulaba en su cabeza.

El frío se iba adueñando de sus extremidades y una sensación de cosquilleo comenzó a subir por ellas.

Si seguía allí, tumbado mucho más, la nieve helada no dejaría su cuerpo, por el frío, actuara con la rapidez necesaria en caso de que fuera Ryker el dueño de aquellos pasos.

Respiro hondo...

Un crac, ahora casi encima del...

¿Dónde mierda estaban los refuerzos?

Poco a poco presintió la figura casi sobre su cabeza, y decidido a acabar con él, se levantó, empuñando su arma en una mano y la linterna en otra.

— ¡Socorro! —la voz de Lea gritó asustada al sentir la luz en su rostro, y en ese momento el corazón del detective volvió a latir. Paralizado por la impresión no apartaba la iluminación, y vio el pequeño cuerpo de su hija en los brazos de su compañera y amante—. ¿Martin...? —La voz de la mujer débil, apenas fue un susurro que hizo que el reaccionara, tirándose a los brazos de la mujer y abrazando a ambas con fuerza mientras sollozaba de felicidad.

—Gracias a Dios... —Susurró una y otra vez mientras besaba y acariciaba a ambas—. Muchas gracias Dios...

Los agentes que habían acudido al lugar fueron llegando, sin aire, uno a uno, a donde los tres estaban, arrodillados en el suelo, abrazados y llorando desconsoladamente.

Lea explicó que luchó, lo desarmó y disparó, pero que cegada por la ira no recordaba muy bien como lo consiguió.

Jamás llegó a dudarse de su palabra, aunque ella siempre tuvo en su mente y corazón, la esperanza de que tanta facilidad a la hora de conseguirlo, también hubiera venido dada, un poco, por el arrepentimiento de su hermano Tyler, por todas las monstruosidades que solo por acercarse y tenerla en su poder a ella, había llevado a cabo.

El cuerpo de Tyler Gagnon, alias Ryker Pruitt, fue encontrado a la mañana siguiente, una sola bala en la cabeza había acabado con meses de

incertidumbre y terror, acabando con la vida de aquel monstruo salvaje, que al igual que su padre y hermano mayor, antes que él, había acabado con la vida de inocentes de manera brutal.

Con los días Ann Wyse se recuperó de sus heridas e hipotermia. Junto con Lea, que pidió la dejaran con ella en la habitación, donde no la perdió de vista ni un segundo.

Los detectives de Texas las fueron a visitar, y por fin, ante los propios ojos de Tara Gagnon, como pidió se le volviese a llamar, cerraron el caso de su desaparición y la de su hermano Tyler.

La Capitán Pamela Borges, junto con el resto de los compañeros, el alcalde y algunos políticos más, acudieron al lugar a concederle a la detective la medalla al valor y al trabajo bien hecho, por la captura de “El coleccionista de muñecas”; y Borges aprovechó para despedirse de ambos y anunciarles que a la vuelta un nuevo capitán les estaría esperando.

Martin no se separó de ellas ni un instante.

Tara Gagnon, recobró su identidad, su pasado, su presente y seguramente gran parte de su futuro, cubriendo así un vacío que nunca la abandonó hasta aquella noche de enero de 2018 en las montañas de Bacon Hill.

FIN



SOBRE LA AUTORA

Loli S. (También conocida como LOE Sampa).

Nació en Barcelona el 23 de febrero de 1973.

Aunque actualmente reside en Girona con sus hijos.

Aux. de clínica de profesión dejó de ejercer en 2011 y desde 2015 se dedica a escribir.